

7
CIC

ZOZAYA

EL
ABERTO
DE
EPICTETO

PC6647

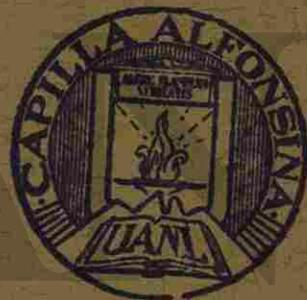
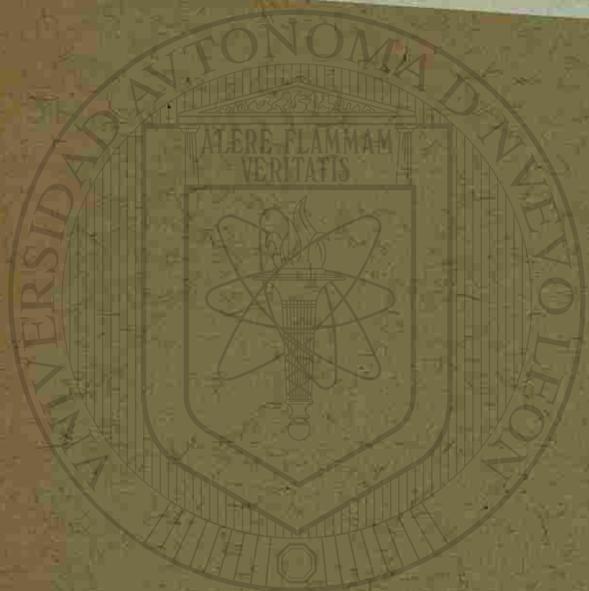
.08

E4

REC,



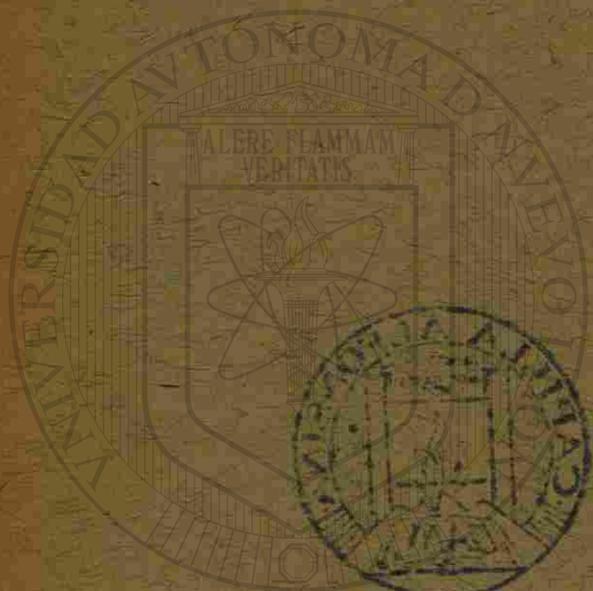
1020028103



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COBOL
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL HUERTO DE EPICTETO

UANL



OBRAS DE ANTONIO ZOZAYA

	Pesetas.
La crisis religiosa.	0,75
La contradicción política.	0,75
Miscelánea literaria.	1,00
Instantáneas.	0,50
Ripios clásicos.	2,00
De carne y hueso.	0,50
La Dictadora.	3,00
Crónicas del año uno.	2,00
Crónicas del año dos.	2,00
El huerto de Epicteto.	1,00
Biblioteca económica filosófica, 74 vols. á 0,75.	55,50

ANTONIO ZOZAYA

EL HUERTO DE EPICTETO

(APUNTES PARA UN LIBRO DE IDEAS)



101243

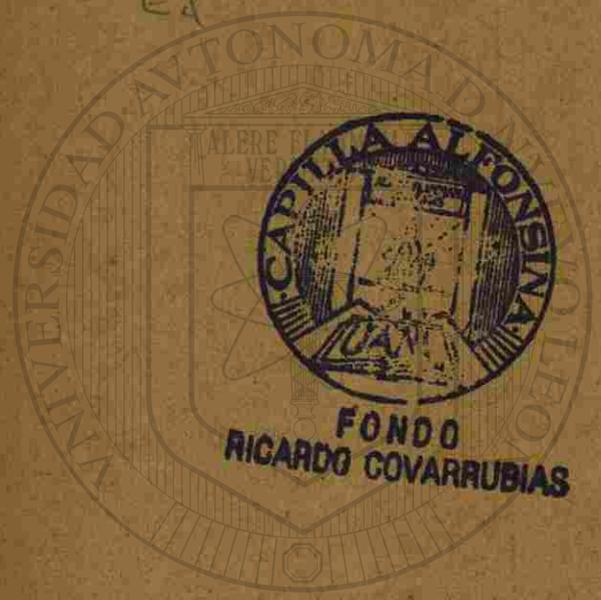
F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

31567

C
869 PQ 6647
Z 108
Ed



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.:

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.^{as}—VALENCIA

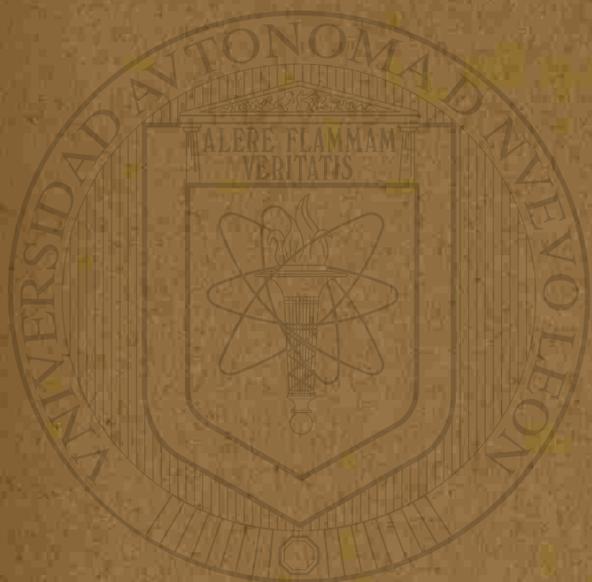
DEDICATORIA

Este libro no se ha hecho para estetas, sino para seres en quienes la sensualidad no ha embotado aún el raciocinio; no se ha escrito para decadentes, sino para temperamentos educados en la sonoridad y el ritmo; no se ha publicado para rebuscadores de goces solitarios, sino para almas viriles, templadas en la lucha por el ajeno bien, que tienen fe en sus propios destinos.

Lo dedico á los niños, á las mujeres, á los ancianos, á los enfermos, á los ciegos, á los tristes, á los postergados, á los trabajadores, á los maestros de escuela; á cuantos, nada poseyendo, lo esperan todo.

ANTONIO ZOZAYA.

Septiembre 1906.



EL HUERTO DE EPICTETO

Flor de cactus, espléndida al alba, á la tarde marchita; polvo impalpable, áureo y luminoso en el rayo de sol, invisible y deshecho al crepúsculo; nube teñida de ópalos y turquesas, disuelta y apagada en la obscura inmensidad de la noche: á todo eso ha podido ser comparada la *Crónica*. Escrita para reflejar pensamientos y sensaciones de un día, en ese mismo día debe morir. Pero lo que tiene su existencia de efímera, lo tiene de intensa; en ella fulgen todas las vivas irisaciones del moderno pensar; laten en ella todas las palpitaciones de la conciencia colectiva y, deslumbrados por el rastro que deja, cuando la forma la mano del genio, nos preguntamos atónitos y admirados si aquel surco de luz que se enciende, cruza el espacio y va á caer en el infinito del tiempo, es un poco de gas que se descompone ó un mundo que pasa.

¡Escribir para un día! Pero ¿quién puede lisonjearse de esculpir en el mármol pentélico de los siglos que, al cabo, no son sino días fugaces en la eternidad sideral? Llegado el crepúsculo,

tanto importa haber vivido el glorioso día de Homero como la hora fugaz de Empédocles. Haber vivido bien, eso es lo que importa, para que, cuando pongamos la planta en el temeroso umbral de las sombras, podamos con orgullo decir: *Nec me vixisse penitet*. No me pesa de haber vivido.

Mas ¡cuán erróneo el juicio de los hombres al medir la importancia y vitalidad de las propias obras! Tal que juzga hablar para que una posteridad suspensa escuche, graba ya sobre pétalos marchitos las divagaciones de sus infolios. Tal otro que dicta á su modestia las humildes palabras, que él juzga balbuceos, despierta en las inteligencias vibraciones y ritmos, embriones de sentimientos y gérmenes de ideas que han de repercutir los acantilados de las centurias. Para ello, tan sólo una condición es precisa: llevar dentro el Parnaso, es decir, una sanción ética, la de la propia conciencia, dentro de la cual, como decía Milton, cada cual lleva oculto su cielo y su infierno.

Un escritor insigne, haciendo constar como en el periodismo, á semejanza de la clásica Psiquis, el pensamiento nuevo mariposea, nos enseña la triste verdad de que todo necesitamos hacerlo *al vuelo*, como la niña de la dolora. Pero ese vuelo puede ser el torpe y tardo de la palmípeda ó el poderoso y firme del águila; el rauda y seguro de la gaviota ó el atolondrado y gentil del jilguero. Cabe arrastrarse sobre la tierra ó elevarse sobre la majestad de las cumbres; pasar rozando con las alas las líquidas superficies tranquilas ó alzarse, reflejando la luz del amanecer, los primeros rayos del sol como un nimbo, sobre la augusta soledad de los mares.

Así las cuartillas escritas para un día, pueden

serlo todo: ñaques bizarros en que todo se mezcla sin afinidad y se resuelve sin justo destino, ó sibil oloroso de que saca siempre el espíritu selecto sus reservas aromatizadas y sus frutos fragantes. Sus párrafos pueden ser sonoridades pulcras; pero si es el poeta ó el pensador quien habla, son siempre escondidas grandezas. Césares que se envuelven en la rasgada túnica de Crisipo; centenes que parecen tarines, perlas que semejan burbujas, pétalos desgajados que se nos antojan vedijas, hasta que, al pasar, nos perfuman y, en rápida visión, que nos causa el espasmo de lo sublime, nos dejan adivinar sus frescas ternuras impalpables.

*
* *

Vosotros, hombres negros, que nos habláis en nombre de Dios, ¿cómo no veis la desesperación, la miseria, la barbarie, la horrible amenaza?

La caridad—decís—atiende á los pobres; en las puertas de las iglesias, en los conventos, se socorre al necesitado. Se le entrega, cuando hay para todos, un pedazo de pan ó una moneda de cobre. Á cambio de esta merced, que convierte á los pueblos en verdaderas cortes de los milagros, que rebaja la estimación propia, que exige la sumisión y la hipocresía, que no resuelve problema alguno, las Congregaciones viven, reúnen capitales enormes, ayudan á los gobiernos ineptos, se oponen á toda reforma social y perpetúan la miseria, la explotación y la injusticia.

No. Los pobres no quieren ya caridades á lo don Juan de Robres. Necesitan justicia seca. Quieren que nadie viva á su costa, que nadie coma sin producir, que no haya quien acapare

riquezas para entregar después á los despojados la milésima parte de lo que les corresponde en derecho. Establecer poderosas industrias sin pagar tributo, mientras las aldeanas son sacrificadas en los fielatos; encarecer el pan de los niños; sancionar la explotación del obrero; apoderarse de la tierra y luego arrojar á los menesterosos un mendrugo para acallar su desesperación durante dos horas, eso ni es humano, ni pío, ni cristiano siquiera. Sépase de una vez: mientras un solo niño, mientras una sola mujer, mientras un solo octogenario carezca de abrigo y sustento (y hay millones que de ello carecen), ni se puede cantar el himno de la actual organización, ni de la caridad, que no evita el mal hace doscientas décadas, ni hay hombre que tenga derecho á vestir el traje que lleva, llámese toga ó púrpura, blusa ó levita, uniforme ó sotana.

Se dice que la mujer está redimida. Quienes tal aseguran pasan revestidos de hermosos paños, con el vientre satisfecho y orondo, al lado de las segadoras descalzas, de las cargadoras aplastadas bajo sus cestos, de las ancianas uncidas á la sirga, de las obreras sometidas á la explotación. En ninguna parte como aquí se la emplea en trabajos tan rudos, se la contempla cubierta de harapos, uncida á la yunta con el asno, sepultada bajo la escoria, soterrada en las minas, cargada con moles aplastantes, esclava de la brutalidad del padre y del marido, privada de todo medio honroso de subsistencia, mientras sus redentores saborean con todos los respetos todas las opulencias. ¿Que eso es inevitable? ¿Cómo ha de serlo? Todo es admisible, toda solución es buena: transformación del impuesto; socialización del terruño; gravamen de riqueza; desembolso á prorrata,

hasta el mismo reparto, antes de que persista el espectáculo odioso de tantas mujeres semidesnudas y hambrientas al lado de tantos hombres robustos y fuertes, groseros como los cerdos de Epicuro, hablando de moralidad y justicia. Mientras las mujeres no dispongan de manjares abundantes y sanos, ningún hombre, por alto que sea, tiene derecho á comer pan.

No. No está redimida la mujer. El Estado le niega capacidad y ciudadanía. Todas las profesiones le están vedadas; en el taller su salario se tasa con menosprecio; la Iglesia le niega el derecho de desempeñar cargos y funciones, no privadas ni á Galeote ni á Merino. Hija, está sometida al padre; esposa, al marido; madre, á la inspección de tutores ó jueces. Su talento, superior al del hombre, es negado rotundamente; su virtud, puesta entre dicho. En la historia que se la enseña, la primera mujer pierde al mundo, y si otra le salva, es abdicando su más alta condición de mujer, la maternidad por amor. Todos los santos Padres huyen de la mujer; su contacto infama. El estado perfecto supone el celibato. En la sociedad, la mujer carece de voto; en el hogar, de representación; en todas partes, de medios de defensa. Se la ensalza, se le dicen muy bellas cosas; pero se la deja perecer de hambre como á un perro. ¿Es esto la mujer redimida? Será del pecado; para redimirse de la esclavitud, aun necesita mucho. Lo primero, sacudirse la frente en que se oxida la herrumbre de los siglos; despojarla de nieblas, abrir el entendimiento á la luz y ver cómo, después de muchos siglos de caridad, de paciencia, de sumisión obscura, ha sido necesario el progreso para que tenga sobre sus hijos la patria potestad, para que se la considere ser humano y para que se piense

en evitar que tenga que ir á la puerta de los asilos, con un hijo cretino al hombro y otro á ras-tras, á disputarse un mendrugo de pan arrojado por un arreglador de vidas y mundos, como los sabuesos disputan un troncho de col.

Caridad... No les hace falta ni á los niños ni á las mujeres. Necesitan justicia. No tienen por qué pedir un alimento que, á falta de mejor solución, venimos obligados á procurarles, proporcionalmente, entre todos. ¿Qué será, se nos dice, de los miserables sin la caridad? Si se cierran los seminarios, abriremos las panaderías, y pagaremos luego entre todos, porque á la dignidad de todos interesa que no mueran á centenares nuestros hijos, que no se envilezcan nuestras mujeres, ya que, no aspirando al estado perfecto, hemos abierto nuestro pecho al amor y nuestros brazos á la paternidad.

Veinte siglos lleváis de dominar á los hombres, de regir las conciencias, de disponer de la suerte del mundo, y al cabo de ese tiempo, las mujeres trabajan como animales y los ancianos, los enfermos, los niños, los miserables, mueren en el arroyo. Dejad de oponeros á todo adelante, no persistáis en ser para la justicia una rémora; reservaos el mundo moral, que acaso se os escapa. Y dejad los problemas del Estado á los hombres que prefieren á la caridad la justicia, al sentimiento la razón, á la paralización el progreso. Cuando las mujeres se mueren de hambre, lo mejor que pueden hacer los hombres es defenderlas con tesón ó sellarse los labios.

*
*
*

Se dice que sólo fué místico el arte ojival. Fué algo más; fué revolucionario. El artífice entonces, más que obrero, era pensador. Ni un solo adorno, ni un solo detalle dejaba de responder, con el ansia de renacimiento, á la última conclusión matemática. El mismo botarel era contrapeso; era base de firme sostén la gárgola misma. Allí estaba la ojiva, no como exigencia de delectación y éxtasis, sino obligada por el dato algebraico. Fué Frollo adivino al decir contemplando el libro y la catedral: *Esto matará á aquello*. Pero, antes que libro, la razón se llamaba piedra. En los contrafuertes, en las impostas, en los nervios que se desparra-man para hacer innecesarios los lóbregos muros, pudo siempre escribirse: *Esto, por sí mismo, agoniza y muere*.

*
*
*

La mayor felicidad de los soberanos es su optimismo. Jamás ven sino una nación ideal, alegre, regocijada, próspera, feliz. Cuando permanecen en la espléndida corte sólo pasan por anchas vías; sólo visitan monumentos y teatros magníficos; siempre se les aparta de los suburbios, de los escenarios de tristeza y desolación, de los sitios en que la miseria se extiende y la protesta se exterioriza.

Y si viajan... Entonces las poblaciones se vistén para recibirles. De igual manera que Poténkiné supo presentar á Catalina II una Rusia de cartón con hermosos jardines, palacios y granjas, con sus habitantes risueños, para ocultar á sus ojos las estepas heladas en que el mujik arrastraba sus harapos de siervo, así los acompañantes del monarca saben disponerlo todo de tal manera, que las ciudades, las aldeas, las fábricas, los puertos, apa-

rezcan opulentos aun siendo miserables, activos cuando son más ociosos y alegres cuando todo lleva en ellos impreso el sello imborrable de la desolación y de la tristeza.

Después, cuando se aleja el soberano, las calles recobran su aspecto de aduar; vuelven á presentarse las tropas de mendigos. Las fábricas apagan su vibrante y sonoro martilleo. La plata y el mármol desaparecen y todo vuelve á quedar, hasta los semblantes, en esa tristeza y desabrimiento que son su verdadera faz de todos los días.

Es hermoso ser joven: pero también es hermoso doblar la cumbre de la vida adquiriendo la razón que nos hace más sabios, la austeridad que nos hace mejores.

Lamartine amaba á la juventud... que no duraba siempre. Los antiguos, queriendo simbolizar la belleza, no pintaron á un niño, sino á Marte, á los treinta años: al representar el vigor esculpieron á Hércules á los cuarenta: la razón fué encarnada en Homero con la belleza de la senectud.

Recordad vuestra hermosa juventud y esperad la luminosa vejez. Abrazad á los rosados niños y descubrid ante los encanecidos padres. La juventud eterna sería una promesa incumplida; perdamos el cendal de la inocencia para adquirir la púrpura de la racionalidad.

Después de la vejez está la muerte.

Peró la muerte es siempre bella cuando es digna. Oigamos á Epicteto: no morir para el hombre, es como para la espiga no ser jamás cortada.

*
* *

Guyau, un tierno pensador, aniquilado en germen, presintiendo su muerte prematura, describió con acentos patéticos la caída del viajero agotado sobre la arena del desierto. Está ya resignado á la muerte y al abandono; no puede resistir las pequeñas sacudidas de la marcha ni de la vida y, tendido sobre la tierra abrasadora, nublados ya sus ojos por la fiebre, él mismo pide á sus compañeros que le olviden, que marchen sin él hacia el fin lejano, hacia el misterioso horizonte sin medida, que oculta las misteriosas regiones que él ya no verá.

¡Con qué ardor, con qué noble entusiasmo emprendemos la marcha cuando allá en los albores de la vida sentimos en la frente las ebulliciones de la idea, en el corazón el amor á todo lo grande y en los labios palpar ese inmaterial beso con que el amor sin objeto aun nos inspira cuanto pensamos y sentimos! Después... la lucha es larga, desigual y penosa. Vemos á los demás, aun aquellos á quienes juzgábamos menos fuertes, adelantarnos sonrientes hacia la luz; mientras nos circunda una sombra más densa, surgen en nuestras sienas los cabellos blancos y el desaliento en nuestro corazón. Y un día melancólico, desalentados, trémulos, doblamos la rodilla como el vencido atleta y mirando á lo lejos aquel templo en que tanto teníamos que decir, aquellos surcos, en que tanto pensábamos sembrar, decimos resignados y tristes una sola y concisa frase: ¡No llegaré!

Y entonces á la agitación de la lucha parece suceder la calma precursora del último tránsito. El rezagado enjuga sus últimas lágrimas resignado y tranquilo; él mismo pide á sus compañeros que le abandonen mirándoles seguir orgullosos hacia aquellas hermosas regiones para él inacce-

sibles. Y sin fuerzas para oponerse á su destino ni energías para combatir su propia impotencia, se siente envolver por las frías y espesas sombras que ya nunca podrá rasgar.

Buscamos el amor, y el amor es la muerte. Olvidamos la misteriosa relación del *Orcus* y el *Amorcus*. Si prestáramos atención á los rumores de lo ignorado, escucharíamos no pocas veces una voz que nos gritaría:—¡Insensato! ¿No sabes que se muere por eso, porque se ama? ¿Ignoras que la pasión agosta y envejece, que el placer aniquila, y que tan sólo es á los seres permitido amar á trueque de morir? ¡Corre tras del amor, pero sabe que corres á la tumba! La vida es sólo un beso macabro que comienza la madre y acaba el gusano! Y ese gusano también morirá, porque el amor circula en sus anillos.

Yo idolatro á los niños. La primera razón... porque no son hombres. Después, porque conservan en su frente el sello del infinito de donde proceden, como los octogenarios el de la eternidad á que van á volver. La existencia es un punto entre dos espacios eternos; una luz entre dos infinitas tinieblas; pero esa luz, azulada y resplandeciente en la infancia, se hace cárdena y triste al alcanzar la cumbre de la vida. Hay en esos infantiles rostros la expresión de sensaciones ignoradas, purísimas, que después habrán de hacerse débiles y

confusas, rasgos que han de esfumarse, ideas que no han de tomar cuerpo. Recordad esos días de nuestra aurora, y decidme si al sentir el bordoneo de un insecto que pasa, el rumor de una fuente que corre, el perfume de una flor que se abre, la incierta melodía de una música que se aleja, al percibir vagamente la reminiscencia de sensaciones que habéis experimentado hace ya mucho tiempo, quizá en el regazo de vuestra madre, tal vez sobre los edredones de vuestra cuna, no sentís un profundo estremecimiento, mezcla de dicha y de sobresalto que, por un breve instante, os recuerda otro mundo más bello, más grandioso, iluminado al menos por una luz melancólica y grata, como un destello de la eterna luz, por una claridad vaga y solemne que no es sino el crepúsculo de la vida.

No sé si ha sido Ruskin quien ha afirmado que hacer sonreír es un privilegio que los dioses disciernen. Provocar la risa estridente, homérica, puede conseguirlo cualquier persona, y aun cualquier objeto, con tal que le sea dado presentar el contraste entre el accidente y las leyes de la razón, que es el gran secreto de lo cómico. Hacer llorar es más fácil aún; cualquier mano poco piadosa tiene en su poder la clave de las lágrimas. Pero hacer fulgir en el iris ese destello que denota el contento, conseguir que la boca se contraiga dulcemente, que la pupila se dilate como ante un alegre panorama, provocar la explosión del bienestar sin fruncimiento ni sacudidas, eso no puede conseguirlo sino lo que es fuente de placeres humildes, lo que lleva en su interior impreso el sello

del bien. El niño que prorrumpe en risotadas ante lo deforme, chillón y grotesco, sonríe á los pájaros, á las flores, al cielo tachonado de estrellas. Aristófanes, pintando en sus tramoyas á la Filósofa cabalgando en un tronco de fresno, provocaba las carcajadas de los libertos; solamente Menandro, mostrando las humanas flaquezas, sin encono ni grosería, evocaba la plácida sonrisa en los rostros de los ciudadanos de la libre Atenas.

Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino á Cibeles y á Júpiter la encina. Todos sentimos algo grande é inexplicable al hallarnos perdidos en la imponente soledad del bosque; parece que, sobre nuestras cabezas, eleva la Naturaleza fecunda sus brazos, extendidos al cielo tachonado de centelleos; todos, en fin, llevamos en la memoria la silueta de un árbol grabada con indelebles líneas de fuego. Árboles fueron los primeros templos y lo serán los últimos. Porque en ninguna parte como en el bosque nos sentimos á solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrías sentimos palpitar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

Hay dolores reservados al cortesano. Como todas las cosas fragantes, la civilización punza y hiere.

Puede el hidalgo campesino abandonar la casa

solariega y el labrador su cobertizo de tablas y raíces; cuando pasen los años y vuelva, allí le encontrará, más avejentado, más cubierto de polvo, más surcado de grietas y socavado de hendiduras. Pero allí permanece impasible, evocando dichas y despertando añoranzas. Aun se pueden leer en el blasón de piedra la heroica impetuosidad del chozno y la resistencia gloriosa del sexto abuelo. Aun conserva la choza su puerta desquiciada de goznes, y, junto á la campana de la chimenea, el escaño renegrido. Los manzanos ó robles bajo los cuales se acurruca el bórreo ó la panera como viejo gañán bajo las frondas, tienen en su corteza las arrugas de quince lustros; pero bajo las capas leñosas aun circula la savia, y en su ya medio despoblada copa anida el pardal nuevo. Contemplando el paisaje en que nada ha cambiado, ni los nevados picos del fondo, ni los grupos informes del caserío, ni la roja espadaña de la ermita, ni el arroyo bordeado de chopos y álamos, ni la alfombra de mieses, praderas y barbechos, ni el banco en que seesteaba el abuelo con la pipa en los dientes: todo parece confortar el ánimo decaído, y en aquellas auroras que dora el mismo sol, y en aquellos ocasos teñidos de iguales reflejos, todo parece murmurar: ¡Aquí fué!

Pero en la ciudad todo se ha transformado. El hijo pródigo, al volver, interroga en vano á las edificaciones flamantes, á las anchas vías que anima un nuevo estrépito y que hormiguea nueva muchedumbre. Donde estuvo el refugio que busca sólo ve espacio libre; al suelo cubierto de baldosa, ha sucedido el asfalto surcado de rieles; al techo ahumado, el insondable azul. ¿En qué punto de aquel espacio abierto, á qué altura en aquella atmósfera sin accidentes, habremos de

evocar las antiguas imágenes? Tal vez allí, donde rueda con su fragor de trueno el automóvil, estaba el cajoncito de nuestros juguetes. Es posible que arriba, donde se cruza el alambraje eléctrico, diéramos el primer beso á la mujer amada. Acaso en el punto mismo en que centellea el arco voltaico, el corazón de nuestra madre cesó de latir.

Todo pasó. ¿Qué importa? La vida es eso: evolución, renovación, lucha, progreso, venturas que alborean y dolores que pasan.

En ocasiones la melancolía nos impone su yugo; una tristeza dulce y resignada, como en la oda á Quinto Delfo, nos domina. Todos tenemos dentro un alcázar, con escaleras claustrales que esperan la pisada del héroe, con imperiales cámaras desiertas que atienden á que venga una mano piadosa á encender sus hogares extintos y sus apagadas lámparas de bronce. Todos conservamos un jardín en que las estatuas están empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado sacúdele á las veces agitando sus ramas y haciendo estallar en ellas suaves acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la eternidad.

«Somos más cultos, más artistas, más fuertes que nuestros antepasados; pero somos peores.» Tal es el grito de los amantes de lo que fué. En su sentir, el utilitarismo nos mata. Ya no conmueven al hombre los estímulos de la creencia;

no se lucha por dioses, sino por discos de metal; ya no conmueve á las muchedumbres la belleza clásica, ni el civismo gentilico, ni el honor medioeval. La aspiración moderna no se llama ni Budha, ni Jesús, ni Libertad, ni Patria, ni siquiera César ó Napoleón. Se llama *pan*, como el dios de la tierra.

Satisfacer las necesidades del organismo, producir, cambiar, consumir. Pasar la vida en inacabables festines sardanapalescos, saciar el ansia de una imaginación ávida de sensaciones ignoradas. Comer, beber, gozar, dormir: tal es la moderna obsesión. Pero cuando todos los hombres se hayan revolcado en su lecho de puerco ahito, ¿qué quedará de esos grandes conceptos, de esas generosas y nobles ideas, sin las cuales el mundo es cloaca, la Naturaleza infame triclinio y la vida grosero espasmo, que destruye y agota las causas mismas del vivir?

Es cierto: se lucha por la felicidad, por el pan y el vino, por el amor que aniquila y el opio que embriaga. Mas ¿por qué se ha luchado siempre? So pretexto de Civilización, de Fe, de Democracia, de Derecho divino, se ha defendido siempre el interés humano. Tiene razón el autor de *Las mentiras convencionales*. El heroísmo de un Genserico, de un Atila, de un Gengis Khan, de un Guillermo de Normandía, tuvo su origen en el estómago, y en los campos de batalla más sangrientos y gloriosos que los poetas cantan y en que la Historia se deleita, se ha jugado siempre el pan y la carne con dados de hierro.

Troya no es Aquiles, ni siquiera Helena: es el

vientre de Menelao. Farsalia es el apetito de César, como Austerlitz la sed de Bonaparte. Lo que ocurre es que antes había que deslumbrar á las muchedumbres para conquistar el manjar de unos pocos. Hoy lo que se pide es el alimento de todos, que por algo se llama *pan*.

¡La felicidad! ¿Por qué ha de ser opuesta al bien? Si alguna misión trae á la vida este siglo es la de acabar con todos los dualismos: espíritu y materia, idea y realidad, pensamiento y vida, Dios y mundo, cielo y tierra, orden y libertad, capital y trabajo, felicidad y bien. Si el siglo XVI es un cilicio, el XX es una copa de oro en cuyo fondo la sabiduría debe estar desleída como las perlas de Trymalción.

¡La felicidad! Es por ella por lo que se agita el asceta en su celda, y en su claustro la virgen, y en su tienda el soldado, y el marinero sobre las aguas salobres. Es por ella por quien pensamos, nos movemos y sentimos. Religión, Arte, Ciencia, Industria, son medios de alcanzarla. ¿Que la dicha es un ensueño imposible? Dejados esa ansia de lo absoluto, que es el resorte de la vida; permitidos que alcemos la mirada á la felicidad, como la alza el minero al jirón del cielo, lleno de luminarias y esmaltes, desde el fondo subterráneo. Si vivir es dormir, hagamos lo que Hamlet y Segismundo: entornemos los párpados y ¡soñemos, alma, soñemos!

El ideal encarna, se mueve, palpita, se llama Dantón en la tribuna, Palafox en la brecha, en la

hoguera Servet. Alumbrando con sus fulgores el cerebro del héroe ó del genio, le lleva á Ginebra Calvino, á Roma Galileo, á América Franklin, Bonaparte á Lodi. Nacido en las nebulosidades de un cráneo, acaba por alumbrar á los mundos con fulgor que sólo se extingue cuando los pueblos y las razas oyen ese supremo llamamiento, tras del cual se derrumban en el tiempo, dejando tras de sí el polvo de oro con que la historia cubre los nombres augustos de las civilizaciones que fueron.

¡Vivir! Vivir es eso: surgir al eco de una voz, encarnar una idea, realizar un destino, cumplir un fin; no pasar como sombra funesta sobre un pueblo ó sobre un hogar, sin dejar otra huella que el soplo helado que se cierne sobre los sitios muertos, sobre las aguas estancadas, porque las aguas, como los hombres, como las sociedades, no pueden estancarse sin infestar el lugar que habitan.

Proyectar es vivir para el hombre que piensa, esperar es alentar para el ser que siente. Quitados con la perspectiva del futuro el recuerdo de lo pasado, y ese presente tan precioso no valdrá la pena de vivirse. ¡Proyectar! ¡Sí, eso precisamente es lo que distingue al hombre del bruto! El vegetal vive, el hombre vive y piensa; el irracional goza ó sufre; pero el rey de la creación hace más: espera. Cuando todo se haya alcanzado, cuando toda perfección se haya conseguido, cuando el hombre convertido en dios mitológico nada tenga ya que esperar, el mundo habrá tocado á su fin, será, sin el llamamiento del porvenir, un arca vacía y un arpa sin acordes, y el frío del corazón

de los hombres habrá apagado el calor de los astros.

No: no vale la posesión lo que el deseo ni equivale el año vivido al que se desea vivir. La juventud es bella porque es un alcázar de proyectos, un sembrado en que sólo la esperanza florece. El amor se marchita al hacerse carne y el poeta lo ha dicho: *animalia post coitum tristia*.

No está la felicidad en el oro, sino en la fiebre del minero; no se encuentra en un beso que dan los labios, sino en ese otro inmaterial que nuestro espíritu deposita en esas castas frentes cuyo calor jamás sentiremos y en esos ósculos sin contacto que enviamos á muchos ángeles de belleza que nunca nos rozaron con sus alas. El año que pasó es un anciano que vemos allá lejos despidiéndonos con adioses y lágrimas. El presente es un hombre adusto que nos contempla sentado al borde del camino. El año que llega es una figura blanca y luminosa, resplandeciente de gracia y de juventud, que allá, donde la aurora asoma en azules y tornasoladas rompientes de luz, ceñida de perfumadas sandalias, vestida de transparentes urdimbres, coronada de rosas y mirtos, nos sonríe y nos tiende los brazos.

*
*
*

En todos los órdenes humanos, incluso el meramente fisiológico, la evolución se realiza sustituyendo la energía nerviosa á la muscular. Suponer una futura evolución en que el triunfo pueda ser de la actividad física ininteligente es afirmar una regresión imposible. La evolución social implica eso: un mayor predominio de la inteligencia sobre la fuerza, *alma mater* de las sociedades primi-

tivas, una emancipación para los humildes del trabajo manual por la aplicación del intelecto, dándoles un nuevo estado de ideación, de conciencia y de vida. En el desenvolvimiento de la ley del progreso, jamás la historia ha discernido el triunfo á las máquinas, sino á los hombres.

Para emanciparse, las aristocracias necesitaron primeramente esculpir en blasones sus esfuerzos, como para formular las clases medias los derechos del hombre, fué preciso que, excediendo en saber á la nobleza, apagasen las agudezas de Versalles con la elocuencia del Juego de Pelota.

Para que el proletariado triunfe, necesita intelectualizarse. La victoria es de los más adaptados y el medio lleva, de cada vez más, impreso el sello de la inteligencia del hombre. En el moderno paraíso todos los seres hablan como la serpiente y todas las plantas son del bien y del mal; porque en todas ha descifrado el hombre el lenguaje sublime de la Naturaleza.

*
*
*

Toda una centuria tuvo su representación en Hugo, como otra la tuvo en Voltaire. Porque el siglo XVIII fué el de la liberación religiosa, como el XIX el de la emancipación política. El XX necesita otros acordes, otros ritmos, otras cadencias, porque es el de la transformación económica y el de la justicia social.

A la voz de Voltaire se derrumban las aras y á la de Hugo los solios. Cuando escribe fulmina, cuando habla centellea. Por eso le adoraron las muchedumbres. Era la encarnación de la Libertad. Pero su pluma no fué tan sólo ariete, y á tra-

vés de los fenómenos que cambian, describió la eterna majestad del amor. Al niño prodigioso siguió el hombre águila y á éste el anciano bondadoso. Destruída toda la labor de ese semidiós, quedaría aún el *Arte de ser abuelo*. Borrada su grandiosa figura de reformador y de atleta incansable, quedaría impresa en la memoria su senectud amable, su cabeza pálida, su semblante augusto, su mano temblorosa, apoyada en las rubias guedejas de los niños.

Es un fenómeno observado con harta frecuencia. Se camina para llegar á un punto; se corre á fin de conseguir más pronto alcanzar esa meta que parece alejarse y burlarnos. Después se ama la carrera por la carrera misma. Se quiere devorar el espacio como se desearía suprimir el tiempo; ver cómo todo se precipita sobre nosotros y pasa como las proyecciones de un aparato cinematográfico para perderse en el olvido. Y es preciso avanzar más y más, satisfacer esa sed de verlo todo, de agotarlo todo, de vivirlo todo en un supremo é inefable minuto. Mas he aquí que de pronto nuestro vehículo tropieza contra una piedra miliaria, contra un árbol rugoso y secular, y sobreviene la catástrofe. ¿Qué importa? Los que nos sobrevivan correrán más aún, hasta que nuestro mundo se convierta en una bandada de gaviotas y nuestro sistema sideral en un inmenso nido de aerolitos.

Escucha, pequeñín, y consévalo en la memoria.

Comenzó á caer la nieve en copos menudos, que al tocar en la tierra se esponjaban y deshacían para ser absorbidos en sus entrañas. Solamente en el césped de los jardines públicos empezaron á blanquear algunos tallos menudos, como hilos de plata prematuros en la espléndida cabellera de una prodigiosa beldad.

Luego, el césped fué blanqueando, y algunos vellones se detuvieron sobre las ramas, como albos pajarillos dormidos. Subrayáronse los ramajes, y en las cornisas se alinearon las masas de agua congelada. Fueron llenándose los alcorques, las tazas de mármol de los surtidores y, poco á poco, desaparecieron los paseos enarenados, y en la ciudad el pavimento de piedra se cubrió de una alfombra de nitidez inmaculada y crujiente.

Y seguía nevando. El viento finísimo de la sierra arrojaba el meteoro en remolinos como un ventisquero. Un frío glacial se fué filtrando por todas las rendijas. En el aire, los vellones se precipitaban como albos enjambres, y sobre los tejados, con sus caperuzas de gnomo, las chimeneas elevaban sus columnas de humo azulado, que esparcía frigidísimo el viento.

Los caminos se habían borrado. Todo el suelo era como una inmensa y tupida alfombra blanca. Y la nieve caía, caía... Era aquello de una majestad soberana y de una helada fiereza implacable. El espectáculo de los Alpes se reprodujo por doquiera. Sobre las puertas obstruidas se agolpaban verdaderos aludes; pronto se ocultaron, ascendiendo el sudario hasta las primeras impostas. El último pájaro cayó envuelto en una nube de helados copetes, para piar sobre el tejado de un marmóreo edificio su postrer sollozo de amor.

Y sus plumas tornáronse blancas, y muy

pronto sólo se vieron descubiertas las cúpulas, las torres caladas, los extremos puntiagudos de las altas coníferas, semejantes á cucuruchos, que fueron achicando su base hasta dejar tan sólo descubierta su vértice.

Por último se hundieron las más altas veletas, las cruces de los campanarios, las puntas de los obeliscos. Debajo de la llanura deslumbrante se extinguieron los rescoldos de los hogares y las postreras palpitaciones de la vida orgánica.

Al amanecer, las montañas sepultaban sus cumbres y la nieve seguía cayendo silenciosa, implacable, con su mariposeo sutil. La tierra era ya una esfera sin accidentes, que rodaba helada por el espacio.

Entonces dejó de nevar. En medio de la noche aparecieron en el cielo los astros parpadeantes. El frío se hizo aún más intenso y el genio de la muerte paseó su mirada triunfante sobre el planeta yerto.

Sobre las cimas del Himalaya se alzaba la nieve setenta codos. Encima de los mares helados se apretaba la blanca costra endurecida, aplastando los senos insondables en que nunca habrían de trabajar los infusorios, dejando á profundidades ignotas las costas bravías en que ya jamás en los siglos de los siglos batirían su empuje las espumosas crestas.

Todo se había consumado. La tierra era sólo un sólido bloque blanquecino en medio del universo indiferente.

De pronto quedó aterrado el genio del mal. Sobre la esfera congelada empezaron á señalarse centenares de depresiones. Y en cada una se fué dibujando un hoyo profundo, que se iba ensanchando, ensanchando, como si una llama interior

fundiera en aquel sitio todo el hielo de la Naturaleza cruel y toda la frialdad angustiosa del olvido y la muerte.

Ya no cabía duda. La nieve se fundía. Se fundía por mil sitios distintos. Centros de calor y de vida anulaban el soberano empuje de la noche invernal, la obra total del aniquilamiento.

Y el genio del mal, indignado, quiso ver qué poder invisible, qué llama inextinguible y tenaz, qué fuego infinito era capaz de derretir tanta nieve y de volver á calentar el universo muerto.

Agitó sus alas marmóreas, se acercó á la tierra y miró por uno de los agujeros humeantes.

Allí dentro, muy hondo, muy profundo, donde apenas sus ojos alcanzaban, vió algo que se movía, que palpitaba; algo á cuyo calor las nieves se trocaban en manantiales de vida y la vida tornaba á surgir.

Era el corazón de un abuelo.

*
*
*

Para consolar á los tristes, para confortar á los oprimidos, se había inventado una fúnebre y misteriosa leyenda. Atormentados por el dolor, atenaceados por el hambre, aplastados por todas las iniquidades y abrumados por todos los oprobios, unos hombres arrastraban su existencia maldita como un bloque de sílice, mientras otros gozaban de bienes, riquezas y honores. Pero un día, bajo los rayos espléndidos de sol ó perforando las medrosas tinieblas, llegaba cautelosa LA JUSTICIERA, y con su segur implacable cortaba la garganta del potentado y del mendigo, del rey y del esclavo, nivelando toda desigualdad en un angustioso y supremo minuto.

Esa leyenda, como todas, es falsa. La muerte llega tarde y medrosa á los alcázares, huella tímidamente las alfombras, oprime con cuidado los llamadores de las puertas; y allí, para recibirla, están la higiene y la limpieza, la abundancia y el oro, la terapéutica y la fortaleza de los organismos. Es en las cabañas sin puertas, en los antros sin luz, en las covachas sin oxígeno, en donde tiene la muerte sus aliados, que se llaman hambre, suciedad, depauperación, abandono. Y allí aniquila siempre á los débiles y corta las vidas en flor, las inteligencias en promesa, los vigores en germen y las bellezas é idealidades en capullo.

Hay, pues, que cerrar el paso á la muerte con puertas de oro. No está en el oro acaso la virtud, ni está la verdad; hay otros criterios más nobles y elevados. Pero en el oro está la vida. Primero es vivir *deinde philosophare*.

¿Comprendéis por qué la verdad, que se llamó Arte en Grecia y en Roma Derecho, y en la Edad Media Religión, en la Moderna Ciencia se llama hoy problema económico? Besada por cálidos crepúsculos, arrullada por mares azules, sobria en sus gustos y sus ambiciones, generosa para los vencidos, pudo Atenas bañarse en esas auroras espléndidas que refleja el alma serena de Ruskin. Señora de la ciudadanía, á la cual iba aneja la abundancia, ebria de grandeza y de triunfo, ceñida de laureles verdegueantes, pudo la ciudad del Pretor y del César erigir en deidad la legislación. Señora del ensueño, dueña del más allá, dispensadora de la gracia, fué lícito á la sociedad mística y penitente levantar en honor de la fe sus románicas y nobles basílicas, sus viejas catedrales, poemas asombrosos de piedra, y, sobre sus caladas agujas, colocar el austero signo de la redención.

Alumbrada por el espíritu de los siglos, maga reveladora de los imprescriptibles derechos del hombre, libertada de los prejuicios de la mente con la Reforma y de la tiranía con la Revolución más grande que alumbraron los siglos, pudo la sociedad que agoniza fundar en la verdad un nuevo culto y en la ciencia una idealidad refulgente y nueva. Pero esta sociedad dolorida, que ha visto ponerse tantos soles y eclipsarse tantas constelaciones de pensamiento, que sufre hambre y sed, que llora bajo el yugo del capitalismo grosero y agoniza bajo el despotismo brutal del disco y del cheque, ¿qué menos puede hacer que erigir en problema primero aquel sin cuya solución eficaz no puede haber ni investigación, ni criterio moral, ni satisfacción de lo noble, ni gusto de lo bello, porque él es pensamiento y acción, emancipación y progreso, arte, conducta y vida?

No; la muerte no es la gran justiciera. A unos sorprende sereno el espíritu, satisfecho del cumplimiento del deber, tranquilo el ánimo en cuanto al porvenir de los suyos, cultivado el entendimiento para ver acercarse sin temor la gran sombra; á otros sobrecoge sin energías, en la inquietud horrenda del mañana, nublado el cerebro por la incultura, no habiendo podido cumplir su misión en la tierra, acaso con la maldición impotente en los labios. Y llega á los unos cuando ya la tarde de la vida declina, cuando de la Naturaleza soñolienta parece que llama una plácida voz al descanso; mientras á otros les acecha cuando todos los senderos parece que se cubren de flores y la juventud parece tenderles su copa rebosante. Unos cierran los párpados entre homenajas de respeto y de gratitud, y otros los entornan mirando en la estancia sombría famélicos niños que abren los

ojos con espanto y mujeres desgreñadas que lloran.

Los que acusáis á esta generación de fijar en el orden económico un criterio total de pensamiento y vida, ignoráis de cuánta abnegación, de cuánto sacrificio es hoy, como fué ayer, como será mañana, la naturaleza del hombre. Antes que el pan busca la verdad, antes que la satisfacción de sus goces desea bañarse en fulgor de justicia. Pero habéis alzado sobre vuestras cabezas un disco de oro; habéis hecho postrarse á los hombres ante esta nueva Eucaristía, le habéis dicho: aquí está la verdad, la razón, la equidad, el decoro. Sin este signo de poder no podréis ser sabios, ni buenos, ni honrados. ¿Qué extraño es que la idealidad de esos hombres, su sed de progreso, el culto de todas las ideas y la percepción de todas las cosas, tenga en ellos reflejos amarillos?

*
* * *

A un viejo, muy viejo, triste, muy triste, frío, muy frío, le he oído decir que el Carnaval es una locura. Yo le he contestado que es mayor locura vivir. A mis reflexiones ha opuesto el viejo una sola palabra: ¡Vivamos!

¡Vivamos! Pero vivir es amar, es soñar, es deleitarse en las formas y en los colores, es desear el beso de unos labios color de cereza y embriagarse en las irisaciones de unas pupilas hondas. Y cuando la vejez nos deja ateridos, cuando los miembros caen en laxitud temblorosa, cuando la muerte se aproxima y sentimos en las sienes su soplo, vivir no es nada ó es recordar.

Vivamos; y no despreciemos las locuras cuando son bellas. Acaso de todas las tonterías que

hicimos, indagando la verdad en noches interminables y solitarias, buscando el por qué, que nunca se sabrá, de las cosas, en el campo de experiencias ó en el laboratorio, luchando años enteros por la fortuna ó el poder, sólo nos queda una sensación consoladora y amable: la de una tez aterciopelada tendida sobre formas pentélicas, la de una mirada fascinante como la de las serpientes del bosque, la de un beso muy largo, carnal y tembloroso, tan doliente que aun su recuerdo parece mordernos en el corazón.

No para la razón ó la fe, sino para la sensualidad hecha diosa, debió pronunciar Tertuliano su frase paradójica: *Creo porque es absurdo*. Razonar el placer es extinguirle, como la luz en el seno del viento. ¿Por qué amamos? ¿Por qué nos deleitamos en el intenso goce que nos ha de matar? Se muere por eso: porque se ama; y á trueque de amar, es hermoso morir.

No abominemos de la alegría. Ella es el alma madre, el *spiritus intus*, el mágico secreto de la creación. Condenad á los poderosos que allegaron injustamente riquezas, nunca á aquellos que las derrochan. Hacen á otros felices y cumplen con la ley de la vida, que es derrochar fuerza y calor y vigor y sangre. La avaricia es un vicio macabro; la imagen del perfecto egoísta sólo se encuentra en los sepulcros.

Gocemos de la vida que se nos va, de la salud que se nos escapa, del amor que nos huye. Y pensemos que, aun de viejos, si hemos sido nobles y generosos, si hemos sembrado glorias y grandezas, no ha de faltarnos una frente piadosa que besar, que apoye en nuestro pecho sus blancos cabellos adorables, ó un descendiente á quien transmitir, con la conciencia del propio deber,

esa sana alegría, maldita en los claustros, abominable en los infolios, condenada en las teogonías, pero por la cual, por ser el amor, se renuevan las hojas, y se perpetúan los seres, y ruedan en el espacio, pleno de su espasmo, los mundos.

Un grupo de transeuntes pacíficos ha sido destrozado por una bomba; un niño ha asesinado á otro niño; un hombre ha muerto de hambre. He hablado de esto con gentes sensatas. ¿Hay algo tan frío como la sensatez? Es una virtud que merece coronas de hielo.

Asombra ver con qué gravedad, con qué tono de docta suficiencia repiten las personas que juzgábamos más discretas la vulgaridad misma, la que otros una y mil veces, la tontería que, aun siendo exacta, revela el total desconocimiento del asunto. No sé si hay algo que, como esta repetición de palabras y de conceptos, denuncie nuestra estirpe de mono antropoide. Preguntad su opinión á cualquiera acerca de estos horrores de la civilización y oiréis siempre lo mismo. ¿Es falso? ¿Es verdadero? ¿Es cuánto se puede decir? No importa. Es al menos lo que siempre se ha dicho. Por eso tal vez afirma Pascal que casi todo el universo es vulgo.

¡Oh vulgaridad! tú eres la musa de los simples! ¿No era hacer repetir ideas caducas el ideal de los viejos pedagogos? Tú hallas respuesta á todas las cuestiones; tú economizas el penoso trabajo de pensar. Tú te llamas regla en el sabio, práctica en el jurisconsulto, en el médico paliativo, hábito en el obrero y en el fiel obediencia. Tu historia es la de las razas humildes y la de los

tiempos tranquilos. Pero no has resuelto un solo problema ni enjugado una sola lágrima.

*
* * *

Si alguna vez, rebuscando en el fondo de un mueble antiguo que por azar ha llegado á ser vuestro, encontráis en él un montón de flores marchitas, contempladlas con profundo respeto. Rendidlas, si es que podéis, el homenaje que es debido á las glorias que se van, á las tiernas melancolías que se alejan, á las cosas serenas que fueron y á los aromas que se evaporan.

Exuberante de color y de vida, hubo alguna de aquellas flores que esparció su aromosa fragancia un día sobre el tibio y opulento seno de una mujer. Los pétalos amarillentos de esotra cayeron acaso lánguidamente sobre las cruces de unos dedos crispados y se agostaron al fulgor de unos cirios. Aquellas violetas que hoy son cenizas cárdenas, se columpiaron sobre unas sienes y formaron parte de un nimbo; las clemátidas representaron acaso ofrenda ante un ara; los heliotropos fueron desmenuzados por la impaciencia; los geránios de hierro debieron tal vez su color encendido al trémulo beso de unos labios febriles de pasión y arrebató.

Descubrios ante esas flores; son el pasado. Y después que las hayáis rendido el tributo que se rinde á las majestades que pasan, volved la cabeza al jardín susurrante, donde otros pétalos se colorean y otros cálices se columpian y otras formas gentiles se aprestan á simbolizar la vida triunfal que amanece.

Si recorréis los viejos claustros de nuestras catedrales, en donde aún parece escucharse el

rezo místico conventual; si veis la sombra de los ventanales recortarse en rosetones y ojivas sobre las losas húmedas de los pórticos, en que aun parece resonar el metálico choque de doradas espuelas; si recorréis las naves del templo y miráis frente al presbiterio el sepulcro en que los esforzados varones duermen sueño de piedra, y veis las gradas de los altares desgastadas por los ósculos de las mujeres enlutadas que caldearon con sus lágrimas el frío de los mármoles de colores sangrientos; si al caer de la tarde dáis la vuelta á los carcomidos y arenosos ábsides que se ensanchan en semicírculo como diademas rotas, y creéis escuchar junto á las estrechas callejas choque de espaldas templadas en ríos heroicos y tintineo de untuosas doblás; si alzáis la vista y divisáis sobre la torre enhiesta, llena de ojivas tímidas y alicatados y signos masónicos, la sombra augusta de la cruz, descubrid vuestras frentes. Aquello es el ayer que desaparece, la idealidad que se transforma, el pasado que nos punza con sus dolientes quejas. Esas sensaciones que parecen sobresaltos, son el tributo que tenéis que rendir á una idealidad en su ocaso.

Pero cuidado de volver la vista al campo que florece, á los cielos que centellean, á los nuevos alcázares del progreso que, sobre las ruinas polvorientas, se alzaron y humean sobre la nueva ciudad portentosa. Habéis rendido homenaje á la muerte. Ahora pensad en la nueva vida.

Si hojeáis uno de esos libros en que una generación encontró las palpitaciones de su espíritu conturbado, en las cuales os ciega el dorado polvo de las alas del genio, que sobre ellas se cernieron vibrantes; si, al lado de las bellezas imponderables que os asombran, encontráis las mons-

truosidades que os conturban, como halláis los grotescos informes zoológicos junto á los haces gentiles de columnas que en las bóvedas se abren y desparraman; si al pasar esas páginas polvorientas con mano nerviosa, creéis sentir en vuestros oídos el grito de aquellos guerreros inflexibles que alzaron murallas y cubos y puertas almenadas, el murmullo de aquellos ascetas ceñudos que pasaron en filas salmodiantes por los helados claustros, las voces de los caballeros que esculpieron sus armas en las impostas y en las claves y en los arcones y en los viejos infolios, que hicieron del honor teodiceo y de la tradición relicario; si llegáis al final y sentís eco de aplausos muy lejanos, rumor de vítores que se apagan, unid vuestro aplauso al aplauso y vuestro sincero vitor al vitor. Aquel libro es la voz que se aleja, la rotunda verdad que se amortaja en fecunda crisálida, la comprensión de un mundo que no es el vuestro; pero que ha sido grande, que ha sido bello, que ha sido solemne, que ha vivido la vida humana, en fin.

Peró después que os hayáis descubierto y hayáis tributado al autor el debido homenaje, volved á los estantes que se yerguen á vuestra espalda, henchidos de savia, de jugo y de luz, saludad contentos el porvenir y tomad en las manos el libro nuevo.

*
*
*

No tenemos tiempo para leer lo estimable. Hace pocos meses echaba la cuenta un cronista extranjero del tiempo que se necesita para leer lo sublime, lo nuevo y lo interesante. Según el cronista, eran necesarias al día para esta ocupación

cuarenta y seis horas. Vean los nuevos escritores el tiempo que podemos dedicar á sus candidas é inocentes novelas y á sus quintillas aconsonantadas en *ado* y en *ente*.

Muy pronto no leeremos sino índices, y después nos contentaremos con hojear catálogos. Esto á menos que, especializando nuestros conocimientos y seleccionando nuestras lecturas, no nos limitemos á estudiar lo fundamental, lo escogido, lo notoriamente útil y aprovechable.

Pero esta verdad dolorosa no hace sino acrecentar mi compasión á los grafómanos de todas especies. No es sólo vanidad lo que hay en el cerebro de los autores fracasados. Hay amor á lo grande, á lo noble, á lo generoso; hay deseo de ensanchar horizontes que se juzgan más estrechos y limitados de lo que son; de descubrir verdades menos ignotas de lo que sospechaba la candidez. Y sobre todo, hay pronto ó tarde un dolor verdadero, un pesar incurable, un desencanto que, como las pócimas amargas, cura ó envenena de una vez para siempre.

¡Pobres libros! Yo los conservaré con cariño, con interés y benevolencia. Pero alguien que vendrá tras de mí juzgará que aquellos mamotretos estorban, que aquellos libros de hojas immaculadas quitan sitio á otros más necesarios. Y entonces llegará el momento inevitable de vender alegrías y pesadumbres, esperanzas y desengaños, al peso.

Viendo un cielo plomizo, alegraba á Emerson el recuerdo de su rinconcito junto á la lumbre. Tal vez para dominar las más hondas melancolías es

preciso sufrir las inclemencias de la Naturaleza irritada, como aquel prisionero de Tolstoi, que aprende á saborear el placer de vivir descalzo y hambriento á través de la estepa.

Tiene su atractivo la niebla cuando, ciñéndonos con sus gasas azules, nos besa las sienas con sus labios húmedos invisibles. Sobre la ancha acera asfaltada, viendo horradas las lejanías y como fundidas en una humareda trasluciente, parece que nos encontramos sobre la cubierta recién baldeada de un gigantesco y movable *Great Eastern*. Tal vez el pasado es hermoso porque azulera, y el porvenir nos seduce porque es confuso. El día en que disipe la razón humana todas las nieblas, habrá acabado la idealidad, esto es, habrá terminado el por qué del vivir.

En pleno sol, cuando multiplican su actividad las nubes, somos siempre egoístas. El oxígeno que respiramos á pleno pulmón, la luz que recibimos á plena retina, el rumor de tantas grandezas que por nuestros oídos nos llega al sensorio, todo nos hace más pléticos y, por consiguiente, más duros. Hace falta de vez en cuando la niebla con sus melancólicas neurastenias, la llovizna con sus hondos ensueños, para que en el fondo de nuestro espíritu surja la visión de las cosas bellas y humildes, se abra nuestro corazón á la infinita compasión y ternura y sobre nuestra alma adormecida resuene la melodía incomparable de Jorge Manrique, de Virgilio y de Wordsworth.

Leo que hay una juventud conservadora. Pero no cabe en cerebro humano pensar una juventud sobrado prudente, discreta, reposada, calculado-

ra, fría, poniendo paz entre los combatientes é invocando el único fanatismo que no puede sentir: el del orden.

No; la juventud tiene algo más que hacer que conquistar puestos, asegurar prebendas, mirar por el día, que acaso no llegue, de mañana. Para ella deben ser los lugares de peligro, los enardecimientos impersonales, los no superados altruismos. Una juventud sirviendo de viejo pedagogo y meditando en los peligros del porvenir, buscando fórmulas de concordia y arreglos de intereses, es algo marchito y sin fragancia, caduco al nacer, vacilante en el umbral de la vida y trémulo y encorvado en la cuna.

Y como todo lo absurdo, es inútil. No puede llevar una idea, ni una energía, ni un elemento nuevo á lo que sólo con la vejez llega á su plenitud: el egoísmo. No acertará á exceder á los viejos en cálculo, ni á los curtidos en las lides políticas en cordura y sagacidad. Lo único que podría ofrecer, sus arrebatos, sus valentías, sus abnegaciones, los ha arrojado como pesado lastre. Para salvar la piel ha imitado al prudente almizclero, rompiendo con sus dientes el secreto de su masculinidad.

Esos hombres de negros cabellos, de ojos brillantes, de piel tersa y ademanes gallardos, podrán seguir llamándose jóvenes, como sigue titulándose historia moderna la toma de Constantinopla, ó como sigue llamándose vals de moda á *Frou-Frou*. Pero son viejos en la política, viejos en la vida y el pensamiento, viejos calculadores que economizan pensando en la mortaja. Los jóvenes son aquellos que, aun teniendo la piel arrugada y los cabellos grises, conservan el entusiasmo por las ideas, el desprecio á las componendas egoís-

tas y la visión luminosa y ardiente de las cosas del porvenir.

*
*

Presumo que llegará un día en que no se sabrá lo que es Literatura. Puesta la palabra al servicio de las ideas, y sobre todo de las necesidades, no habrá quien se explique el refinamiento por hablar. Se habrá, sí, embellecido en extremo el lenguaje escrito y oral, se dará á la frase su majestad, á la palabra su sencillez y altisonancia; pero ese don será patrimonio de todos. Lo que no existirá será el *literato*, es decir, el hombre consagrado á adulterar el pensar y el sentir para hacer las palabras más sonoras, reverenciado por las muchedumbres, respetado por sus contemporáneos, mientras él tortura su cerebro cansado por hallar moldes y formas nuevas.

Sepámoslo todos: ya no habrá Homeros. Y es más: ya no habrá Apeles ni Fidias. Pero la masa será más artista. No se dará el feroz y odioso espectáculo de un pueblo ineducado y soez en torno de un genio indiscutible, como no se dará el de un miserable rebaño de esclavos alrededor de un déspota. Como toda la vida, se habrán socializado el Arte y el genio. No habrá grandes estatuas, ni lienzos, ni en los nuevos cantos geórgicos sonará rumor fresco de manantiales y crujido de ondulantes espigas. Pero cada cual será artista de su propio vivir, y el universo entero se llamará Pina-coteca.

El día en que todos los hombres tengan sentido común y se expresen con elegancia y nobleza, serán, ¿qué digo difíciles? imposibles los Sócrates. Si llega el tiempo previsto por Wells en que

al superhombre corresponda la superhembra, el gusto, la gracia, la majestad del coro habrá hecho imposibles las protagonistas memorables, Frinés y Aspasia, Medeas y Andrómacas.

Se apiñaba la gente en los tendidos; un vago rumor de muchedumbre inquieta trocábase á intervalos en imponente clamoreo; la arena, limpia, fina, immaculada, como si en ella no se hubiera vertido sangre, esperaba huellas de gentilezas y rastros de viril arrogancia. En los antepechos de gradas y palcos tejíanse en guirnaldas las flores purpúreas, y ondulando en gráciles curvas, gallardetes y cintas desplegaban en el espacio los áureos y sangrientos colores de la bandera nacional.

Pero el sol no bañaba las gradaderas, caldeándolas con su encendido beso. Apenas si la claridad débil de unos focos parpadeantes rasgaba en el anchuroso circo las sombras. Borrábanse en tinieblas las arcadas fronterás, en que un mar de cabezas ondulaba como un campo de tostado centeno. No sonaba vibrante el clarín, y encima del magnífico anfiteatro aparecía un círculo enorme de azul oscuro, tachonado de puntos luminosos. Era la noche augusta y solemne, durmiendo en la inmensidad del espacio su sueño sideral.

Se hizo de pronto un formidable silencio. Una emoción intensa, presta á desbordarse en aplausos, una presión parecida á la que en los niños precede al llanto y en las muchedumbres al vítor, anunció á todos que iba á aparecer el protagonista. Fué un momento de ansiedad rayana en la angustia. De pronto, se abrieron las puertas de la Plaza, estallaron las músicas en acordes, y majes-

tuosa, grave, digna, con sus estandartes á la cabeza de cada grupo, serena, como quien cumple un rito, tranquila, como quien tiene la conciencia de sí, entró en el circo Su Majestad la Plebe.

Primero aparecieron los Orfeones de Cataluña. En sus recamados pendones brillaban los escudos en que marcó la huella de su mano moribunda Vifredo. Cuatro barras firmes, seguras, que trazó un pulso decidido con encendido jugo de redentor; y detrás, reposados, austeros, diez, ciento, mil, dos mil catalanes cubiertos con sus barretinas color escarlata. Inundaron el círculo de luz proyectado por los actos voltaicos y trocóse la arena en jugoso prado de amapolas. Y el público en pie, agitando sombreros y pañuelos, saludó con aclamación estruendosa á sus compatriotas de allende el Ebro, mientras los nietos de los almogávares inclinaban los estandartes para corresponder al saludo de sus hermanos en labor y dolor.

A un desfile seguía otro desfile, á una insignia otra insignia, á un grupo otro grupo. Y las aclamaciones eran más fuertes y los aplausos más nutridos. A Cataluña siguió Castilla, y luego Valencia y Sevilla y Aragón. Nuevos estandartes evocaban el nombre glorioso de nuevas regiones, y las cabezas seguían descubiertas bajo el centileo de los astros. Y cuando ya roncas las gargantas y secos los labios, parecía agotado el entusiasmo y la tensión nerviosa insoportable, aparecieron los galleguños, humildosos, sencillos, tiernos, dejando oír la armonía dulcísima de sus gaitas, cuyas frases melódicas parecían volar al espacio y retorcerse en él como hilillos de oro en la majestad de la noche, que en aquellos momentos tendería su manto piadoso sobre la placidez de

sus ríos y la brava firmeza de sus nobles y verdequeantes montañas.

Y en aquellos momentos sublimes en que, agrupados, los hijos del trabajo entonaron sus himnos y sus saluciones á la patria; en aquellos instantes de paz, de amor, de fraternidad, de culto á la Naturaleza madre y á las fuerzas misteriosas que dirigen el Universo, el alma, dolorida, azotada por la adversidad, destrozada por el dolor, herida por la barbarie y brutalidad de un medio implacable y hostil, tuve una revelación consoladora ante la comunión de los espíritus en amor y grandeza: la de que el mal es sólo un accidente; la de que todos los hombres son buenos.

Entraban deseos invencibles de gritar en voz alta: «Si; yo, en nombre de todos, perdono á todos; en mi culto no hay réprobos, y todos los hijos de madre se salvan. Sois buenos vosotros los que arrojasteis bajo mis pies espinas, los que con vuestras envidias y malquerencias quisisteis humillarme, como si pudiera humillarse á quien sabe vivir y sabrá morir con decoro; los que, por torpeza ó error, hacéis que sucumban los débiles, los que maltratáis á los niños, los que martirizáis á las mujeres indefensas, los que, en nombre de Dios, de la patria y del orden, perpetuáis la injusticia, la ignorancia y la esclavitud, ó, en nombre de la emancipación, os sentis incapaces de toda noble delicadeza. Sólo os falta la luz, la armonía, el pen del espíritu, la vibración que encumbra, la enseñanza que salva y redime. Pero como yo, sois de carne, de carne amasada con lágrimas; sois buenos, aun cuando no hayáis podido despertar á la idealidad; arpas mudas que esperan la mano que pulse sus cuerdas; sauces solitarios que demandan un viento apacible que mueva sus frondas;

campanas olvidadas y llenas de herrumbres que no piden sino una sacudida viril y un viento propicio para llenar los espacios de ondas sonoras que canten el himno de la verdad y de la justicia, de la emancipación y el progreso.

¡Inolvidable y hermosa fiesta! En ella las banderas simbolizaban paz y trabajo; los cantos eran memorables estrofas á la familia y á la patria; los psalmos, invocaciones al escondido y humilde terruño. El amanecer de esa noche no puede ser sino de prosperidad y alegría. En esa aurora humearán todos los hogares y brotarán flores en todos los surcos y habrá paz en todas las almas y generosidad en todos los pechos.

Porque la conquista del porvenir no se hace con sangre, ni con violencia, ni con estériles bravuconerías, ni sustituyendo á una tiranía otra tiranía más necia y brutal, ni exterminando á los adversarios, ni predicando revoluciones, ni sembrando odios, sino invocando la razón, trabajando por la cultura, aconsejando la piedad, siendo antes mártir que verdugo, confiando en la eficacia de esa energía que abre las conchas de los moluscos con los rayos del sol y no con las hojas de los cuchillos, invocando á ese espíritu de concordia que tiene por lema: todos los hombres, aun los que parecen malvados, son piadosos y buenos. ¡Dejad que todos los hombres se acerquen á mí

* * *

Se habla de la moral de Don Quijote; pero es siempre verdadero el dicho de Fouillé: «La moral no es sino una aplicación de la Psicología, de la Sociología, de la Cosmología y de la Metafísica á la conducta del hombre en su vida privada y so-

cial. Y ¿cuál fué la Metafísica del *Caballero de la Triste Figura*?

Desde luego—desencantemos á quienes buscan en la obra inmortal sistemas cerrados y extraordinarios y no siempre justificadas clarividencias,—no hay, no puede haber en ella un sistema cerrado. Después de la hermosa obra de Navarro Ledesma, después de las inestimables indagaciones de Menéndez Pelayo y Cajal, sin olvidar la anterior labor analizadora desde Clemencin, nos es conocida el alma cervantina. Y es un alma compleja, humana. Así, en el sentido cerrado dogmático, su moral no personifica teoría alguna, presintiendo la frase de Arreat: «El hombre idea será siempre un Diógenes ridículo.»

Pero hay en Cervantes, como en todo poeta—adivino,—clarividencias; y éstas puede decirse que en él llegan á ser tantas y tales, que representan una orientación bien señalada en el modo de concebir el mundo y la realidad, y aun concretando lo que es propio de la vida y la acción, toda una moral y un Derecho.

En la obra de Cervantes, contra lo que pudiera creerse por dogmatizadores y críticos, ni lo es todo el idealismo ni el realismo; pero aquél prepondera. El realismo tiene sólo carácter estético; es, como dice muy bien Cajal, una reacción de la observación perspicaz, castiza y netamente española contra la irrupción de los falsos idealismos exóticos. Mas la filosofía de Don Quijote señala una de las dos orientaciones fundamentales del pensamiento humano. Aquella que comienza con el autor inmortal de los *Diálogos* platónicos, y acaba, ó por lo menos sufre crisis y evolución, en Reclus.

Pero es asombroso que Cervantes presintiera

de qué suerte á la autospección y al análisis del yo debe seguir la observación en el mundo de los fenómenos; al *cognitio rei* el *cognitio circa rem*. Por la inadaptación al medio es por lo que fracasa en sus generosos empeños el protagonista. Cervantes, en los tiempos en que hubieran parecido verdaderas locuras las afirmaciones de Darwin y Ferri, hace patente esta inadaptación, y en contradicción con toda la Metafísica de su tiempo, informado quizá del movimiento intelectual que en Inglaterra se iniciaba y desenvolvía, muestra un modo de pensar y sentir contrario á la subordinación ciega de la Filosofía á la Teología, que había sido la característica de la investigación desde el siglo IX en toda la labor de los Padres de la Iglesia, dueña entonces de todas las llaves del saber.

No hay en Don Quijote el menor asomo de misticismo; antes parece que su arte es panteísta y que le lleva al culto de la Naturaleza y de la serena belleza clásica. Nunca, como al imaginar el *Quijote*, se dió á ser alguno imaginario ese sello de lo personal, que en el Arte lo es todo. El Caballero por antonomasia vive, según la frase de Leibnitz, *un presente lleno del pasado y preñado de lo porvenir*. Es bueno, no porque obedece á esta ó á la otra ley, sino por cumplir así su destino, como pide Jouffroi al ser moral. Abomina de la ley del encaje, «propia de los ignorantes que presumen de agudos», y proclama en todas partes como fueros sus bríos y el deber de acometer doquiera á los enemigos de la verdad «sin mirar si sus armas son largas ó cortas ó si traen sobre sí reliquias».

La oposición, irreductible al parecer, entre el hombre de pensamiento y el de músculos, entre el universo real y el ideal, llega en el *Quijote* á lo más sublime. Hay en la odisea del hidalgo una noche melancólica y memorable. Es la noche de la aventura de los batanes. Tras la lobreguez de las nubes, sólo el instinto adivinador del pegujalero podía ver la *boca de la bocina* en la inmensidad del espacio, en donde los astros invisibles daban en silencio su gigantesca vuelta diuturna. Entre las tinieblas preñadas de energías ignotas se escuchaba rumor de aguas bravías como despeñada de altos y levantados riscos, mientras, movida del manso viento, la hojarasca despertaba ruidos blandos y temerosos. Todo causaba horror y espanto al escudero; todo al caballero denuedo y fortaleza. El corazón le *revienta en el pecho* en medio de la noche nupcial. Y entonces, sujeto á la quietud é inacción por la industria de Sancho, vése obligado á esperar el alba, encendido de santa impaciencia, escuchando consejas ruines y relatos vulgares. Aquel grupo que forman el hidalgo, apoyado en su lanza, la mirada levantada á los cielos, y el patán abrumado por el terror, haciendo llegar al sensorio del héroe hedor á pestilencias, atormenta el espíritu con la visión de la epopeya en que riñen su perdurable lucha el alma y la carne, las excelsitudes de la idealidad y las bajezas miserables de la vulgaridad y la grosería. Poned la mano sobre la frente, y decid si no recordáis otras noches tan tristes; bajadla al corazón, y decid si no hay en él todavía doloridos ecos, amargas reminiscencias, golpeteos que os atormentaron alguna vez con rumor de batanes.

En su sentido psicológico es el *Quijote* imponderable acierto. Tiene Cervantes—dice muy bien Theóphilo Braga—la intuición de un profundo filósofo. Solamente su arte podía prestar objetividad á ese capitalísimo problema psíquico del desacuerdo entre las representaciones subjetivas y la realidad del mundo exterior. Hay que llegar hasta la *Crítica de la razón pura* para observar tan netamente cómo la idea, para ser verdadera, exige la concordancia entre el dato objetivo del mundo real y su representación mental ó subjetiva. Después de hacer que su héroe tome el punto de partida cartesiano, en la conducta y en el pensamiento, anticipándose á la gran revolución filosófica de que nace toda la Flosofía moderna, Cervantes adivina, presiente á Kant. Esa es su inconsciente Filosofía. De ella emana la moral de sus héroes y su concepción del Derecho y de la Justicia.

La norma moral de Don Quijote no es la ortodoxa. ¿Por dónde ni cómo podía serlo? Esa fué, si acaso, la del infelice Quijano el Bueno. Hay demasiada oposición entre las ideas del Hidalgo y del Caballero para que no sea necesario elegir ortodoxias y rebeldías para uno de los dos.

Y es el caballero el rebelde. ¿A qué hablar sino en los temerosos y postreros momentos de arrepentimientos y culpas? Si; arrepintióse el buen Quijano; pero no pudo sobrevivir á su decepción. Cuando los genios plegan sus alas, mueren. No pudo resignarse á ser el ente vulgar, embutido en sayo de velarte y calzas de velludo, ayunador los viernes y fiel cumplidor de mandamientos. Torna á la vulgaridad y deja de vivir; pero ya ha dicho: *Post tenebras spera lucem.*

Era quizá preciso á Cervantes este regreso de

su héroe á la vulgaridad cuadrículada, para no incurrir en las censuras y persecuciones del Santo Oficio. Necesaria ó no, la posteridad ha juzgado: el grande, el inmortal, es el caballero que acomete vestiglos, endereza tuertos y desfaze agravios; el que llama *fementida canalla* á los frailes de la Merced, atropella á los disciplinantes, apalea á la Santa Hermandad, increpa al capellán de los duques, y dice al topar con la Iglesia: — ¡Quiera Dios que no hayamos topado con nuestra sepultura! El vulgar, el insignificante, es el hidalgo rancio, de galgo corredor, que en sus postimerías declara no haber ya en los nidos de hogar aquellos pájaros de rizado plumaje que supieron cantar en las frondas azuladas y rumorosas de la idealidad y el ensueño.

En la vida del enamorado de Dulcinea no hay fórmulas ni ritos. Sus penitencias son holocaustos al amor, como la de la peña de Beltenebros, como lo son las impuestas á su escudero para desencantar á la que nunca pudo desencantarse, porque es el encanto y pudo llamarse *Incognoscible*. Pero la ley de su conducta no fué esta ni la otra moral, no fué tal ó cual ética dogmatizadora y confesional; fué—no hay sino detenerse á pensarlo—ni más ni menos que el *imperativo categórico*.

Pareció acompañarle en toda ocasión la ley kantiana, y en todo caso hubiera podido erigir su conducta en ley universal. Ni una sola vez habla, que su voz no refleje ese imperativo de la conciencia, de la razón, digámoslo así, *pura práctica*. ¿Habrà quien piense que vivió Don Quijote más en el mundo de la quimera que los Duques, Maritornes, Sansón, Altisidora y aun el Caballero del Verde Gabán, tipo de la vulgaridad odiosa, de

la miseria intelectual y moral, con su perdigón manso y su hurón atrevido? Sus mismas alucinaciones se refieren, no á las cosas en sí, sino á sus vanas apariencias. No son los molinos gigantes; pero hay fuerzas gigantes que contrarrestar; no son las manadas ejércitos, pero sí son las armas medios para oprimir al desvalido; no es un caballero Tosilos, pero no eran lacayos entonces casi todos los caballeros? No fué encantada Dulcinea; pero la verdad, excelsa, de alta y gloriosa estirpe, fué trocada en rústica lugareña y encerrada á la sombra de los ábsides por los embaucadores de Merlin. Enamorado de la verdad, pudo el *Caballero de los Leones* dejarse llevar de vanos fantasmas; pero su voluntad jamás se engañó, y así pudo decir invirtiendo el antiguo axioma: *video deteriora proboque meliora sequor*.

Repito que estoy lejos de buscar en Cervantes una Metafísica, una Ética, una Sociología, una Teoría de la Persona social. Pero vosotros, que sentís el deseo de buscar á todo estado de conciencia tal una analogía, buscadla en un individualismo abstracto, en Rousseau, en Spencer, y por qué no decirlo? en Kropotkine. Don Quijote es un anarquista. Sus máximas son las spencerianas de *El individuo contra el Estado*. No sólo concibe una esfera individual de Derecho, sino que ella las invade y abraza todas. El hecho de salir á favorecer la justicia á campo abierto, muestra la escasa confianza de Don Quijote en la acción del Estado, del cual hace la crítica indirecta y acerba en la aventura de los Galeotes y en la visita á las galeras. Cuando el leonero le muestra las banderas del rey, Don Quijote se encoge de hombros y contesta lacónicamente: ¡Leoncitos á mí! Cuando habla de leyes, de usos, de costum-

bres que no son las de caballerías; cuándo se lamenta de los consejos que se dan á los príncipes y de cómo los acogen y los realizan, parece escucharse la voz de Vaccaro: ¡Cuán poca ciencia gobierna el mundo!

¡Palabras, dice, funestas las de tuyo y mío! ¡Dichosa edad y dichosos siglos aquellos en que todas las cosas eran comunes! La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar los del favor y del interés. No había entonces que juzgar ni quien fuese juzgado. He aquí la doctrina de Reclus. La ley de solidaridad social de Marión queda aquí obscurecida acaso; pero reaparece en la forma que Guyau la asignaba al bosquejar su moral sin obligación ni sanción, la que Kropotkine imagina cuando reduce la ley natural á una relación entre determinados fenómenos.

He aquí la filosofía del Caballero, desmentida por el Hidalgo en su lecho de muerte. Nada más doliente, más amargo que la muerte de ese Quijano arrepintiéndose de tanta generosa nobleza, de tanto fiero arranque de independencia y libertad. Pero aquella conversión acaso es fingida; hay en ella burlas y donaires; no aparece en las frases del converso la amargura de Hamlet ni la invocación al no ser de Byron.

Muere Don Quijote sin haber pintado mote en su escudo, contra todas las leyes de caballería. Pero muere sin escribirlo, obligado por la tiranía y brutalidad de su tiempo. Ese lema es el escrito por Juan de la Cuesta: ¡Espero la luz! Y bajo él abren los ojos amenazadores los leones dormidos, y las aves abrasadas resurgen.

Y muere sin renegar de Dulcinea. Ella vive, alienta, perdura; es el ansia de idealidad y mejo-

ramiento, es el *alma mater* de la Ciencia y el Progreso futuro: se llama combate con la rutina, lucha con la barbarie, pugilato con la injusticia y el retroceso; protesta, inquietud de las almas nobles atormentadas.

*
*
*

Un brillante escritor, enamorado un tiempo de la democracia, recuerda con qué clara percepción de la vida y la realidad consignaron nuestra vieja legislación y nuestro Derecho consuetudinario no pocos preceptos de los que ahora demandan los socialistas; y con la profunda amargura, con el melancólico escepticismo de quien ha visto desmoronarse muchos castillos metafísicos, formula, entre desengañado é irónico, esta extraña pregunta: *¿Qué es el progreso?*

Acababa yo de leer el último libro de Anatolio France y había encontrado en sus páginas igual desconfianza en los destinos de la Humanidad. La razón nada nos enseña: lo mejor que podemos hacer es dejarnos llevar del instinto. ¿Qué es el progreso? Eso se sabrá allá cuando los últimos hombres, idiotizados, refugiados en sus cavernas, faltos ya del calor solar, quemados en los más hondos subterráneos los postreros pedazos de hulla. Y entonces será tarde; tarde para pensar y para vivir.

En verdad, ha muerto la Metafísica, y con ella los conceptos abstractos. Sin este desplome lamentable, pero necesario, hubiéramos podido interrogar á los sacerdotes de la razón. Bacon, recordando á Aristóteles, nos hubiera dicho que el Progreso es el desenvolvimiento gradual de la experiencia, y Hegel que es el proceso del *devenir*.

Volver al punto de partida—nos hubiera gritado Vico.—Realizar nuestro fin en, por y bajo Dios—hubiera pronunciado Krause.—El Progreso se hubiera llamado evolución y desintegración en Spencer, voluntad en Schopenhauer, en Nietzsche fuerza. Tomás de Aquino hubiera señalado á las nubes, mientras Voltaire habría reído otra vez ante los optimismos de Pangloss, baqueteado por los búlgaros.

Si. Han acabado los conceptos abstractos, las hipótesis prematuras, los aforismos huecos.

Pero el Progreso no lo es. Es un hecho: la sucesiva adaptación de los seres y de las cosas al medio, cada vez más perfecto, en que viven.

¿Habrá que recordar al ilustre escritor que el Derecho Romano que informó las Partidas no se acomoda á las relaciones jurídicas de la vida moderna? ¿Qué significa que uno ó dos ó cien de sus aislados preceptos parezcan análogos á otros que hoy se demandan, ante el total concepto de la vida, del Estado, de la sociedad, de la familia, de la propiedad y el trabajo, muy otro hoy del que entonces se tuvo por verdadero? Entonces se pudo conceder como gracia lo que hoy se reclama como derecho. Entonces se pudo declarar en forma arbitraria lo que ahora es imposición de justicia. En aquella ocasión era la ley la que fijaba los límites á la acción del Estado; hoy quien los fija es la realidad. El Estado es un órgano que cuando quiere desempeñar funciones que no le competen, las perturba todas, se descompone y muere.

Cierto es que el socialismo puede llevar á la tiranía. Pero no lo hará. La tiranía se ha hecho imposible, al menos la tiranía tradicional. Queda la del dinero. Ella desaparecerá, como todas. Tranquílcese el genial periodista. No volverán los

viejos Códigos, como no volverá á su caverna el mammoth. El Progreso podrá negarse, será puesta en cuarentena la evolución, se nos hablará de antiguos campanarios, de vínculos indestructibles y de fracaso de idealidades. Pero el hecho es superior á la lógica: la Humanidad progresa.

*
* *

Hace ya algunos años que se nos quiere hacer volver á los viejos absurdos en nombre de un supuesto fracaso científico. No podemos conocer sino hechos, y de éstos tan sólo la apariencia. Sea cualquiera el microscopio, quien á él se asoma es un ojo humano. La verdad nos será para siempre negada. Así no sigamos á la razón, falaz, embustera, Lais la más funesta entre todas, porque nos prostituye el espíritu. Entreguémonos al instinto. ¡Gocemos!—nos dicen los estetas, modernos epicúreos.—La Belleza lo es todo. ¡Creamos!—nos repiten los más retrógrados.—Sólo la Fe nos puede salvar. Pero los viciosos sucumben, envenenando su propia sangre, anulando su fuerza cerebral, engendrando hijos no viables, mientras los fuertes, los sobrios, los equilibrados, los razonadores, los que cuentan los dientes á la tierra y miden la velocidad de los astros, procrean hombres fuertes destinados á ahuyentar de los cielos á los últimos dioses de Homero y de Hesiodo.

*
* *

Tal vez nunca sabremos lo que las cosas son. Pero vamos sabiendo lo que no son; y en este proceso eliminatorio, vamos aniquilando para siempre los absurdos decrépitos. ¿Qué habrá tras

la última nebulosa? Acaso otra más; tal vez el espacio vacío; posible es que miriadas de mundos, donde se nace, se piensa, se ama y se muere. Lo que sí podemos asegurar es que allí no está el trono de Júpiter, arrojando los rayos con que alumbramos nuestro cuarto de estudio. ¿Cómo se formó el mundo? ¿Se creó esta accidentada vivienda por condensación de vapores ó por un desprendimiento de sol? Lo ignoramos; pero desde luego, no fué en siete días. ¿Qué leyes, qué costumbres, qué instituciones habrán de suceder á las nuestras? No podemos adivinarlo; pero es seguro que no serán aquellas que, en nombre de tradiciones y símbolos, hicieron á los hombres esclavos.

Así progresamos: destruyendo absurdas leyendas, derribando potestades inicuas, apartando de una vez para siempre de nuestro camino espectros y sombras. Progresar es acaso caminar dando tumbos, oscilando en terrible vaivén, sintiendo el vértigo espasmódico de los abismos, experimentando el horror invencible de las tinieblas; pero sin retroceder una línea siquiera ni tropezar en la misma piedra dos veces.

¿Qué es el Progreso? ¿Para qué queremos saberlo? Es el ansia que nos impulsa á vivir, es el fervoroso deseo de indagar y saberlo todo. Sabiéndolo ó no, progresamos, y modificados por el medio, le modificamos en justas represalias. Y así vamos andando nuestro camino, arroyos que no saben tornar á su cauce, piedras que no pueden remontarse á la cumbre de que cayeron, hojas á las cuales no es dado encerrarse en el brote, mariposas que no pueden volver al capullo...

* * *

Durante muchos siglos se ha venido inculcando á los hombres por cuantos males ha padecido la humanidad. Acéptado el libre albedrío é inestudiado el medio, se quería redimir al criminal á golpes de vara, educar al niño con sacudidas de palmetas y estimular á las generaciones con varapalos y con injurias.

Instaurado ya por ventura el *cognitio circa rem*, estudiado el ambiente, la herencia, el hábito, la fisiología de los cuerpos y de los organismos, no se considera á los hombres ni á las sociedades peores ni mejores, ni se pierde el tiempo en formular cargos estériles. Se procura colocarles en circunstancias favorables, condicionar su vida y hacerla fecunda por la discreción de las energías que en todas partes existen y se manifiestan cuando se sabe sacarlas á luz.

* * *

No; yo no voy á visitar á mis muertos. He de llamar en la oquedad donde duermen su místico sueño, y no han de contestarme. He de intentar volver transparente la losa que les cubre, y no he de mirar sino caracteres extraños y piedras de pulimento sombrío. He de gritar, y no he de sentir un rumor que responda. He de querer representarme el lugar donde les encerró la piedad, y no he de acertar á ver sino polvo y harapos. Vayan todos por mí. Yo no puedo. Mucho más que la muerte me aniquila la propia impotencia. Además, ¿qué hacen tantas gentes allí? ¿Por qué aquellas odiosas anaqueleras y aquel amontonamiento de restos miserables? ¿Por qué mi corona ha de ser la más pobre y mi angustia la menos respetada? No. No iré á visitar á mis muertos.

Ellos vendrán á mi. Si. Vendrán como todas las noches á clavar su mirada tranquila en mis ojos absortos, á besarme en la frente, á dejarme la sensación del hielo en los labios. Vendrán los niños á enjugarme el llanto con sus espesas y rubias guedejas, y los ancianos á dejar que apoye la cabeza en su pecho. Y luego la figura grande-entre todas, la tierna, la augusta, aquella cuyo nombre no puedo pronunciar sin irreverencia, llegará también á tenderme sus manos blancas y sonrosadas, á que lllore y gima en su tierno regazo. Vendrá con aquella sonrisa llena de lágrimas que el poeta italiano admiraba en la madre de un Dios. Ellos vendrán, como todas las tardes solitarias, como todas las noches inacabables. Y yo sentiré cómo al roce de sus vestiduras y el contacto de sus manos, no heladas, sino vivas y ardientes, y á la abrasadora caricia de sus labios entreabiertos para pronunciar palabras de esperanza, mi vida se agota y mis fuerzas se extinguen.

No; no ha habido generación más triste, más desventurada, más llena de tormento que esta que ha ahuyentado del cielo á los dioses y ha hecho transparentes las tumbas. Quiere representarse al inolvidable pedazo del alma echado y con las manos en cruz, reclinada la nuca en la almohada, reflejando en su expresión serena la esperanza de algo más venturoso y más grande, y no ve sino telarañas y polvo, entre las cuales dibuja acaso un cráneo la mueca grotesca de Yorick. Alza la vista á las constelaciones, y ya no ve en ellas ni sombras aladas, ni sonrisas, ni parpadeos, sino mundos miserables que ruedan por espacios surcados una y mil veces por el dolor universal. Se pregunta por qué mueren los seres amados y cuál es su destino, y se contesta con la enunciación de

leyes odiosas en que el dolor es irremediable y en que la esperanza no tiene asilo. Y sin embargo, es grande, más grande que cuantas en el tiempo la precedieron, porque sirve á la verdad implacable y aspira á rasgar de una vez para siempre ese velo tras el cual se oculta el por qué de las cosas y prefiere, á consolarse con fábulas, devorar toda su amargura en silencio, para ser fuerte, para ser sabia y para ser digna.

A esa generación no puede confortarle ni la visita á un cenotafio, ni el murmullo refunfuñante de un rezo, ni la hojarasca de una corona, ni el golpe isócrono de un cincel. Su dolor es muy hondo, su misión es más alta. Dejad que los muertos se acerquen á ella, y después que lllore en las sombras; ella sabrá enjugarse los ojos y mirar de cara á la luz.

*
*
*

Como el tierno poeta de las rimas, yo he soñado primero con un sepulcro labrado en piedra viva, solitario en medio del templo de rasgados y policromos ventanales, cercado de esbeltas columnas que fueran á quebrarse en las bóvedas como solemnes plegarias de piedra. Después he pedido, como el cantor ardiente de *Las noches*, un erguido sauce plantado por manos amigas á la orilla del mar, que balbucea su himno grandioso y acompañado. Por fin, he entrevisto en las rocas un hueco muy alto, muy solo, inaccesible, adonde no pudieran llegar los gusanos ni arrastrarse las víboras; desde donde se vieran jardines abandonados, estanques musgosos y secos, en que no alisaran sus plumas los cisnes, y ramajes en donde no se escuchara ni un suspiro ni un aleteo. Hoy ya no pido

nada. Espero que se cumpla el destino; ese destino que vaga en el espacio insondable y se esconde como un enigma en el cielo tachonado de estrellas.

El hecho es más fuerte que la lógica. En presencia de un hecho no cabe sino buscarle explicación. Pasó el tiempo en que cada hombre se sentía un pequeño Jehovah y pretendía hacer el mundo á su imagen y semejanza; hoy nos contentamos con buscar en los fenómenos, no el por qué son, sino el cómo se verifican.

Un apóstol en la Judea y un sabio en Verulamio coincidieron en que vivir las cosas vale más que pensarlas, y en que es preciso ver y tocar para formar de ellas exacto juicio. Dejemos, pues, á los metafísicos la demostración de sus tesis y vivamos de realidades. Una sola choza cubierta de rastrojos que humean los vahos azulados del pote, bien vale una catedral de pensamiento, y no hay por qué cambiar las hojas de un cuaderno de apuntes trazados de mano de una mujer por los infolios hegelianos.

Experimento una compasión infinita, un hondo malestar ante todas las cosas que se marchitan, ante todas las glorias que se frustran. Y una mujer que, al doblar la cumbre de la treintena, pierde las esperanzas de ser madre, es un ser digno de piedad y respeto. Sobre su alma ha ido goteando sus amarguras la gárgola del tiempo; de su frente ha ido borrándose para siempre el nim-

bo de la promesa maternal. Es algo inútil, fracasado, anormal, enojoso. Y ella lo sabe y lo llora en silencio; y aunque en público finge estar satisfecha de su destino, se siente sola en medio de la muchedumbre y abandonada allí donde todos la oprimen. Nunca sus brazos mecerán á un hijo salido de sus propias entrañas; jamás un hombre la besará en la frente con ese respeto, esa unción, esa intensidad de gratitud y cariño con que sólo se besa á las madres ó á las esposas dignificadas por la virtud y por el sacrificio.

¡Pobrecillas! Tal vez enfermarán de despecho y de pesadumbre, acaso se harán egoístas, malvadas, monstruos de rencor y venganza. Y todo hubiera podido evitarse si hubiera en el mundo un egoísta menos, y al frente de nuestras oficinas de Hacienda un estadista más.

Porque es el impuesto el que, encareciendo la vida, hace de cada vez más difícil el matrimonio y es el egoísmo de los solteros el que deja en el abandono y la soledad á muchas mujeres que hubieran podido ceñir la diadema de madres, y que ahora se ven obligadas á tolerar la injuria de los necios.

Es vieja; en su frente ha labrado el tiempo esos surcos en que no hay florecencia. Es fea, tal vez. Se lo ha dicho el alejamiento de los hombres. Ha caminado sola siempre, delante de los padres, primero vigorosos, luego caducos, más tarde decrepitos. Y ha esperado siempre. ¿Qué digo? Espera aún. Ella sería capaz de bañarse en la fuente de Juvencio; á la evocación de una voz vibrante y cariñosa, ella desplegaría secretos encantos, delicadezas inesperadas al mandato de un alma redentora. Tomarían gracia sus movimientos, fresca sus mejillas, brillo sus ojos hoy apagados. Pero

el mago, el redentor, no llega. Nadie sabe las exquisiteces, las abnegaciones de que es capaz. Todos ignoran que se embellece á la mujer, que todos tenemos en nuestras manos el cincel prodigioso de Fidias, y que sólo nos falta para hacer surgir de cualquier figura dolorida la mujer ideal, algo que no todos podemos prodigar: ternura y amor.

¿Para qué reír? No se rie ante las imágenes rotas, ni ante los capiteles caídos, ni ante las ruinas alfombradas de musgo, ni ante las solitarias arcadas, ni ante los frutos arrebatados en promesa ó los campos agostados en flor.

*
*
*

Perdonar, hora es de decirlo, no siempre es humano ni justo. A despecho de Tolstoi, el perdón no hace sino perpetuar la injusticia. El perdón, como la caridad, es la síntesis de una doctrina que desprecia al hombre como ser inferior y la tierra como morada transitoria. Se espera en el cielo la expiación de la culpa y el castigo del condenado. Perdonemos aquí para que nuestro enemigo padezca en los infiernos. El creyente no es tan humilde como nos lo pinta el breviario. Espera para su ofensor nada menos que una eternidad de dolores y un tormento sin esperanza.

Pero quién se inspira, no en el criterio de la caridad, sino en el más alto de la justicia, no perdona tan fácilmente. Sabe que su perdón daña á sus semejantes, que perpetúa el mal en la tierra, que da la victoria á los malos sobre los buenos. Y así, sin espíritu de venganza, sin deseo de devolver mal por mal, quiere que se restablezca el derecho, llevado de un espíritu de equidad, sin el

cual no valdría la pena de vivir en un mundo civilizado ni de hablar de cultura y progreso.

Como la creencia es la metafísica de los ignorantes, la caridad y el perdón son la ética de quienes no pueden elevarse á las nociones de justicia y deber.

*
*
*

Cuando todo cambia y se modifica y evoluciona, ¿por qué no ha de modificarse y evolucionar solo un nombre? El concepto de patria no puede ser el mismo que ayer, una forma del egoísmo, cuando no un aspecto de la iniquidad. En nombre de la patria, se ha querido perpetuar el absurdo, cerrando la inteligencia humana á toda libre indagación. Si ha osado afirmar un enunciado, se le ha presentado el recuerdo de la campana de aldea, que llama á la oración cuando el sol se oculta tras las montañas y hacen sonar los rebaños su esquila; de la hierba florida, bajo la cual dormitan nuestros progenitores sombríos; de la majestad de nuestros concilios, de la magnificencia de nuestras catedrales, de nuestra epopeya de siete siglos contra musulmanes, herejes y apóstatas. Si ha pretendido emanciparse, se le ha hablado, en nombre de la patria, de instituciones seculares que cobijó el pendón castellano, aragonés, catalán ó vasco; de inmarcesibles glorias jamás marchitas de Clavijo y las Navas, de los caudillos y de los Césares, de Indibil y Viriato, del Cid y Gonzalo de Córdoba. Si ha querido acabar con la explotación y la iniquidad, se ha mostrado el *in hoc signo vinces*, que predica humildad, sumisión, mansedumbre, la tradición gloriosa, los blasones y privilegios. Si ha sido prudente ante temerarias

empresas, se le ha dicho, llevando á la juventud á la muerte, como los carneros tras el morueco, que España era fuerte, invencible, heroica, protegida de Dios, como atestiguaban con sus ruinas Numancia, sus cenizas Murviedro, sus murallas Gerona. Si ha soñado con civilización y progreso, se ha invocado la sombra de Cisneros, el severo perfil del segundo Felipe, la supuesta misión dominadora que anegó en sangre nuestros campos. En nombre de la patria, el pasado, ¡siempre el pasado! Y así el canto á la patria, que en los labios de Castelar era, como en Tirteo, un himno de avance, ó como en Byron, un psalmo de alegría, se trocó en canto funerario, cuando no en triste *De profundis*.

La patria era aquello, lo que fué, lo que quedó entre el limo, inmóvil y petrificado. Su negación era el progreso, la fraternidad, la justicia. Y en nombre de la patria se consumaron las mayores iniquidades é infamias, se llevó el luto á la familia, la desolación á la aldea, la miseria á la región, la desesperación á la colonia y el oprobio á la Humanidad.

¡Una patria! Sí. Pero la patria del gran tribuno, que mire adelante, que abra los ojos al futuro, que luche por la verdad y la justicia, que acabe de una vez para siempre con todas las falsas leyendas, cuyo nombre sirva de lábaro y signo á los irredentos. Antes que patriotas debemos ser hombres; antes que españoles, ciudadanos del mundo. ¿Se quiere salir de la barbarie, de la esclavitud, del oprobio, de la miseria y la cobardía? ¡Ah, sí! Una patria. Pero una patria nueva.

* * *

Por su fe, por su rey ó por su egoísmo de raza ó territorio, han emprendido siempre los hombres todas las guerras religiosas, todas las guerras de sucesión y todas las de conquista ó de independencia. Sin esas tres palabras escritas en la bandera absolutista, es seguro que los hombres hubieran economizado cataratas sangrientas. La humanidad creyente tiene en el costado una horrible lanzada que gotea. La sangre vertida en aras de la cruz hubiera podido anegar cien mil Gólgotas. Un redentor murió por los hombres. Millones de manadas de esclavos se desangran para pagar esa enorme deuda, cuyos intereses jamás se liquidan.

* * *

La serpiente mata; el tigre devora; sólo el hombre se deleita en el ajeno sufrimiento. Para aspirar el olor de la sangre con deleite feroz, para escuchar como música deleitosa los gemidos agónicos del infeliz sometido al tormento, para reír de alegría salvaje ante la palidez cadavérica y la mirada turbia y la mueca de horrible crispadura, hay que ser más cruel que el tigre, más implacable que la hiena, más cobarde que la comadreja, más astuto que el zorro y mucho más bajo que el reptil. Es preciso ser hombre y hallarse en posesión de la fuerza. Es necesario que á lo más odioso que puede haber en la Naturaleza se una el desvarío de la razón y toda la herrumbre, toda la barbarie y toda la inhumanidad que han amontonado en el espacio y en el tiempo los siglos.

Tan grande, tan sobrenatural es la pasión que inspira el tormento, que, como el amor y como el pensamiento, es fecunda. Engendra ideas, procrea

energías, genera impulsos. En la cuna de todos los progresos vibran ayes agónicos; en la fuente de todas las revoluciones hay sangre pura. Tal vez se necesita tanta maldad, tan innoble baja, tan miserable cobardía, para que las almas viriles renueven sus arrestos y se decidan á luchar contra los verdugos por los oprimidos, como luchan en Rusia y bajo el Cáucaso.

Acaso tiene que pasar la humanidad por tanta vergüenza para romper su lecho de Procusto. No hay crisálida que se rompa sin pena ni óvulo que se rasgue sin sufrimiento. Los tormentos de las pasadas épocas fueron alumbramientos de que surgieron las sociedades redentas y libres, como los sufrimientos actuales génesis son de las auras del porvenir.

*
*
*

En la cátedra, en el Ateneo, en las Academias, en la novela, en el periodismo, una juventud enamorada de cuanto desfallece, agitada por el espasmo de lo sensual, devota de lo Extraño y de lo senescente, pregona con Nietzsche la excelencia del placer y la fuerza, y con el degenerado D'Annunzio la supremacía de la Belleza como criterio, no ya supremo, sino único, que eclipsa y hace desvanecerse los de la Justicia y de la Verdad.

Ningún cargo, increpación alguna hace conmoverse á esa juventud. Cuando se la apostrofa, se encoge de hombros; cuando se la discute, sonríe, con la sonrisa amarga de Thackeray. Tan sólo dos acusaciones la exaltan: la de su inconsecuencia y la de favorecer á la reacción religiosa. Al escuchar esto, amenaza y ruge. No obstante, ni al suponerlo se la ofende, ni se hace sino exponer lo

que es un corolario de su credo y de su programa.

El *estetismo* moderno, más cercano en su ideal al *clinamen* epicúreo que á las triadas de Proclo ó las abstracciones de Plotino, podrá ser, y desde luego es, respetable, bello, atrayente, fascinador, sublime. Lo que no puede ser es consecuente. La consecuencia es una ley de razón, y quien de ella duda, quien sólo reconoce á la Belleza como soberana, no puede ofenderse porque se dude de que existe en su doctrina una cualidad que no está en su principio mismo.

Nada tan vario, tan mudable, tan inconsecuente como la Belleza. Separada de todo otro criterio de pensamiento y vida, no es hoy lo que fué ayer, ni mañana será lo que es hoy. Y no sólo es el tiempo; es el lugar quien la modifica. Lo bello de Europa no es lo bello del Asia, ni la serenidad de la Virgen Madre es la majestad de Isis ó la impasibilidad de Visnú. Cambia además el criterio de lo bello con la edad, el temperamento y el hábito cuando no se acompaña de otro concepto; y así cree encontrarla Maeterlinck en la muerte, Lorrain en lo deforme, Poe en la locura y De Quincey en el crimen. No. No se puede ser consecuente cuando se afirma que es la Belleza criterio supremo. Porque la Belleza, lo ha dicho un maestro de pensadores, es una cosa excelente y magnífica que, en el pensamiento como en la vida, no sirve absolutamente para nada.

En cuanto á la reacción que en la vida social implica una teoría que abomina ó duda del pensamiento, y no admite guía seguro para la conducta, apenas si parece posible negarla. En nombre de la Belleza ó de la fuerza se ha esclavizado siempre á los hombres. No se asentaron las viejas

teogonías en la investigación, sino en lo maravilloso y sublime. Negando la razón á los hombres, fué como se consiguió hacerles esclavos. Siglos y siglos de explotación inicua fueron sancionados por la creencia, que condenaba á la Razón como temeraria y entraba en el corazón de los fieles, no por el camino de la verdad y la persuasión, sino por el torcido del sentimiento. La Humanidad entonces, huérfana de Justicia, pero fecunda madre de Belleza, fué para la Razón once mil veces virgen. Hizose preciso que el pensamiento se emancipara, que la inteligencia proclamara su independencia, que la Ciencia afirmara sus bases, para que el fanatismo sintiera quebrados sus cimientos, y el miserable, y el triste, y el explotado entrevieran un mundo de Paz, de Justicia y de Fraternidad universal.

Y ahora, cuando la Humanidad comienza á recoger el fruto de tantos y tan horrendos siglos de lucha; cuando parece llegado el día de someter la fantasía á la reflexión, la fuerza á la Justicia, el sensualismo á la noción generosa del deber, es cuando una juventud, llamada por la Naturaleza á completar obra tan generosa, proclama de nuevo la fuerza, enaltece la sensibilidad y abomina de la Razón. Pero ningún proceso se interrumpe ni evolución alguna se desmiente. Pese á los más escépticos, toda concepción del mundo y de la realidad es una metafísica.

Y esa metafísica que se burla de la Razón y de la Justicia en el mundo, es la de los dogmatismos viejos. Si el hombre por sí no puede conocer la verdad; si en la tierra la injusticia ha de triunfar siempre, tienen razón los místicos al asegurar que hay que renunciar á lo que el hombre jamás renuncia, ó hay que volver con las cigüeñas

de Brunetier y de Vögue á los antiguos campañeros.

No hablemos de nuestra juventud, que ni es toda esteta ni acaso concede ese valor á las afirmaciones de los extranjeros decadentes. Es demasiado varonil para caer en ese afeminamiento. Pero ellos, los que allá desde fuera nos han traído en literatura el nuevo Evangelio, esos, no lo duden sus entusiastas, podrán vivir entre hetairas, apurando copas de éter y ajenjo; podrán sonreír ante el espectáculo del fracaso de lo verdadero y lo bueno; podrán hacer alarde de rebelión ante toda regla moral y social... pero morirán con la bendición apostólica.

*
*
*

Trae el moderno socialismo á la doctrina del Derecho un concepto ético del Estado y la sociedad, olvidado desde el criticismo kantiano, que por sí solo basta á merecer no sólo el respeto de los pensadores, sino el aplauso universal. Obligado á condicionar la vida jurídica, no puede el Estado abandonar á los débiles en la lucha, ni dejar al obrero á merced de la ley de bronce. Pero hay algo que, visto por Schaeffe, ha olvidado el marxismo: que hay un Estado individual, una esfera en que necesita todo organismo la plenitud de su libre función. Invadida por el poder central, no puede sino retrotraer la sociedad al estado de despotismo. ¿Cuál es el límite que separa esa esfera del individuo de la total en que está comprendida? Le señala la misma función. No puede el Estado suplantar personalidades; cümplele sólo condicionar aquello que es libre, equilibrar fuerzas, garantizar pactos; jamás imponer arbitrarios

preceptos, que, por ser contrarios á la Naturaleza, han de perturbarla.

Rigor en las leyes, libertinaje en las costumbres; es la historia de todos los pueblos oprimidos. Apaleados en los pórticos, atormentados en la ergástula, también aullaban los esclavos su saturnal. Como los hermanos siameses, tienen la barbarie y la tiranía con dos cuerpos las mismas entrañas. Viendo el látigo levantado, han condenado siempre el claro discurso los eunucos de pensamiento y abominado los tartamudos de la elocuencia.

El odio al árbol denota afeminamiento y pequeñez. Ni el león ni el águila destruyen el bosque; quien le asuela es el minúsculo insecto, incapaz de vivir sus rumores y de recrearse en sus frondas. Goethe demanda al morir luz, y Michelet alas, porque son gigantes; es la pequeñez neroniana la que pide laureles, en gracia á los coliseos medrosos y los grandes templos sombríos.

Los amplios horizontos sólo placen á los ojos y á los espíritus abiertos. En cambio, destruir florestas, limitar espacios, amojonar praderas en que llamean las amapolas, ahuyentar bandadas de trémulos cantores y pisotear cálices perfumados de color de marfil, agrada á las pupilas vidriadas por la miopía intelectual. El hombre, como el dulce cantor de las odas, nada á sí juzga ajeno; siente la intensidad de la vida universal en la majestad de las selvas y en el mudo dolor de

las piedras rotas y cubiertas de yedra, en los tallos jugosos y en los brotes exuberantes. El egoísta, incapaz de gustar la sensación plácida de las cosas, imita á aquellos Austrias, que, convirtiendo á España en un yermo, la cubrieron de edificios austeros, de callejas tortuosas, de torres panzudas y de inmensos y fríos cenotafios, á fin de transmitir á los siglos una grandeza que, para mostrarse tal, necesitaba en derredor suyo empuñarlo y achicarlo todo.

Esta es la herencia que hemos recogido. No concebimos otra grandiosidad que la del granito; la de las viejas catedrales, la de los colosales monasterios, la de los alcázares temerosos cerrados al aire y á la luz. En el campo, talamos sin misericordia. Lo real, lo exquisito, lo delicado, nos desplace. Nos divertimos á toque de clarín, saciando la mirada en colores enteros; la gama de la Naturaleza no tiene para nosotros matices ni sonidos. Odiamos lo débil, tal vez porque lo somos. Nuestro enemigo se llama exquisitez; y así declaramos la guerra á la mujer, al niño, al pájaro, á la fuente, á la planta y al árbol.

Hace todavía muy pocos años. Un delirio guerrero, un frenesí de lucha sangrienta se apoderó de todo un pueblo. Quería á toda costa ver combatir. Pero no eran tigres ni rumiantes lo que arrojaba á la palestra; era jóvenes separados apenas de los regazos tibios maternos, todavía no endurecidos al contacto de la realidad. A mansalva, lejos de la contienda, reclinados cómodamente en sus blandos asientos, los espectadores pedían también sangre, y para azuzar á los combatientes,

agitaban trapos amarillos y rojos; amarillos, por el oro que habian costado; rojos, por la sangre que habian hecho verter. ¡Qué valientes fuimos desde el tendido! Obligados, llorosos, casi á ras-tras, llevamos á los muelles de los puertos y los ferrocarriles á toda una generaci3n pacífica y útil, aturdiéndola con músicas y aclamaciones. Luego, separados del combate á prudente distancia, azu-zamos á los soldados; necesitábamos ver las en-trañas desprendidas del tronco, las manos crispadas en seña de agonia, los ojos vueltos hacia un punto lejano, en donde humeaban los tejados hu-mildes de rastrojo, bajo los cuales la madre se cubria la cara con las manos y el labriego escribia con el badil sobre el hollin de las paredes el nom-bre de su hijo, nacido con dolores, criado con pe-nas y agotamientos, que jamás volvería á sentarse en el escaño aquel.

Y de pronto creímos ver rota la jaula y acercar-se al terrible enemigo.—¡Paz!—exclamamos todos poseídos de pánico invencible.—¡Paz!—repitieron todos los instigadores de la pelea. Y con los ojos abiertos y los semblantes desencajados y el cora-zón oprimido de congoja y de susto, nos atrope-llamos, sin ver cómo caían entre los nuestros acaso los mejores. Luego fueron volviendo las sombras, los cadáveres vivos, los espectros acusa-dores. Mas no volvieron todos. Para recibirlos en la noche sombría, con una plegaria sobre la fren-te y una bala atada á los pies estirados y yertos, el cielo encapuzó sus tormentas y el mar procelo-so abrió sus fauces.

¡Qué dolor, qué vergüenza ver á las mujeres asistiendo á esos espectáculos en que la sangre corre sin fecundar ni una verdad, ni una idea, ni un sentimiento generoso! ¡Qué repulsi3n contem-

plar á las que para madres fueron nacidas, alen-tar las patrioterías, los fanatismos, las imposicio-nes despóticas, en cuyas aras se sigue sacrificando á los hombres! La mujer siempre será esclava mientras no proteste de esas vergüenzas, en tanto que no huya de fiestas repugnantes y no deje de prestar su concurso á toda teoría, á todo princi-pio, á todo hecho que lleve aparejada la ignoran-cia, la guerra ó la servidumbre.

Si estas son declamaciones románticas, ¡ben-ditas sean! Ellas no vierten sangre, ni encanallan con la bajeza, ni embrutecen con la mentira; ellas no quitarán la vida á un solo animal útil en aras de una estética sensual y grosera; ellas no harán morir á un solo soldado, ni en nombre del cetro, ni de la bandera, ni de la cruz.

*
*

¿Es verdad que nadie se mata por nada claro? De ser ello cierto, hay que esperar en la humani-dad. Las cosas claras á los ojos de todos suelen ser las cosas vulgares y mezquinas. Pero las aspi-raciones más nobles son siempre indefinidas é indefinibles, y se envuelven en la bruma azulada del ideal. En la cumbre de todo calvario extienden las tinieblas sus alas.

*
*

A las siete de la mañana estaba en la orilla del mar. ¿Qué iba á hacer? ¿Revolverse en el le-cho pensando en los ausentes? ¿Horrorizarme le-yendo en la prensa el relato de las maldades de esos hijos que asesinan á sus padres, de esos maridos que hacen desaparecer á sus compañe-

ras enfermas? No: la soledad es grande; es augusta. Y á la orilla del mar se está frente á la cuna de todas las magnificencias. La misma púrpura sale de una concha que flota.

La niebla impedía ver el horizonte. Semejaba el panorama un inmenso fanal en que apenas se destacaba la enhiesta rigidez de las arboladuras de los navíos. A mi espalda se alzaba Montjuich como un atril inmenso, sobre el cual iba á escribir su isocronía el golpeo de las olas. Hacía frío. Ese hondo frío que todos sienten, pero que sólo pueden medir las almas solitarias y los organismos rendidos por la lucha.

Una mendiga anciana se acercó á mí, acompañada de una niña de diez abriles, contados por harapos. —*¡Senyoret, una caritat!—Deu l'ampari.—¡Monsieur, un petit sou!—¡Pas d'argent!—¡Un piccolo Vittorio, signore!—¡Lasciate di pregare!* —*¡Una limosna por amor de los suyos!*—Venid aquí y sentaos—he dicho á las mendigas.—Os daré una moneda y otra y otra; pero habéis de decirme qué pensáis de la vida y la muerte; de este mundo y del que no vemos; de la tristeza y la felicidad.

—La vida, señorito—ha dicho la vieja,—es un sueño que hay que pasar lo mejor posible, y en muriéndose todo es polvo.—Y agua—ha añadido la niña, señalando al mar.—Y luz—he dicho yo, señalando al cielo.

—Ser feliz es vivir sin trabajar y dormir todo lo que se quiera.—Pero si uno se aburre y está desvelado...—Entonces—ha dicho la vieja mostrando al reir una boca sin huesos—no hay como el aguardiente. Al principio quema; pero luego se siente dulce calor.—Y ese calor, ¿no lo siente usted al coger á su hija en los brazos?—No es hija

mía—ha contestado al punto la anciana;—ni he tenido hijos nunca.—Y tú—he preguntado á la chicuela,—¿no serías feliz teniendo una madre que te calentara en su seno?—No sé—ha contestado la niña. Y se ha puesto á coger piedras del suelo con la mayor indiferencia.—¿Y un novio?—le he preguntado con curiosidad.—Es tarde—ha contestado la vieja riendo.—Es pronto—ha respondido la niña bostezando.

Para ellas no existían las dos cosas más grandes: el amor y la maternidad.

—Bueno: y usted—me ha interrogado súbitamente la vieja pordiosera,—¿dónde encontraría la felicidad?—La pregunta me ha sorprendido. ¡La felicidad! ¡Vaya usted á saber! He mirado las rientes campiñas, de donde venía olor á heno y á flores silvestres, en donde sonaba la esquila georgica de los ganados trashumantes. He fijado la vista en la extensión salobre, más allá de la cual se alzan luminosas las ignotas regiones que, como son lo desconocido, son la promesa; he alzado la cabeza para contemplar los jirones de nubes que velaban el espacio infinito. ¿En dónde sería yo feliz? Quizá en todas partes; acaso en ninguna.

—¿Qué pediría usted ahora mismo?—ha insistido la vieja con sonrisa burlona.—No sé—he contestado.—Por de pronto, escribir una crónica muy tierna, muy sentida, que recortaran todos los seres afligidos, todas las mujeres que sufren, para guardarla en aquel escondrijo donde se guardan las flores secas y los objetos que hablan al corazón; para que cuando sus ojos se empañaran en lágrimas, la buscaran y leyeran en ella:—«No llores más, alma generosa. Yo secaré tus párpados y depositaré en tu frente un beso inmaterial y desinteresado. No llores. Eres grande; te has su-

blimado con el dolor. Y ese dolor es el de muchas almas que sufren como tú el abandono, la miseria, la esclavitud, la injusticia. ¡Aquí estoy yo contigo, y te traigo el latido de todos los corazones gemelos fundidos en la comunión del martirio y en el ansia de lo absoluto!»

La niña ha arrojado del delantal las piedras. Se ha acercado á mi, me ha mirado á los ojos y me ha dicho con acento de convicción sincera:

—Señorito: está usted *chiflado*.

La niebla se iba rasgando en jirones y el mar iba apareciendo más grande, más azul, más centelleante á los rayos del sol en su abullonado deslumbrador y vivido. Una gaviota pasó con sus alas tendidas, y se alejó rozando con su blancura inmaculada la cresta de las olas. Me puse en pie y entregué una moneda de plata á la niña.

—¿Es falsa?—preguntó con acento de incredulidad.

—¿Desconfías? Ya eres mujer—he dicho parodiando al príncipe loco de Dinamarca.

Luego he puesto otro disco igual en las rugosas manos de la vieja.

—Nos ha prometido usted tres monedas—ha gruñido con voz de harpía.

—Toma otra. ¿Qué vas á hacer con ella?

—¿Quiere usted que le diga la verdad?

—Por supuesto.

—Alquilar dos niños enfermos. Ya sabe usted que eso ablanda á los señorones y se gana mejor jornal.

—¡Infeliz!—he articulado, no sé si pensando en la vieja mendiga ó en la madre que alquilaba los pedazos de sus entrañas.

La chicuela estaba ya lejos. Corría con la moneda apretada en el puño. La vieja la siguió ren-

queando. El sol rompió entre las nubes fulgentes. La sirena de un barco anclado en el puerto lanzó su ronco grito.

—¡Desgraciadas!—he prorrumpido viendo alejarse á las dos mujeres.—No saben lo que es la maternidad ni el amor; desconocen la juventud y el sentimiento del deber. Verdaderamente, la felicidad es para ellas palabra vana.

*
*
*

Al hablar de Fausto, viene á la memoria la figura extraña y bizarra de su perpetuo acompañante: Mefisto. Parece que los intérpretes de este personaje no perderían con leer y estudiar entre líneas la tragedia inmortal de Goethe. Mefistófeles no es el diablo de la teología cristiana, el monstruo rabudo y cornicorto, *ingens, horrens...* Es el diablo moderno, el escepticismo. Si su presencia causa frío, no es por su repulsivo arqueo de cejas ni su tosca pezuña; es por su fría sonrisa volteriana. Wagner, Marta, la misma Gretchen, le llaman caballero. Es fino, mordaz, sardónico, y *no del todo desagradable*. Es, después de todo, la ciencia negativa que, al salir de la audiencia del Creador, dice en el prólogo:—«¡Es curioso que este simpático y venerable viejo eche de cuando en cuando su parrafada con el diablo!»

La cultura moderna huye de lo violento y brutal. No concibe al mismo demonio sino con su correcta y elegante vestidura de grana. No lo olviden los disculidores impulsivos. Se puede ser el mismo diablo. Pero no conviene enseñar la pezuña.

*
*
*

Cuando *nada ocurre*, cuando no es perturbado el ritmo de la vida, cuando todo sigue la severa y noble cadencia, á cuyo compás el sol besa á la tierra impregnada de savias y se mueven en la noche serena los mundos, es cuando el espíritu parece recoger todas las vibraciones, los ruidos más lejanos, las palpitaciones más hondas de ese universo que, cambiándose sin cesar, siempre es el mismo, y en todas cuyas sombras hay un fulgor secreto y escondido, como en todas sus rocas hay una Venus de mármol caliente, dispuesta á alzarse con soberana excelsitud al llamamiento poderoso del genio.

La observación vulgar, la sensibilidad poco exquisita, necesita que el mundo detenga su marcha y que pase algo ruidoso y llamativo para prorrumpir en lamentos é hiperboles, ó encontrar en el arpa empolvada la nota del psalmo. Necesita que se hundan las naves de Antonio para admirar el poder latino, y que suenen los escudos germanos en el Capitolio para predecir su derrumbamiento. Las almas escogidas predicen, adivinan, saben en qué escondido surco estallan los gérmenes de las selvas futuras, y en qué oculto filón cristaliza el hierro con que habrá de forjarse la espada dominadora de los nuevos héroes. Escuchan los rumores que llegan y los ecos que pasan, y, en la aparente inmovilidad de las cosas, describen la evolución eterna que nunca se detiene, y en el supremo silencio de los seres escuchan sus sollozos, sus jadeantes inspiraciones de lucha y sus gritos de triunfo.

Nada ocurre. Y sin embargo, la tierra contrae sus entrañas para alzar en medio de los mares poco á poco las nuevas cordilleras, para cubrir de bruscos oleajes los viejos desiertos y coronar de

frescas y verdes praderas las humilladas cumbres del Jungfrau. No pasa nada, y bajo los limpios arroyuelos, escondida en las briznas de césped, diluida en el glóbulo cerebral, la lucha prosigue y la selección se realiza y el ideal se acerca. Y en la transformación incesante de plantas y mundos, continentes y mares, seres y plantas, sobre todo lo vivo y lo inerte pasa como ráfaga vivificadora, como aliento fecundador y potente, el soplo de Dios.

*
*

No esperemos para escribir á que un hombre muera. Su muerte sólo puede ser memorable cuando los ideales mueren con él. No aguardemos el choque de los pueblos, que es siempre preparado por siglos de oposición y ha de resolverse en un solo momento de justicia. Porque hay siempre una lucha entablada entre el siervo y el opresor, entre la civilización y la barbarie, entre los débiles y los explotadores, y esa lucha es de todos los días, de todos los instantes, y ella pide siempre cerebros despiertos y corazones varoniles que le consagren una vida sin tacha y una energía sin desfallecimiento.

La normalidad es la vida, el progreso, el avance. Lo anormal es el retroceso, la decepción, la muerte. La humanidad, más sabia, más humana, más justa cada vez, va desterrando lo maravilloso, lo excepcional, lo del otro jueves. Ella busca en la ciencia, no la revelación nigromántica, sino las leyes constantes, universales y comprobadas por la razón; ella ha desterrado en el Arte los romanticismos declamadores y huecos, para elevar la contemplación de la Naturaleza y la vida á fuente

la más pura de la emoción estética; ella sustituye á los caudillos los pueblos, haciéndoles fuertes y soberanos, y en las costumbres, proscribiendo las fiestas ruidosas, los colores enteros, los gritos salvajes, las sacudidas inconscientes, los reemplaza por los gustos, las fiestas, los goces del espíritu, que, como ha dicho el sabio entre los sabios, Giner, *no tienen lunes*.

Lo de todos los días, lo de todas las horas, *lo de siempre*. Eso es lo que demanda la atención de los pensadores, la actividad constante de los buenos. Es la verdad que hace su camino, el progreso que impone sus leyes, la redención de los humildes que se abre paso. Es el combate incesante contra el error y contra la rutina, la labor generosa que educa y ennoblece las almas. En esa majestad suprema de las cosas, en esa serenidad augusta de las ideas, encontraremos siempre, vencedores, la piedad magnánima de Tito, y vencidos, las fuerzas de Anteo. Seamos cronistas, poetas, pensadores, artistas, guerreros. Pero antes hemos de llenar una condición que de tal y tan noble función nos haga dignos: la de ser hombres.

* *

No á todos los hombres es dado imponer el propio criterio á sus contemporáneos. A muchos menos cumple apelar al juicio de la posteridad. Pudo abdicar Bonaparte después de Austerlitz, nunca después de Waterlloo, sin merecer la sonrisa compasiva de los pueblos y de los reyes. Pero siquiera Waterlloo representaba la caída del genio, y para caer es preciso elevarse. Caer en el nivel del suelo no es precipitarse, es resbalar. Para darse aires de gran asceta es preciso que

exista un sacrificio. No cabe sacrificio voluntario en dejar lo que no se tiene.

* *

Es cómodo, al encontrar en la calle á una infeliz ramera, colmarla de insultos, augurarle el infierno y creernos superiores á ella. Lo difícil es hacernos merecedores de otras mujeres y de otras hijas; lo imposible para el hombre sin dignidad es estar á la altura de aquellas infelices, que serían buenas y santas si no se les obligara á buscar en la mancebía un refugio contra la *barbarie del hogar*.

Así lo que me inspira compasión en las calles no son las ramera. Son los hombres que van buscando el amor de un duro, porque no saben merecer el que no se paga con dinero.

* *

Comenzaba ya á declinar en el mundo culto aquella candorosa y no superada síntesis á que dió forma el gran Carlos Cristián Federico, y todavía mostraba en España la grandeza que supo imprimirle Sanz del Río, y conservaron los discípulos eminentes de Fernando de Castro. Por primera vez, desde la Reforma, se aspiraba á encontrar el consorcio de la idealidad y de la razón, del pensamiento y la vida. Un *panenteísmo* racional hallaba solución á la irreductible enemiga entre lo trascendente y lo inmanente, el panteísmo y la negación absoluta de la Divinidad, entre el dogmatismo y el análisis demoleador de la ciencia experimental. En lo social y en lo jurídico se creaba también una síntesis superior. Era el Dere-

cho, el orden de la conducta humana, en relación á fines providenciales. A cada personalidad correspondía una esfera autónoma. Y como la inteligencia humana jamás podía caer en puro error, todo era aprovechado en la historia del pensamiento: porque de las oposiciones de los sistemas surgía siempre una comprensión más total que se reflejaba en el orden práctico en una austeridad sin ejemplo y un amor á todo lo humano sin precedente.

Todo aquello vino por tierra bajo el escarpelo de Spencer. Lo absoluto era incognoscible y quedaba reservado al sacerdote y al poeta, esos dos soñadores de todos los tiempos. Las abstracciones debían desaparecer, sin exceptuar el culto de la Humanidad del propio Comte y aun su ley de los tres estados. El hombre sólo podía conocer hechos. En cuanto al Derecho, sólo tenía por fundamento el asentimiento de los ciudadanos. El Estado era sencillamente un mal. Se volvía al individualismo de Kant, pero la doctrina del viejo crítico aparecía modificada por la ley de la evolución.

Mostrábase ésta por una integración de materia acompañada de una disipación de movimiento, mediante la cual la materia pasaba de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una heterogeneidad definida, coherente, sufriendo el movimiento una transformación análoga. Toda la juventud desertó de las filas de las viejas escuelas para seguir al gigante del raciocinio, que rompía de una vez para siempre con las afirmaciones *a priori*, los dogmatismos y las síntesis prematuras.

A cada nuevo libro, las filas de los racionalistas se aclaraban. Y los que aun esperaban una reconstrucción ideal, quedaban desencantados y

tristes, presintiendo que, una vez comenzada la protesta, no se acabaría hasta negar toda ley absoluta, incluso el *devenir* y que, combatido el Estado como un mal, no habría de detenerse la rebeldía sino en el anarquismo sin freno. A Herberto Spencer debían suceder Nietzsche y Reclus. Al demoleedor de *El individuo contra el Estado*, el autor frío é irreductible de *La conquista del pan*.

No se cuidan ya los naturalistas y los fisiólogos de negar teodiceas sepultadas ni derrotar altares polvorientos. Con los muertos no se discute. Los hechos, esos hechos, único objeto de su estudio, tienden ya á desmentir esa ley de la evolución y el progreso que implica. Es del Instituto Pasteur y de las Universidades alemanas de donde ha partido la primera protesta. La Naturaleza está muy lejos de ser consciente y sabia. En ella se ve la regresión y la involución. Después del hombre, y pese á Darwin, han aparecido los microbios de la sífilis, del cáncer y la tuberculosis, se han desarrollado órganos innecesarios, se ha hecho más inexplicable la labor de los fagocitos. La integración de la materia, pasando de la homogeneidad á la heterogeneidad, es un ensueño, y á la lucha no acompaña la selección.

Pero la negación subsiste y se acentúa. Los hechos mismos nos son conocidos á medias. Vencen siempre los más adaptados, pero éstos no son los mejores. Las afirmaciones spencerianas van pareciendo tan apriorísticas como los teoremas de Krause y los postulados del viejo Tiberghien. La única ley es la de la fuerza. En cuanto á la moral, el mismo Guyau, acaso el más clarividente de los sabios de fines de siglo, fracasó al pretender buscarle un fundamento y al obstinarse en estatuir *la sin obligación ni sanción*; como no consiguió

sino hacer metafísica Spencer, el Aristóteles moderno, al sentar las bases de la Ética animal en su prodigioso libro *La justicia*.

Antes de morir hubo de protestar el coloso inglés de la afirmación de los anarquistas rusos, que se llamaban sus discípulos. Empeño inútil. Si no en las obras, lo eran en los principios. Interpretaban con dinamita la *Critica de la razón práctica*. Eran como él kantianos, como lo fué Proudhon y cual lo es Bakounine. Dejaban como Spencer para el poeta la pregunta de por qué hemos nacido, qué será de nosotros después de la muerte y qué motivos tenemos para obrar con desinterés, amar á nuestros semejantes y buscar la verdad por sí misma.

*
*
*

—Lo que haces—he dicho con verdadera indignación á mi amigo—no tiene disculpa. Durante muchos años has vivido consagrado por completo al estudio. No se te ha visto sino en las aulas. Desde allí corrías á encerrarte con tus libros sin conceder un solo minuto á las alegrías de la juventud, á los goces legítimos que la fortuna te procuraba. Para ti no había familia ni amistad, ni otra compañía que la de los libros. Robinson voluntario de una isla ideal, jamás te permitiste hacer alrededor de tu cuarto la excursión de Maistre. Acabaste tu brillante carrera, y cuando todos creíamos verte deslumbrar á las gentes con el fruto de tanto sacrificio, he aquí que te encierras de nuevo y pasan los meses y los años, sin que tu delirio de indagación alcance tregua y sin que nadie, ni tus padres, ni tus amigos, podamos contemplar siquiera un destello de esa pro-

digiosa esmeralda sintética que con tanto afán y tan incansable tenacidad vienes toda una vida labrando.

Gabriel me ha mirado sorprendido, con sus ojos hinchados por la vigilia. En su cara había algo de atontamiento, de ese estupor del *surmenaje*, que no es sino una forma de la protesta de la personalidad cerebral contra las imposiciones del medio.

—¿Qué mal hay en todo ello?—ha articulado con lentitud.

—No sólo hay mal, sino odiosidad—he insistido.—Vanidad estéril, egoísmo malsano. Pensar es algo y vivir lo es todo. Conocer sólo sirve para transformar lo que nos rodea. Una ciencia sin voluntad es algo tan estéril como una semilla que nunca se siembra, una moneda que nunca se cambia, un sillar sobre el cual jamás se edifica. Es saber lo que todos han dicho sin acertar á pronunciar cosa alguna por cuenta propia. Es robar á la sociedad energías de que está harto necesitada y caer en una egolatría funesta, en una solitaria adoración de una personalidad que nunca se muestra y un saber que jamás trasciende.

—¿Pero es que tú crees—me ha interrumpido Gabriel frenético—que es justo hablar de lo que no se entiende, discutir lo que no se sabe, discutir á ciegas, sin enterarse, á la buena de Dios? Esa podrá ser la costumbre de vuestros escritores, insulsos ó efectivos; jamás puede ser la conducta de los escritores de bien. Pero enterarse antes de escribir! ¡Apoderarse de los datos precisos para no imitar á Campazas! ¿Tú sabes lo difícil que es eso? ¿Ignoras que es tanto ya lo que se produce, lo que se escribe, lo que se publica, que es imposible otra labor que la de los especia-

listas, que el conjunto total de la realidad, y la vida escapa á la mayor perspicacia y que pronto llegará un día en que será imposible darse cuenta del estado actual del menor problema, porque faltará tiempo material para estudiar y conocer sus datos?

El sorprendido he sido esta vez yo.

—Si es que quieres hablar de todo—he dicho á mi amigo—comprendo tu embarazo. Pero puedes escoger un asunto y acerca de él hablas con el público, seguir ese asunto en su evolución mental, en su desarrollo, en sus fases...

—Ignoras—me ha dicho Gabriel—que el escritor moderno no puede especializarse. Se le exige que hable de todo, que sepa de todo, que en todo nos ilustre y distraiga. Pero suponiendo que hable de una sola materia, ¿puede dejar de leer media docena de periódicos de su país y siquiera dos ó tres extranjeros? Esto supone cincuenta enormes páginas de lectura diaria. Sea cualquiera la materia que escoja, muy raro será el día en que no se escriba acerca de ella un grueso volumen. El movimiento de librería es colosal, y una quincena de abstención y de holganza supone un tremendo atraso. Hay además que conocer la labor anterior, que es inagotable, tanto más cuanto de cada vez se borran más los límites de las ciencias. No hay tiempo siquiera para registrar enciclopedias. Hoy ya se leen índices y, como ha dicho muy bien Unamuno, muy pronto no habrá tiempo de leer siquiera catálogos. Es una fiebre que nos agobia, que nos mata, que no tiene ni ha podido tener precedentes. Quien pretenda estar al corriente de lo que se piensa y escribe sobre un punto concreto, no tiene tiempo, ni fuerzas, ni ánimos siquiera para escribir.

—Entonces—he dicho,—¿no hay otro remedio que enterarse á medias?

—Ni aun eso—ha contestado Gabriel con una expresión desconsolada, en que se adivinaba un principio de insania.—Ni aun eso. Porque cuanto se escribe es contradictorio, y hay que comprobar, analizar y experimentar. Porque nos queda el laboratorio, sin el cual toda ciencia es baldía. Y hay que sentirlo y vivirlo todo para poder contrastarlo con el troquel de la verdad. Y así, esta sociedad satánica, ambiciosa, que atruena los espacios con el tableteo feroz de sus diez millones de máquinas de imprimir, que cubre de palabras diariamente una faja de papel que puede dar tres veces la vuelta al planeta; esta generación que se agota en la labor imposible de leerlo todo y de descifrar el misterio de todas las cosas; que pretende llevar en su frente una antorcha y en sus manos un gladio, lo ignora todo, lo desconoce todo, camina á tientas, rodeada de sombras, tropezando con sus propios errores y aniquilada por su impotente esfuerzo, como el ciclope cegado por Ulises, que, con la astilla clavada en la frente, se tambalea.

—¿Que hoy lo ignoramos todo?—he gritado con indignación.—Pues ¿y el telégrafo? ¿Y el ferrocarril? ¿Y el automóvil? ¿Y la luz eléctrica?

—Juguetes y nada más que juguetes—ha seguido Gabriel en un acceso de desvario inenarrable.—Pues lee á Emilio Gautier. No sabemos andar, no sabemos dormir, no sabemos comer. Todo lo más elemental está en discusión. Ignoramos en qué posición el sueño es más benéfico, de qué modo podemos trasladarnos de un lugar á otro con el menor cansancio, qué substancias habremos de ingerir que nos sean aprovechables. Discutimos aún las horas de sueño, si es bueno ó

perjudicial el alcohol, no sabemos si hemos de nutrirnos con animales ó con plantas. Para remediar la miseria no se nos ocurre el menor expediente, y la miseria es mayor que nunca. No sabemos abaratar la vida y los alimentos más preciosos, los vestidos más necesarios, son más difíciles de adquirir que en los tiempos de los reyes pastores. En tanto que los sabios discurren, las enfermedades aumentan, la mortalidad es mayor y cada día mueren de verdadera carencia de lo más indispensable cientos de millares de hombres, para los cuales ni la ciencia ha tenido una sola verdad ni la caridad un solo consuelo.

—Podrá eso ser cierto—he dicho algo turbado, —pero se conoce cada vez más lo que las cosas son y lo que deben ser.

—Lo que las cosas son!—me ha interrumpido el pesimista con una carejada tan brutal como amarga.—Todavía se discute cómo funciona el organismo y si la enfermedad se llama humor, desequilibrio, bacilo ó ptomaina. Ignoramos cómo ha de ser la educación del niño. No estamos conformes acerca de la función de la mujer. Se discute ya la familia, como se ha discutido el Estado. Está en tela de juicio la propiedad, el trabajo, todo el Derecho y la Moral misma. En Arte cada cual tiene un credo distinto, y en esta ruina de sistemas, de teorías, afirmaciones y dogmas, lo que es objeto de polémica no es ya la autoridad terrestre, injustificada y derrocada doquiera; no es el más allá de vida, declarado incognoscible, cuando no absurdo; no es el cielo vacío de dioses ni el espíritu desnudo de afectos, sino que es, piénsalo bien, la razón misma.

Había apoyado Gabriel la frente en las manos y parecía presa de un profundo dolor, de un aba-

timiento irremediable, de un desconsuelo abrumador é infinito.

—Volvamos, pues, á lo pasado—he dicho.—Regresemos á las tinieblas. Registremos los empolvados campanarios para buscar un postrer refugio á todas estas aves dolientes que al volar han roto sus alas.

—¡Imposible!—ha saltado Gabriel, separando las manos de sus ojos enrojados por el estudio y por el llanto, esos dos gemelos.—¡Imposible! Hemos sido impulsados y no podemos volver atrás, como no puede subir otra vez á la cumbre la peña. Iremos adelante y acaso en el mismo mal se encuentre el remedio. Caeremos á millares los vencidos; pero—y al decirlo púsose en pie y oprimió fuertemente mi mano—un día arrancará la humanidad su imagen al bloque, su secreto á la esfinge, su fuerza á los mundos, y entonces, más fuerte que Anteo, más sabio que Sócrates, más sano de corazón que Crisipo, sabrá invertir la fábula hebrea, y después de hacer su mundo á su imagen y semejanza, sabrá formar con el polvo de la tierra, para colocarle en su paraíso, á un Dios.

* * *

Quando nos abandona para siempre aquella que en su mano nos cobijó y nos arrulló con las melodías monótonas y plácidas que no podemos recordar sin que se paralice nuestra sangre en las venas, la buscamos en vano por las habitaciones medrosas, escuchando sobresaltados el ruido de nuestros pasos indecisos. Pero allá, pendientes del sustentáculo, están las ropas, á cuyos desmayados pliegues podemos acercarnos para depositar sobre ellos un beso. Más allá está el mue-

ble henchido de chuchertas, que jamás abriremos para no profanarle, pero que nos recuerda tantas exquisitas ternuras. En la soledad tenebrosa algo nos acompaña, y la figura austera del padre, sorprendiéndonos al enjugar en los ojos el llanto y al acariciar con temblorosa mano nuestra cabeza, nos recuerda que debemos hacer del hogar un santuario y del deber un culto.

¡Ay de aquel que ha visto hincharse de nuevo las ropas plegadas, abrirse con estrépito las apolladas cajoneras y resonar la risa en las estancias transformadas por el amor senil! Es un acierto de Crehuet al presentarnos al hijo idiota. El dolor del huérfano insulta. Parece que recibe en el rostro toda la tierra que cubre un sepulcro, y que una voz le grita: «Sólo te quedaba un recuerdo; pero ese no le tendrás ya puro é intacto. ¡No, no le tendrás...»

¡Cuánto no se ha dicho en contra de la horrible pena de muerte! ¡Qué de razones no se han aducido contra su eficacia! Toda una escuela científica penal ha sostenido que sólo hay derecho á corregir; pero que la palabra castigo tan sólo es propia de los pueblos bárbaros. Nada menos que una moderna ciencia, la Antropología, sostiene que no es el delincuente responsable, que todos sus actos son fatales y que, así, sólo es justo evitar que produzca mal y buscar el remedio en evitación de los hechos de otros criminales posibles. El hombre no realiza conscientemente el mal. Es hijo, las más veces, de la herencia, de la constitución orgánica, del medio, de la educación, de lo que los antiguos higienistas llamaban *ingesta* y *circunfusa*. No pudiendo comprender la antigua

Teogonía que la mujer libremente pecase, fingió la serpiente. No comprendiendo que el error fuera eterno é irremediable, soñó la contrición. Y ¿quién puede, realizando la ambición del filósofo, *cognoscere causas*? ¿Quién desdoblar esa substancia gris en que las tempestades toman como en las nubes forma de serpentinas?

¡Matar! Pero matar nada resuelve. No es más que la estéril venganza ó la reprensión que, en Esopo, al infeliz escolar ahogado dirige el pedagogo pedante. Matar porque se mató es tropezar porque otro tropieza, renegar de la inteligencia porque otro no ha sabido pensar. Pero desatinar, tropezar y cometer el yerro en nombre de la ley. Como si la ley de los hombres pudiera llegar á la ley de las cosas, y fuera licito cuando la Naturaleza, concediendo vigor, juventud, brillo á los ojos y colores á las mejillas, dice á una mujer: ¡Vível renegando de nuestra misión en la tierra y de nuestro papel de intérpretes de cánones augustos, exclamar iracundos: ¡Muere!

Presupone la falsificación algo que se imita; pero ¿en dónde están los modelos? No hay Filipos en Macedonia; no hay en esta Acrópolis Fidias. Falsificar... ¿qué y cómo? ¿La austeridad de los gobernantes? ¿La cultura de los gobernados? ¿La fecundidad de las tierras? ¿La pureza de los productos? Sólo es posible sofisticar idealidades, y esas, ¡ay! están todas sofisticadas...

Falsos amores... Pero ¿en dónde están los sinceros? Amistades falsas... Mostradme una auténtica, como un grano de mijo. Falsas idealidades. Venga una clara, limpia, oxigenada, virgen,

en que el espíritu pueda sumergirse y perderse, como el rayo de luz selenita en el cielo estrellado.

Ciertamente, esta generación, colocada entre dos crepúsculos, pide algo verdadero y de buena ley. Algo duro y brillante como el exergo de las doblas, algo resplandeciente como los viejos y untuosos centenes. Y no lo encuentra, ni en las ideas ni en las cosas. La codicia y la pequeñez han hecho un mundo de similar. Los comerciantes al por menor no hacen sino transmitir esa antorcha humeante que encendió al universo la llama primera de la primer falsía.

* * *

La alondra.—¡Qué frío! Mi plumón se cubre de escarcha y siento que traspasa mis huesos el hielo de la niebla. ¿Cuándo amanecerá?

El ánade.—Ya llegó el alba. Mira cómo blanquea el horizonte; pronto se ungirá de amaranto esa nubecilla que flota sobre el lago. Pero no podré saludar el día desde las aguas, cubiertas de témpanos. ¡Si hoy pudiera quebrantarlas el sol!

El gusano.—¿Quién se queja? ¿Quién salmodia melancolias? Haceos en el limo un alcázar, garfead en las ciénagas, ahondad en el fango, como los hierros del gánguil. Allí está el calor y la sensación voluptuosa. ¿Queréis volar muy alto, haceros un nimbo con rayos de luna, escrutar las constelaciones que parpadean, mirar al sol de frente? Aletead á vuestro donaire. Pero, sabedlo: la idealidad es fría.

El ánade.—No: es tibia, es dorada, es consoladora.

La alondra.—Allá abajo, sobre la escarcha, ¿no veis? hay un bulto rígido.

El gusano.—¿Rastrea?

El ánade.—No.

El gusano.—Entonces no vive. Corre y dime si es algo infecto. Iré allí con mi compañera á mejorar la especie.

La alondra.—Es una mujer muerta. Tiene alzados los párpados sobre el esmeril de los ojos sin luz. Los dedos muestran su crispatura como encarrujamiento de agonía.

El ánade.—Muerta en la primavera, hubiera vertido sobre ella el granado randas de pétalos y el almendro haldadas de flores.

El gusano.—Dejadla; es mía.

La alondra.—¿Por qué?

El gusano.—¿Queréis saber su historia? Esa mujer era linda y feliz. Una vez pasó cerca de mi escondijo. Yo mismo vi como su pie menudo aplastaba á mis crías. Iba á su lado un mocetón apuesto, insinuante, de ojos grandes como flores de endrino y brillantes como luciérnagas. Detrás de los amantes renqueaban dos viejos, embelesados en sus juegos. Andaba el galán firme y seguro; su paso mostraba su reciedumbre. La enamorada hollaba el suelo apenas; no se sabía si el eco de sus pasos era rumor de plantas de mujer ó de crías de duende. La marcha desigual de los padres recordaba la isocronía del viejo péndulo en desnivel.

La alondra.—Es verdad. Yo también les he visto tejer arras de espigas y anillos nupciales de juncos. Por eso preludiaba mi epitalamio.

El gusano.—Por eso serán míos. Cuando se ama, se muere.

El ánade.—Luego, un día vinieron solos. Se acercaron al lago, y ella me arrojaba semillas y cerezas. Después lloró, y él, sujetándola por la

nuca, le dió un beso en la boca, largo, muy largo. Tuve tiempo de alisar al sol mi plumaje.

La alondra.—¿Y qué más?

El gusano.—Nadie lo sabe. Pero yo os lo diré, porque he registrado muchas fosas y soy adivino. Los viejos murieron de pena, y él la abandonó. Al canto de Tibulo sucedió la ironía de Nason. Se vió perdida y se arrojó al torrente del vicio. De allí salió con el alma maculada y el cuerpo marchito. Al fin, ya lo veis, ha venido á morir al teatro de su efímero triunfo. La noche la ha sorprendido hambrienta y fatigada y se ha desplomado en ese fango que antes aplastaba orgullosa.

La alondra.—No, no es esa su historia. Yo he escudriñado muchos nidos y sé mejor que tú adivinar lo imperscrutable.

El gusano.—Cuenta.

La alondra.—Cuando ella se vió abandonada lloró; lloró tanto como esas gárgolas que, en las iglesias derrumbadas, parecen destilar en las noches de niebla el llanto pausado de la perdida fe. Después, resignóse y fué buena. Trabajando con ansia y fervor noche y día, sólo tuvo un propósito: redimirse. Quería allegar un pequeño tesoro para buscar el sitio en que sus ofendidos viejos reposaban su sueño místico y adornar aquella sepultura recubierta de musgo y orlada por jirones de niebla trémulos. Quería arrodillarse allí, para depositar temblorosa el premio de todas sus ansias, el fruto de todos sus desvelos, para morir al fin con las manos cruzadas cerca, muy cerca de sus viejecitos.

El gusano.—¿Romántica? ¡tanto peor!

El ánade.—Calla; tú hablas como gusano y ella como alondra.

La alondra.—Pero un día supo que, muy

cerca de allí, su seductor desfallecía de desesperación y de angustia. Había dispuesto de una suma que no era suya, tenía que devolverla antes de salir el sol, y si no acertaba á cumplir tal propósito, su crimen sería descubierto y él deshonorado para siempre. Entonces todas las memorias de la triste reverdecieron; todas sus glorias de adolescente fueron evocadas. Sintió sobre su corazón la opresión tierna del pecho del infame, y en sus labios el ascua de aquel beso tan largo, tan largo, que el ánade pudo, mientras duraba, alisar sus plumas. Quiso devolverle honor por infamia y amor por olvido. Abrió su cajita de sándalo, sacó de ella las pequeñas monedas y le pareció hallar sonrisas en sus exergos; recogió los papelitos policromos que representaban tanta labor y creyó hallar ósculos en sus cuidadosos dobleces. Había que partir, llegar con el alba; lo exigía la salvación de su propio verdugo. Y emprendió la jornada por el mismo camino en donde tantas veces, escuchando mi melopea, aplastó á un tiempo mismo gusanos y clemátidas con sus pies menuditos como crías de duende.

El gusano.—¡Oh, imaginación; por ti somos ciegos!

El ánade.—¡Oh, bondad; por ti somos salvos!

La alondra.—La noche era oscura y el cierzo frío. Caminó durante mucho tiempo guiándose en la sombra por adivinación, por instinto, y perdió la senda finalmente. Después de tres horas de marcha, sintió el invencible deseo de arrojarse sobre el ribazo, en donde bordoneabais un casi imperceptible rumor tú y los tuyos. Mas la noche daba en la cúpula estrellada su vuelta solemne, y un gallo modulaba muy lejos su marcial égloga. Había que llegar, llegar antes del alba. Y un frío

mortal, un desfallecimiento supremo, apoderóse de la infeliz en el total silencio de la noche augusta.

El ánade.—¿Y no llegó por fin?

La alondra.—No llegó; ya lo ves. Allí yace tendida como una Mireya del frío. Para ella la muerte; para el miserable, la infamia. ¿Y qué menos?

El gusano.—¡Pscht! No está mal. Tienes portentosa facundia. No has abusado del adjetivo. Hay ambiente; hay algo...

Voces lejanas.—¡El sol! Mirad cómo se eleva y derrama en haces de luz. ¡El valle, la montaña, el lago, todo se funde en oro! El disco del astro se eleva. ¡Es la consagración del día!

El ánade.—La Naturaleza siente en su frente el espasmo de un beso. Voy á alisar mis alas.

El gusano.—Yo me retiro al fango, adentro, muy adentro, á lo más hondo, adonde toman las raíces su savia. Voy á la tierra madre.

La alondra.—Yo, á la luz. ¡Arriba, muy arriba!

* * *

Yo sueño con que me quieran los ciegos, porque hay en mi corazón muchas negruras y en mi memoria muchas luciérnagas apagadas. Fatigado de mirar sin ver cosa alguna en un trozo minúsculo de un pequeño planeta, recuerdo que aquí todo es ceguera como en la maravillosa enseñanza del sueño de Escipión. ¿Qué importa ver las pieles humanas si no podemos fijar nuestras pupilas en el corazón de los hombres? ¿Qué representa mirar las cosas si no nos es dado averiguar su destino? Ciegos somos del alma las más veces; y ¿quién al detenerse delante de un cuarteto

de ciegos podrá asegurar que ha visto más en la realidad y acaso en sí mismo que aquellos hombres rígidos, aparentemente impasibles, que arrancan de la caja de un viejo y empolvado instrumento lo que en nosotros queda de idealidad?

¿Sabemos siquiera lo que supone la resignación ante el aislamiento, la paciencia ante la ajena barbarie, la dignidad en el infortunio? Yo quisiera que mi voz pudiera llegar á todos los ciegos, á todos los que quieren en vano dirigir su mirada á los hombres para expresarles su cariño ó su admiración, su dolor ó su queja. Y quisiera que todos me oyeran para decirles: ¿Por qué habéis de estar tristes? Vuestros sentidos están despiertos y suplen con exceso la falta de uno. Veis más que el loco, que el idiota, que el degenerado, que el que se rinde al vicio ó al mal. Veis más que el ofuscado por la pasión, que quien no analiza y compara, que quien no sabe encerrarse en sí mismo para examinar su propia obra y la ajena. Veis mucho más que el cegado por la avaricia, por el dolor y por el odio. Veis, en resumen, mucho más que todos los hombres.

Y pudiendo aislaros, cuando á bien lo tenéis, del mundo; pudiendo imaginar con Homero la Tierra y con Milton el Paraiso, le veis mucho más bello, más noble, más grandioso de lo que en la torpe realidad se muestra. Y de esa manera sois más dulces, más inspirados, más felices. Y llevando en vosotros la visión de una grandeza que nos es negada, podéis hacer brotar en las sombras la luz eterna de lo inefable.

* * *

Escenario: un centro de plata repujada. Personajes: LAS FLORES, apretadas en un tulipán de cristal bohemio; LAS FRUTAS, esparcidas sobre los labrados soportes. Todo el salón á media luz, proyectada por dos globos azulados y opacos en la mesa recubierta de inmaculado lienzo.

LAS FRESAS.—Somos las últimas del plantío; pero tenemos la sazón de la madurez y la dulcedumbre exquisita de la plenitud de las cosas. Nuestra dueña se acerca; veréis cómo ella nos escoge. Pronto, cubiertas de polvo azucarado, nos perfumaremos entre sus labios, recibiendo en ellos la mejor de las muertes.

LAS CEREZAS.—Os equivocáis: la juventud ama siempre los frutos tempranos y abomina de las cosas tardías. Estamos henchidas de savia nueva; somos turgentes y jugosas; anunciamos estancias de Anacreonte y rememoramos idilios. A nosotros nos será discernido el triunfo.

EL ALBÉRCHIGO.—Vosotras esperáis y yo desconfío. Es mujer. ¿Por qué habrá de escoger lo mejor?

LA CAMUESA.—¡Miren el escéptico con su piel aterciopelada! Sin duda que ha leído á Chamfort.

EL ALBÉRCHIGO.—No, sino á Ovidio. ¿No puede haber en los huertos humanidades? ¿Queréis agrandar á la mujer? Heridla ó escondeos. El verdadero fruto femenino no está aquí: se llama paradoja.

LA CRISANTEMA.—¿Quién habla de gustos y preferencias? ¿En nombre de qué os atrevéis á disputarnos el triunfo?

LAS CEREZAS.—Somos la realidad.

LA CRISANTEMA.—Pero nosotras somos la promesa. ¿Qué vale el presente con su jugo ante la esperanza con su perfume? ¿Dónde visieis la juventud coronada de albérchigos?

LAS FRESAS.—Acordaos de la niña de la dolora: coge las fresas sin tocar las rosas. El utilitarismo lo invade todo. Ya no hay Fiéridas, ni Filis, ni Tirsis. Pasaron los tiempos de las esperanzas desvanecidas y de las ilusiones frustradas.

LA ROSA.—Pero yo no soy sólo una vana ilusión, sino un doloroso presente. Perfumo y hiero. Ella y yo somos almas gemelas. Llevamos dentro la ingratitud.

RUMOR DEBILÍSIMO COMO DE ALGÚN CORO LEJANO.—¡Vanidad es pensar en cosas que presto se marchitan; locura gloriarse de lo que tan pronto se disipa en el viento!

EL ALBÉRCHIGO.—¿Quién osa entristecernos?

EL GERANIO.—Dejadlos: son los pétalos mustios.

LA ROSA.—Callad, que ella viene.

LA DUEÑA (*entrando distraída y yendo á sentarse en un sillón lejano á la mesa*).—¡No acabaré de decidirme!

LA ROSA.—No nos ha visto.

LA CRISANTEMA.—Alguna preocupación honda le asalta. No parece que tiene intención de acercarse. ¿Lleva en sus ojos señal de llanto?

EL ALBÉRCHIGO.—No.

LA ROSA.—¿De penitencia?

EL ALBÉRCHIGO.—Menos. Oigamos, puesto que habla entre dientes.

LA DUEÑA (*abstraída*).—¿Encajes ó cintas? Si es á Trouville, randas; pero si es á Bermeo...

LA CRISANTEMA.—¡Oh decepción! Sueña con trapos...

EL ALBÉRCHIGO.—Prepara su viaje, y viajar es para las mujeres modernas pasear un hermoso modelo. ¿De qué os extrañáis? Cincuenta mil her-

mosas desdeñan en este momento las flores y las frutas para pensar en sus figurines.

LOS PÉTALOS MUSTIOS.—Adornar la carne mortal... ¿Para qué? En breve se tornará ceniza; volverá al cieno de que ha sido formada.

EL ALBÉRCHIGO.—Callen los brujos, que ya nos moriremos.

LA DUEÑA (*monologando*).—Si supiera á qué punto me llevan... Tal vez á un pueblo, á oír simplezas, á recibir ramilletes de flores cursis...

EL ALBÉRCHIGO.—Eso va con vosotras.

LA DUEÑA.—O á escuchar siempre la misma cantinela de las cosechas, de los trigos, de las frutas, que Dios confunda...

LA CRISANTEMA.—Aplicaos el cuento.

LA DUEÑA.—Pero si es á una playa elegante... Un vestido blanco *plissé* con aplicaciones de *Vallenciennes*... Otro brochado con *quipures*...

LA ROSA.—¡Qué lejos estamos de Teócrito! ¡Ah, orgullosa y soberbia! Tu vanidad se pierde un gran día. En el fondo del ramo te esperaba escondida una carta de amor.

LA DUEÑA.—A Fernando le escribiré que no vuelva. No quiero amoríos; no tengo tiempo... ¡Ah! Una seda *modern style*, con incrustaciones de tul guarnecido de cinta cometa... Dos vueltas de frunces, manga sujeta al codo, corpiño bajo, con grandes botones de similar...

EL ALBÉRCHIGO.—Llorad, frutos endulzados georgícos. Desfalleced, cálices odoríficos. La mujer sólo tiene una fija obsesión: los trapos.

LA DUEÑA.—Consultaré; es preciso. (*Sale pausadamente y da vuelta á la llave de la luz. El comedor queda alumbrado por un débil rayo de luna.*)

EL ALBÉRCHIGO.—Los viajes... ¡Malditos senti

LAS FLORES Y LOS FRUTOS Á CORO.—No perderemos nuestra aureola, porque somos renovación, perfume, juventud, idealidad, naturaleza palpitante. Somos quien nunca muere.

EL GUSANO (*avanzando*).—¡Sois míos!

*
*
*

Los que emigran no son nunca los incapaces. Esos se resignan y mueren acurrucados en los tugurios, escondidos en los más ocultos parajes, más temerosos que de la muerte de la rebelión. Son los fuertes los que formulan la protesta viril, los que desprecian al fabulista que les habla de las falsas grandezas de las naves que van y tornan; porque ellos jamás piensan volver á esa tierra que les niega sus frutos, al fondo de esa sociedad que se interpone entre el surco y el troje para apoderarse de la semilla, á la comunidad de unos hombres que no sienten piedad de los niños que tienen hambre ni de las madres que les aprietan contra su seno para que no las vean llorar.

Es triste la primera noche en el mar, dentro de la negra sentina ó aterido en el puente en que se agita el angustiado y oprimido rebaño, lejos de aquel árbol que dió sombra al abuelo, cuando encendia con mano temblorosa su vieja pipa, de aquella fuente que oyó rumorosa las primeras frases de amor, de aquel hogar en cuyas paredes fueron registradas sobre el hollín las fechas memorables en que nacieron los nietezuelos. En la soledad del mar, que sólo ofrece á la vista negras, debe ser muy amargo espaciar la vista sin hallar una costa amiga y aun más ver cruzar á otro barco que regresa á la tierra que no se vuelve.

rá de seguro á ver, llevando en su mástil enhiesto ondulante la bandera española. Parecerá que los astros refulgen de otra manera y que las brisas traen soplos más fríos. Se buscará en vano una mano amiga que con una presión cariñosa conforte y consuele. Pero el niño se ha despertado y gime; aquel pedazo de carne blanda, que en la patria no tuvo ni pan ni abrigo, aquel retoño desgajado no puede morir, y por primera vez, con los ojos enjutos, se va pensando en la patria nueva.

Y así se van formando otras patrias, y encendiéndose otros hogares, y echando otros árboles raíces, y manando otras fuentes que han de presenciar otros nuevos idilios. Y así va quedando marchita, desangrada, exánime, esta patria española, viendo marchar los barcos en las tinieblas, oyendo el chirrido de las cadenas sobre las anclas, sintiendo que se acercará presto la hora de acompañar el postrer latido de sus venas exangües, si los pocos hombres que en ella quedamos no sabemos ó no queremos salvarla de una vez.

* * *

No sé si ha sido Bebel quien ha dicho que el criado doméstico es de peor condición que el esclavo que trabaja en las minas. Una criada no tiene derecho al pudor. Se la supone siempre una corruptora de nuestros hijos. Y son ellos á veces los que abusan de su soledad y desamparo, y la acechan, la persiguen, la rinden, y por último, la abandonan, riendo de su cobardía como de una preciosa hazaña. La infeliz se encanalla ó muere. Alguna vez su estrella puede recordar la de la Dorotea de Goethe; casi siempre su inmenso infortunio es el mismo de Agar.

Si á los que nos consideramos mejores se nos dijera que tenemos el deber de velar por el porvenir, por el decoro y por la felicidad de esas mujeres, reiríamos de semejante dislate. Sin embargo, la afirmación es exacta. Están bajo nuestra guarda; viven debajo de nuestro techo. Cuando son malas es por culpa de todos. Pasó el tiempo de increpar al culpable, y ha llegado el de buscar las causas del delito en la sociedad misma.

* * *

¿Por qué hemos de quejarnos? Pasó el tiempo en que los honores, los lauros, las aclamaciones, los vitores eran sólo para el artista; en que un pueblo de siervos se prosternaba ante el orador, el poeta ó el dramaturgo. Las apoteosis de un Homero son ya, por fortuna, imposibles; el nivel general de cultura es mayor y son muchos los genios que merecen el pedestal y el plinto; el arte se compenetró con la vida y sólo á su servicio es meritorio; se hace la vida cada vez más artística y menos despótico el arte puro. Después de muchos siglos de estremecimientos sublimes, de divinos espasmos y de vibrantes sacudidas, pero de esclavitud vergonzosa, de ignorancia y de tiranía, han averiguado las gentes que la Belleza, sin más, es algo sublime que para nada sirve, que nada remedia y que, alejada de la razón, no hace sino perpetuar las iniquidades y las infamias. Así, en todo estetismo va implícita una funesta regresión. Las coronas de los grandes artistas y literatos debieron colgarse sobre su médula. Ahora que aspiramos á la verdad, sólo pueden ponerse sobre el cerebro.

Y por eso han de reservarse á los sabios, á los

inventores, á los libertadores de pueblos, á los obreros desconocidos, á las mujeres ignoradas que santifican el hogar y educan á sus hijos, á los trabajadores anónimos que esculpen en el libro de piedra de los tiempos los mandamientos de la humanidad.

Es hora de desceñir los laureles marchitos, de que regresen los poetas á los oteros, donde su canto puede alentar á los trabajadores de la mina ó del surco. Y si no tienen ni verdades que revelar, ni injusticias que combatir, ni golpes que descargar en un edificio social que se derrumba, harán bien en tornar á los crepúsculos soñolientos, á los trémulos resplandores de las selvas umbrías ó á la llorosa soledad de los claustros que invaden las hiedras. Sólo una gloria es posible ya: la de todos. Sólo una divinización es posible: la de los hombres activos y humildes que, encerrados en el taller, en el laboratorio, en la biblioteca, trabajando por levantar el edificio nuevo, cumplen con su deber.

*
*
*

Son pocas las personas que miden la cadena de penas, de sobresaltos, de sacrificios que supone una carrera profesional, desde el día en que se viste al chiquitín su blusita y su cartapacio, para ir por primera vez á la escuela, y se le ve partir con las lágrimas en los ojos, hasta aquel en que, ya hombre hecho y derecho, se le mira llegar regocijado, trémulo, y arrojarse en los brazos de la anciana, para decirle con voz balbuciente:—¡Madre, ya soy doctor!

¡Qué de dolores, qué de martirios y privaciones! Han pasado diez ó doce años. Durante este

tiempo, Juan, el muchacho discolo y rebelde, ha sido colocado en una oficina y vive con relativo desahogo; Felipe, el holgazán, ha aprendido un oficio y gana seis pesetas al día; Marcelo es comerciante y ha hecho con sus hermosas hojas de tocino un capital enorme; Baltasar es viajante, anda de fonda en fonda y luce hermosa cadena, con dije luciente de pedrería. Nicanor ha hecho una boda excelente. Todos han asegurado su porvenir. El, en cambio, tiene su título. *Por cuanto don Fulano de Tal...*, y luego un *Sobresaliente* ó un *Aprobado* en magnífica letra inglesa. Al pie, un funcionario asegura que *Va sin enmienda*. Es verdad. El muchacho es incorregible. De nada le ha servido el ejemplo de sus amigos, más vividores y más prácticos. Ha querido saber. Va sin enmienda. La sociedad se encarga de hacerle expiar dolorosamente su culpa.

*
*
*

Dejadme hacer mi propia apoteosis; hablar de mi glorificación de un día.

Debió ser en sueños. Pero ¿hay algo en la realidad? Yo había escrito una *Crónica* bastante medianeja. Como ya había defendido á las mujeres, á los viejos, á los chiquillos, á los labradores, á los obreros, á los mendigos, á los maestros de escuela, á los enfermos y á los desesperados, hablé de los ciegos. Dije cuatro vulgaridades y sostuve, como me dió mi pobrísimo ingenio á entender, que ha llegado para ellos la hora de pedir, no caridad, sino justicia; que lo que se ve con los ojos es lo externo, lo que nada vale, lo que se marcha y se va; que son dignos, no sólo de respeto, sino de admiración, esos seres que nada ven, pero todo

lo piensan y viven, para los cuales ni la mujer hermosa envejece ni el cielo tiene nubes; que sienten el ritmo de lo que no se acaba; el perfume de las rosas, que nunca se marchitan; la dureza de los metales, que jamás se oxidan; el rumor de las aguas, que nunca se enturbian. Esos hombres, mejores que los demás, porque, no deslumbrados por falsas apariencias, pueden sumirse en esa meditación que ha sido fuente de virtud en todas las teogonías y de saber en todos los sistemas; que ven más que los necios, que los idiotas, que los cegados por la pasión, y que, cuando todo en el mundo se renueva, pueden sentir cómo todo nace, sin tener el infinito dolor de mirar cómo todo muere.

Y—sigo creyendo que fué en sueños—como nadie en el mundo se acordaba de ellos, los ciegos lloraron de emoción y suspiraron de gratitud. Había que hacer algo por aquel escritor que no se burlaba de sus músicos ambulantes, cubiertos de polvo, rígidos, sobre el borde de las aceras, arrancando inspiradas y dulcísimas notas á sus instrumentos quejumbrosos, más amados por sus resignados y humildes pulsadores que el famoso violín de Cremona, que no ridiculizaba á sus maestros, á sus protectores ni á sus sabios; que sabía que había en Madrid un *Centro Protector de Ciegos* que se ha propuesto hacerles vivir de su trabajo, apartarles de la mendicidad, Centro en el cual todo cuanto ingresa es para los ciegos, sin que nadie viva á su costa; que con un poco de protección del Estado, que les cediera siquiera un local en donde instalar escuelas y talleres; con algo de bondad de los ricos, que llamaran á sus notabilísimas orquestas para amenizar sus banquetes; con un ápice de desprendimiento en todos

para suscribirnos como protectores con una ínfima cuota, podría en breve tiempo quitar á todos los ciegos de las calles, darles pan y enseñanza y utilizar unas energías tan dignas de estima como puedan serlo las de los sanos y videntes. Había que demostrar á aquel periodista que los ciegos eran bastante más que un pretexto para escribir artículos floridos, y que era hora de que, para saber lo que pasa en nuestro propio país, los que creemos ver por tener ojos, como el criado infeliz de Larra, los abriésemos para alejar, siquiera un instante, nuestra ceguera intelectual.

Se pensó en organizar en mi honor una fiesta. Mejor dicho, en honor de las ideas de bien y de justicia. Creer yo que la fiesta era mía, tener yo vanidad... ¿para qué?

Espejismos de la niñez, ansias de grandezas jamás superadas, nostalgias de poder y de gloria, irrealizables y febriles delirios de riquezas y vanos encumbramientos. ¡Qué lejos estáis! ¡Qué pequeño se ve uno á sí mismo cuando se ha doblado esa cumbre, más allá de la cual son los horizontes de hielo y los bordes del camino de arena! El corazón se enfría al mirar la nulidad propia, el ánimo desfallece y se postra; se ve cómo todos nos adelantan hacia la luz y mirando á lo lejos los surcos en que tanto quisiéramos sembrar, los alcázares en que tanto teníamos que decir, doblamos al fin la rodilla para decir, mientras corre por nuestra frente un sudor frío y por nuestros miembros un temblor de invencible espasmo, como el malogrado y triste Guyau:

—¡Ah, no podré llegar!

Y entonces es cuando recordamos con pena y desconsuelo los días de entusiasmo y de fiebre, las horas silenciosas de estudio, los paseos en la

noche serena; cuando queremos deletrear en los mundos é interpretar el rumor de los élitros y buscar la significación del susurrante mover de las hojas, y decimos como aquel héroe de la balada:

— ¡Si yo fuera rey!

Sí. Yo lo he sido en sueños un día. Subía con pie firme por la ancha escalera y una muchedumbre entusiasta me aclamaba al llegar. Entraba en el deslumbrante salón y me sentaba en amplio sillón de terciopelo y oro. Allí, en revuelta confusión, se agrupaban para escucharme ricos y pobres, damas y literatos, ciegos y videntes. Personalidades ilustres representaban al Colegio Nacional y al Centro Protector, y puestos en pie, me entregaban diplomas y obsequios. Hablaba, y mi voz era sofocada por vítores. Los hombres aplaudían, las mujeres lloraban, los niños agitaban sus bracitos. Los humildes, los desgraciados, los que todo lo sufren y todo lo esperan, formaban mi corte. Todos me sonreían, y una mudita de siete primaveras doblaba para saludarme su manita abollada por lindos hoyuelos...

No. No puede un hombre llegar á más. Daudet ha dicho que hay un momento en nuestra vida en que todos los astros refulgen, en que parece iluminarse para nosotros el cielo y la tierra. Más allá de tanta grandeza no cabe sino descender. Después de aquel momento de gloria no queda sino la decadencia y la muerte.

Incomparables músicas prorrumpían, en honor mío, en gratos é inspirados acordes; y yo, en tanto, pensaba con angustia que había acertado por casualidad, que acaso el contraste de mi pequenez con la grandeza de la fiesta suscitaba la sensación del ridículo, y con gozo, en que una vez

siquiera, me alcanzaban á mí los holocaustos que sólo á la verdad, á la justicia y á la razón tributarse deben.

¡Oh, qué ensueño glorioso! ¡Qué poderoso contentamiento, qué dicha tan incomparable y fugaz!

Sali de allí conturbado, trémulo. Las aclamaciones seguían y hasta la calle misma me acompañaban los aplausos.

Solo en ella, sentí la necesidad infinita, el ansia irresistible de refugiarme en algo confortador y tibio; eché de menos un dulce escondrijo, un apoyo en donde reclinar mi fatigada cabeza, algo así como el tierno regazo de una madre...

Pero en aquel momento, en aquel mismo día, años antes, la mía había muerto, presa de un mal instantáneo, herida por la Naturaleza en golpe rudo, sin poder cambiar conmigo la postrera frase ni depositar en mi frente el último beso (1).

* * *

La belleza de la Naturaleza se ha cantado en todos los tonos; pero en ella no se encuentra sino por accidente la línea recta, la más noble y grandiosa, ni es posible hallar la armonía simétrica. La selva virgen es siempre menos hermosa que el bosque cultivado, sea cualquiera el parecer de Ruskin. La hembra salvaje es menos hermosa que la mujer civilizada, y el Partenón tiene más grandiosidad que la caverna del gorila. Sin embargo, la Naturaleza no es antiestética. Es sencillamente indiferente á los conceptos evolutivos que de ella y de las ideas forman los hombres. Si

(1) La fiesta á que se alude en este párrafo se celebró el 20 de Mayo de 1903.

en ella no hay Moral, es por igual razón que no hay Arte ni hay especulación científica.

El grito ¡volvamos á la Naturaleza! ha sido el de todos los grandes revolucionarios. Todo el idealismo naturalista, toda la escuela del llamado Derecho natural, identifica á la Naturaleza con la Razón. Kant, reintegrando al hombre en su libertad moral; Locke, volviéndole su libertad civil; Rousseau, tornándole á su independencia primitiva, proclamaron que en la Naturaleza estaban las fuentes de la Ciencia, de la Moral, del Arte y del Derecho.

La indagación moderna ha cesado de santificar á la Naturaleza; pero ha dejado de maldecirla. No busca ya en ella principios, sino hechos; pero tampoco la considera hostil á las altas especulaciones científicas ó á los grandes sueños de redención. Ella es indiferente, es impasible; pero procurándonos siempre los primeros datos de todo juicio, se somete siempre á su resultado y es blanda materia en que labra y golpea el cincel de todas las generaciones que piensan.

Un monismo racional, enemigo declarado de todos los dualismos, lo mismo del que separa al alma del cuerpo, que el que aleja el mundo de Dios ó la naturaleza de las cosas de la de las ideas, ha declarado que debemos volver á la Naturaleza, no para declararla sabia, bella y buena, sino para fundar en ella todo lo que, por ser propio del hombre, no puede dejar de ser natural y humano.

Así los modernos sociólogos identifican á la sociedad con un organismo vivo y estudian, con Schaeffe, su anatomía y fisiología. Los naturalistas, desde Darwin, buscan en la sociedad animal los rudimentos de los instintos que hacen vivir

á los hombres unidos. Cuando la inteligencia vacila, Hartmann, de acuerdo con la sabiduría popular, quiere que volvamos á lo inconsciente, y los artistas reconocen que todo renacimiento está en la ingenuidad primitiva y culto de las formas, y todos los moralistas aconsejan que huyamos de los descaminos á que lleva la vida social en la contemplación del eterno ritmo y de la perdurable majestad con que nacen, se desenvuelven y mueren las cosas.

Hay que volver á la Naturaleza, seguir el precepto de Lucrecio, escuchar el grito de los nuevos apóstoles de la Humanidad. Pero sépase bien: hay que volver á la Naturaleza del hombre, no á la del bruto. En ella residen los gérmenes de toda verdad con la razón, de toda belleza con el instinto, de toda justicia con el imperativo categórico. Y en esa naturaleza humana tan calumniada, pero tan invencible, encontraremos energías para luchar contra una regresión imposible al fanatismo y á la opresión despótica, y contra todo *naturismo* brutal que quiera, en nombre del progreso, hacernos regresar á la edad del oso de la espelunca.

**

Un soplo de aire frío llega hasta el *Nacimiento*: sube por las laderas de corcho, agita las briznas de musgo, columpia los ramajes subrayados de escarcha, mueve las aspas de cartón del molino, penetra en los ventanales de la ciudad pecadora y baja por las enarenadas pendientes á silbar en la puerta de la posada, á hacer rechinar la grúa del pozo y desgñarse el cáñamo de la rueca, á columpiar las gualdrapas de los camellos y besar,

por fin, blandamente la cuna del Salvador niño. La estrella de Bethleem oscila un momento sobre su eje de hojalata y sigue señalando el misterio; el humo de las candelillas recién apagadas se extiende sobre el valle, rozando con sus perfumes acres el río de cristal, y, por fin, se eleva en nubecilla tenue, sobre la carreta de bueyes, inmóviles como ídolos egipcios. Después, todo queda en la obscuridad y el silencio.

MELCHOR.—¡Es la noche, es la noche santa! ¡Mirad cómo estalla en las cumbres el grito del ave nocturna, cómo yerguen sus tallos las flores silvestres, cómo se desliza el arroyuelo entre juncias, cómo palpita la tierra al beso de la noche, cómo resplandecen los cielos á la nueva de la venida del Hijo de Dios!

JHONSON.—Mentira. Este mundo es armazón de lienzos y tablas; las montañas son cortezas de roble, los arroyos son vidrio, los cielos son telas. Tú mismo, infeliz reyezuelo, eres barro frágil, que, á la postre, habrá de revertirse á la arena.

MELCHOR.—Te conozco, sajón. Una mano imprudente te ha colocado en el fondo del valle, con tu saco de lana, tu sombrero de casco y tu malecón de cuero. Eres la civilización que llega, escéptica, fría, abrumadora, sin ilusiones y sin ideal. ¿Tú qué sabes de noches que cantan el psalmo eterno de Isaias, de supremas encarnaciones de dioses que llegan? No hay lugar para ti en Nazareth.

JHONSON.—Tú lo has dicho: soy la verdad. Me ha anunciado ese foco eléctrico apenas extinguido con que nuestro amo, que duerme en la cuna, ha alumbrado el establo. Mi voz ha resonado en el surtidor de presión que riega vuestro césped, en la rueda automática que gira junto á la presa.

en el paisano que apalea su rucio y en el leñador que hiende su tronco. Soy la verdad, fría, pero tónica, y por mí tenéis movimiento.

BATO (*despertando*).—¿Quién habla? ¿Se ha marchado ya el ángel?

JHONSON.—Los ángeles huyeron y los dioses se van.

EL BUEY.—¡Qué pesadumbre!

LA MULA.—Déjale: su charla es estéril.

JHONSON.—¿Es la mula quien habla de este rilidad?

BATO.—¡Vaya una figurilla grotesca! ¿De dónde ha salido ese espárrago seco?

JHONSON.—¿Y de dónde has salido tú, anacronismo vivo, parodia ridícula? No fueron como tú los apacentadores hebreos, ni vistieron tus hercules y calzas. Tan apócrifo eres como esas nieves que nunca blanquearon en las cimas judaicas.

BATO.—¡Tía Gila, creo que nos insulta!

TÍA GILA.—¡Bribón! ¿Quién te mandaba dejar tu pelliza y vestir jubones encintados? Así debiste abandonarla, como yo mi túnica y sandalia. El afán de lo nuevo nos ha perdido. Dejaron los zagales zampoñas y rabeles, y helos arrancando sonidos extraños á instrumentos de viento. En Dios y mi ánima que así les cuadra como al buen José la garlopa ó á Gaspar la espuela vaquera. ¿Qué hace el infame molinero con su pantalón almidonado y su encarnado gorro auvernés? Bien os lo aseguré que llegaría un día en que nos echaran de aquí gentes nuevas.

BATO.—Cállese, anciana, é hile, que ya chochea.

EL VIEJO DE LA LEÑA.—¡El tiempo pasa, y vosotros con él!

CORO LEJANO DE PASTORES.—¡Bendito quien

llega en nombre del Señor! ¡Bien hallado el Mesías!

JHONSON.—Es la fiesta del solsticio de invierno. Es Isis, es el Sol, es la conjunción de los astros, es la ficción caldea, es el mito egipcio que se repite.

MELCHOR.—¡Calla! ¡Es la verdad, que se perpetúa! ¡Es la Redención, que hace á los hombres salvos!

LAVANDERAS.—Lavamos los cendales del niño. ¿Es lienzo ó son hilillos de nieve tejidos por la luna?

JHONSON.—Vuestra luna es el arco voltaico; lo que llamáis arroyo es cristal fundido en los hornos del hombre.

BATO.—¡A callar! ¡Pastores, á mí!

JHONSON.—No; no se moverán. Están muertos; no pueden moverse sin mí, que soy la energía. Quedarán petrificados é inmóviles como el pasado, que se pierde entre nieblas.

BALTASAR.—¡Gufanos, oh estrella luminosa! ¡Gufanos adonde llevemos el incienso y la mirra, adonde veamos las profecías cumplidas y la humanidad salva!

CORO DE NIÑOS.—El horizonte se ilumina: el día se acerca. Cantemos al Señor. ¡*Hossanna, hosanna!*

JHONSON.—Sí; es el día. Es el día que ahuyenta las sombras, que desvanece los negros fantasmas.

CORO DE PASTORES.—¡Saludemos, pastores, al Verbo hecho carne! ¡Cantemos, cantemos á la glorificación del Señor!

* * *

He hallado un libro de memorias. Casi siempre los llamados libros de memorias son propiedad de desmemoriados. Ved aquí lo que he encontrado en sus páginas:

4 de Agosto. 40 grados.—Estoy, no ya como el pez en el agua, sino como la salamandra en el fuego. Adoro la canícula. Sé que esta confesión me haría odioso á no pocas gentes, y por eso la guardo escondida, pero hay que ser sincero, siquiera á solas. El calor me entusiasma, duplica mis fuerzas, hace arder mi cerebro, inflamándole hasta el delirio, y ¡cuán hermoso es, en este mundo de bajezas é insignificancias, delirar una vez!

Cuando veo á mis semejantes sudorosos, arrebatados, esclavizados por insoportable jadeo, maldedir del calor, yo sonrío y miro con cierta voluptuosidad inexplicable subir en el termómetro la línea brillante del mercurio. Siento el vértigo de la combustión, como hay quien siente el de la velocidad ó el del abismo. ¡Arriba, más arriba! Ascendamos hasta fundirnos en la eterna llama. El frío degrada y afemina, con la invitación al refugio grato, al roce sensual de las pieles, á la caricia blanda del vapor de la estufa. El calor enaltece, es vida; á su llamamiento la Naturaleza despierta. Por eso mi religión es el Sabeísmo, mi poeta el Dante, mi heroína Mireya, muriendo de insolación entre los agostados trigos. El calor lo es todo; el genio es sólo una llamarada, como el amor una quemadura que, con el beso, nos duele de placer en los labios.

6 de Agosto. 42 grados.—La cabeza me pesa y parece que no funciona bien. ¡Ah, si pudiéramos suprimir de una vez para siempre la investigación y el pensamiento! De la verdad morimos. El gran Anatolio France ha dicho que si se pudiera dejar

caer de golpe la última verdad, el mundo parecería aniquilado. Por eso odio el frío. Se dice *la fría razón*, como se dice *el frío cálculo*. Cálculo, razón; he aquí los mayores enemigos que tienen los hombres.

En cambio, cuando queremos representar estados de bienaventuranzas y de dicha, hablamos del ardiente transporte, de la sensación cálida, de la pasión abrasadora ó de la tibia somnolencia. No amar ha dicho el poeta que es cosa fría. Si algo ha despojado de su encanto á los cielos, ha sido el medir los ciento sesenta grados bajo cero de los espacios interplanetarios.

Compadezcamos al esquimal, embrutecido por el alcohol europeo, acurrucado en su choza de témpanos; y envidiemos al tigre la sombra de los bosques; al marroquí frugal, que después de comer los dátiles secos, ruge de pasión al mirar á lo lejos la sombría pared, tras la cual se baña en la alberca, perfumada por las flores de los naranjos, una mujer de bronce.

7 de Agosto. 43 grados y cinco décimas.—Esto marcha. La prensa rompió en lamentaciones. No se habla de otra cosa que de la temperatura, que á mí me parece deliciosa. «¿Ha visto usted el calor que hace?»—me ha preguntado un hombre muy gordo, á quien tengo un odio mortal por el mero hecho de tener una mujer muy bonita.—«¿Pero eso se ve?»—le he contestado con una sonrisa insultante. El hombre ha lanzado tres resoplidos, y yo me he frotado las manos diciendo para mí: «¡Anda y padece, miserable! Por hoy no disfrutarás de tu dicha.»

Pienso escribir un libro ó tal vez una pentalogía haciendo la apología del calor asfixiante. Co-

menzaré por demostrar que á todo el mundo le conviene que suba el termómetro. He aquí mi principal argumento:

El calor conviene á los poderosos. Es en la canícula cuando lucen su oro y su fausto. Viajan en coches que semejan alcázares; se hospedan en palacios que se asoman al mar, ó en castillos románticos trepados por húmedas hiedras. Buscan de noche, en las solitarias y fangosas marismas, ignoradas y misteriosas sensaciones á la luz de los astros; se sumergen en aguas frigidísimas que huelen á sales acres y perfumadas algas, y deslumbran en las playas y en los círculos donde se juntan los magnates. Para ellos el calor, en vez de causa de pesar, es un pretexto de regocijo y placer.

Los pobres... Pero los pobres aman el calor y la luz que no pueden hallar sino á cielo abierto, cuando entra el sol en el trópico de Cáncer y se celebra el nacimiento de Isis. Son libélulas atraídas por lo que refulge y abrasa. Su vida es ahora menos penosa que allá cuando la nieve parece un sudario tendido sobre los techos bajo los cuales calla solitario el hogar sin fuego.

Y los otros, la *inmensa minoría*, que diría cualquier consejero del Banco, exageran notoriamente su mal. El calor es bueno para la anemia, y la anemia se esconde casi siempre debajo del chaquet.

8 de Agosto. 44 grados.—¡Viva el calor! ¡Honra á los genios invisibles del fuego! Si yo fuera Dios, ó, por lo menos, demiurgo...

Aquí termina el manuscrito. Hojeando el librito he hallado en él un nombre y unas señas. Inmediatamente he querido hablar á ese hombre extraordinario que quisiera trocar el universo en

ascua, al único defensor del calor extremo, al apologista de la canticula, al exaltado que quisiera divinizar á los hombres, repitiendo el milagro de la Pentecostés.

Me ha sido imposible; al llegar á su humilde vivienda he sabido que ha muerto esta tarde, al pasar frente á la fuente de la Cibeles, de un tabardillo.

* * *

Una muchacha me ha pedido un libro, y yo le he entregado *La perfecta casada*. Me lo ha devuelto con la más amarga de las sonrisas.—¿Para qué necesito ese libro?—me ha dicho.—Lo probable es que no me case jamás.

Entonces he pensado que hace falta escribir *La perfecta soltera*. A la casada puede hacerla perfecta el amor. Sin él fracasarán siempre Michelet y fray Luis. No hacen falta consejos ni admoniciones allí donde lo enseña todo el instinto. Pero para poder resistir la vida solitaria, sin hombre que proteja, sin hijos que acaricien, esperando siempre un suceso que cambie el panorama de la vida, un aldabonazo á las puertas del corazón que tarda en sonar, un abandono infinito é irremisible, ¡para eso sí que hacen falta libros! Libros que consuelen, que enjuguen lágrimas amargas ó que acostumbren á las pobres mujeres á defenderse de esa grande y odiosa iniquidad que se llama el celibato masculino.

Hemos aprendido de Epicteto que, entre las cosas que menos importan, están los hijos y la mujer. La Iglesia nos ha dicho que el matrimonio no puede ser el estado perfecto, y Goethe que el genio fracasa en la vulgaridad de la vida tranqui-

la de familia. Lo oímos también á nuestros amigos: casarse es cerrar las puertas del porvenir. Así dejamos pasar los meses y los años, y un día, cuando se nos dice que también nosotros podríamos constituir un centro de afección, un núcleo de vida, amar y ser amados, contestamos seca y concisamente:—Es tarde.

Es verdad. Es tarde para regenerar nuestro espíritu, embotado en la sensualidad, encanallado no pocas veces en la delectación egoísta. Es tarde. No sabríamos proteger ni ser protegidos, officiar á un tiempo de sacerdotes y de dioses en ese templo del verdadero amor que tiene dos aras y en que no hay sacrificio sin recompensa; saborear esos goces puros, exquisitos, impagables, reservados á los organismos selectos. Seríamos incapaces de hacer la conquista lenta, tenaz, incasante, de un espíritu débil, soñador, femenino, nosotros que nos vanagloriamos de haber conquistado tantos cuerpos ó de haberlos pagado á tanto la pieza. No sabríamos ya jamás lo que es la presión sobre nuestro brazo de una mujer que nos lo debe todo y que, cuando ve marchitarse su belleza y su juventud, encantada de nuestra constancia, reconocida á nuestra grandeza, se apoya en nosotros como una enfermita del alma y nos recompensa con esa ternura, con esa devoción absoluta, sin la cual jamás puede haber completa y segura posesión.

Pero nosotros estamos ciegos. Creemos que han sido nuestras muchas mujeres que nos entregaron sus cuerpos, mientras su cerebro seguía siendo para nosotros un enigma. Nos aburríamos de ellas sin haber hecho sino tocar su piel. Supusimos que una sola mujer nos cansaría pronto, incapaces como éramos de encontrar en ella siem-

pre lo nuevo, lo inesperado, la realidad inagotable. Creímos conocer á fondo lo que no vimos ni en uno solo de sus infinitos aspectos. La mejor prueba que damos los hombres de vulgaridad, es desdeñar por cansancio á una mujer, como si fuera posible llegar á conocer en absoluto todos los misterios del alma femenina, todos los encantos nuevos que puede desplegar á la evocación de otra alma gemela, todos los secretos hondos de su ser delicado y complejo. No pudimos encontrar ni un solo destello, allí donde un cincel más diestro y genial hubiera hecho surgir tesoros de cambiantes de luz.

Agotados, mustios, sintiendo, como Gautier, no poder inventar un nuevo pecado, llegamos á doblar esa cumbre tras la cual no hay más flores que las que supo sembrar uno mismo. Nos encontramos solos, y nuestra grosería escéptica llega al fin á aterrarnos. Es tarde. Entonces el encanto nos hace repetir todas las invectivas que los sombríos Padres de la Iglesia fulminaron sobre la mujer. Es infame, es necia, es incapaz de saber y virtud. Así fueron los hetairas que conocimos, ó al menos así fueron para nosotros. Lo que no pudimos soñar es que á la mujer hay que crearla, y que esa labor es penosa y lenta, y está reservada, no á los necios, sino á los elegidos que llevan en la frente una luz y en la mano un cincel.

Durante nuestros años de disipación, en que malgastamos nuestra juventud y nuestra inteligencia, arrojando perfumes en vasos perforados, depositando joyas en arcas sin fondo, vertiendo ideas en cerebros vacíos, pasaron á nuestro lado y nos miraron con profunda tristeza muchas blancas imágenes, deshojando guirnaldas, á las cuales no concedimos ni una mirada ni una sonrisa, y

que se alejaron mudas y tristes. Cualquiera de ellas nos traía el amor verdadero. Unas nos parecieron pobres, otras incapaces; ésta voluble, aquella vulgar. No imaginamos que corregir aquellos defectos era obra del amor, y además nos repugnó la idea del sacrificio. Preferimos vegetar solitarios; pero al fin la vejez nos sorprende, y entonces buscamos á deshora la unión ilegal con la advenediza que no nos comprende, ó la sirvienta que nos explota. Sobre nuestra frente ha escrito el destino: *Ni amor ni virtud.*

Sí. Hace falta para las solteras un libro. Un libro en que se les enseñe á conocer á los egoístas y á separarse de ellos; en que se pidan medios de defensa y trabajo; en que se busque el medio de emanciparlas. Son muchas las mujeres que ven marchitarse su juventud sin que llame á sus puertas un hombre honrado. Cada vez serán más, porque cada día es mayor la miseria y la prostitución, y los hombres más débiles para la lucha y más incapaces de amor verdadero.

Pero, para que se escriba ese libro, es preciso cerrar esos otros en que sólo se habla á la mujer de deberes y jamás de derechos, en que se le niega el trabajo y la personalidad, en que se la somete al varón y se la considera un ser inferior y punto menos que irredimible. Hay que renunciar á fray Luis y oír á los apóstoles nuevos, que no hablan á la mujer de resignación, de fe y de obediencia, sino de emancipación y de amor.

*
*
*

En todos los tiempos, los caudillos ó los gobernantes han sido hombres convencidos de estar asistidos de la gracia divina, ó simplemente escép-

ticos que han dejado los negocios ultramundanos á los monjes y á los cenobitas. Han sido Godofredos ó Cides, Carlomagno ó Bonapartes. Cuando esa célebre Juana de Orleans, cuya doncellez intriga tanto á nuestros vecinos, alzó el estandarte francés para combatir á las tropas de Enrique VI, lo hizo creyéndose llamada por Dios para empresa tan alta, ni más ni menos que David se creyó escogido para salvar al pueblo hebreo, ó Pelayo para empezar la Reconquista. Lo que nunca ocurrió es ser un penitente el que, dudando de su misión, reconociendo sus propias culpas, se encargase de realizar esas empresas, reservadas, no á los rezadores, sino á los justos y á los elegidos.

Porque parece demasiado fuerte que un hombre haga esta oración ú otra análoga: «Señor, yo no soy digno de tus beneficios; en vista de lo cual, los voy á repartir por el orbe. No soy bastante fuerte, en cuya atención voy á hacer fuerte á una nación entera. Yo reconozco mi ignorancia y por lo mismo, voy á enseñar al prójimo. Soy el último de los pecadores, lo cual me autoriza á castigar los pecados ajenos y las culpas de los demás.»

No. Esto no se ha hecho nunca. Lo que se ha pronunciado es muy diferente. Se ha dicho: «Soy el elegido por Dios y habréis de obedecerme»; ó bien: «Tengo la gracia y os la quiero comunicar.» Pero confesar cándidamente que se está expuesto á entrar en el infierno y empeñarse en llevar á las gentes á remolque, eso parece demasiado, aun á los espíritus más tolerantes.

La noche que precedió á la batalla del Gránico, no fué el plano de las Hespérides lo que estudió el héroe macedonio, sino el de los lugares ocupados por los ejércitos de Darío. La víspera de la conquista de Alarico, no impuso César á su

cuerpo flagelaciones, sino baños estimulantes; el piadoso hijo de Pepino, después de fundar el mayor imperio del mundo, exclama: «No es posible que el Señor vele por cada uno con el cuidado necesario; por lo cual es preciso que cada cual se aplique á mantenerse por sí.» Excomulgado el genio de Wagram y Lodi, contestó á las injurias de Pio Papa con esta sola frase: «Decidle que cuide de lo suyo.» La razón de estas indiferencias, ornadas siempre de laureles, la ha explicado muy bien Juan Jacobo. «Un ejército de penitentes—dice—será siempre una cohorte de esclavos. ¿Qué les importa la derrota y la muerte? Su reinado no es de este mundo.»

Por eso la gloria de Enrique IV no se llama Canosa, sino Vervins; y el pueblo francés, que olvidó la apoteosis de la diosa Razón, conservó el culto de Germinal. Por eso ni á Washington, ni á Francklin, ni á Louverture, ni á Bolívar, ni á Robert Peel, ni al marqués de Hito se les representa calzados de sandalias, ceñidos de cíngulos y cubierta de ceniza la frente, sino con la cabeza levantada, la mirada fija en el horizonte y en sus manos las leyes que aseguraron la independenciam y la libertad de los pueblos.

Son incompatibles la penitencia y el caudillaje. Quien rige á una nación, si es creyente, debe sentirse digno de ser instrumento de los dioses; como el legislador hebreo, sólo acude á los montes ardientes para descender de ellos trayendo en su mano el Decálogo. Si se inspira en otros principios, si ha acertado á esparcir la idealidad sobre el mundo y las cosas, si siente el ansia de lo infinito de otra manera que recitando vanas sentencias y sometiéndose á prácticas propias de bonzos y fakires, entonces marcha desembarazadamente

por el camino que le señalan de consuno el claro entendimiento y el amor á la Humanidad.

¡Triste nación aquella en donde los encargados de dirigirla piden á las imágenes y á los iconos la perspicacia que no tienen, el vigor que les falta, la imparcialidad y alteza de miras que sólo se adquieren por la constancia en la propia labor! Ese pueblo podrá ser un inmenso claustro, un enorme redil de místicas ovejas, un magno falansterio de soñadores y devotos. Lo que no podrá ser, porque ni la pasividad engendra energías ni la flor sin estambres frutos, será un pueblo *sui juris*, un conjunto de ciudadanos, una colectividad consciente de su fuerza y vigor y señora de sus destinos.

*
*
*

En la vida, la decantada inferioridad mental femenina no se ve por ninguna parte. Gobernados estamos por hombres y no pueden hacerlo peor. Hombres son nuestros sabios y no se hartan de decir tonterías. Entretanto, vosotras, las mujeres, hace ya muchos siglos que os estáis haciendo las bobas... y os metéis en casa. Dais menor contingente al crimen, al suicidio, al alcoholismo, á la barbarie. Os despedazáis menos y acabáis siempre por hacer vuestra santa voluntad absoluta.

Es preciso no haber visto niños y niñas para ignorar que éstas son siempre más reflexivas y más discretas. Es menester no haber observado obreros y labriegos para ignorar que hay más brutalidad, pero mucha más, en ellos que en sus mujeres. Es necesario vivir fuera del mundo para desconocer que allí donde se reúnen personas cultas, parten del sexo femenino todas las voces de tolerancia, todos los rasgos de perspicacia, todos

los arranques de dignidad y de pundonor, que no suponen el más despreciable de los talentos.

Y en punto á pequeñeces... Llena llevó el alma de heridas; ninguna de ellas ha sido abierta por la bendita mano de una mujer. Hasta cuando alguna me ha parecido repulsiva, he encontrado tras ella la odiosa sombra de un corruptor ó de un consejero, de un amante ó de un cortesano, de un mal padre ó de un mal marido, de un rascacuero ó de un confesor.

¿Qué queda al hombre, pues, para demostrar toda esa pesada sesera? Queda la ciencia de minucias, el estudio de pequeñeces, que, por miedo á la competencia, pretende siempre monopolizar; queda el amontonamiento de falsas verdades, el moderno análisis, postrera embriaguez de los espíritus atormentados, acaso la última de todas las mentiras, y por serlo, la más dolorosa...

*
*
*

Es un maravilloso episodio, ocurrido entre frondas, allá en esos perfumados Jardines condenados á implacable y segura tala. Bajo las umbrías, la música acompasaba un vals lento; millares de luces rojizas y azuladas, unas grandes como satélites, otras pequeñas como encendidos tulipanes, nos cegaban con sus esplendorosas y hormigueantes incandescencias. Ante los ojos sorprendidos pasaban centenares de mujeres hermosas, cubiertas de galas y deslumbrantes de pedrería. Al mirarlas se pensaba en hadas é insectos de coselete de oro, en sultanas y en geishas, en somnolencias de estatuarios y delirios de orfebres. Carnes amasadas con capullos de nardo escondían su timidez de nácar en gasas y bullones y

pliegues fantásticos. Al paso de aquellas mujeres surgían frufutaciones y aleteos y chasquidos como de brotes juveniles que estallan lujuriantes, y charloteos de alondras gozosas y susurros de aguas tranquilas y transparentes. Al verles, pensaba yo: ¿En dónde florece tanta hermosura? Y mi amigo decía bajito: ¿En dónde estaba escondida tanta riqueza?

Entonces fué cuando una figura legendaria, *de blanco vestita*, majestuosa, solemne, hada entre las hadas y reina entre las reinas, se volvió súbitamente hacia mí, y confundidome con su hermano, me dijo con espontaneidad candorosa:

—¿Sabes? Me repite el pepino.

No he reído. ¡Qué he de reír! La muchacha ha palidecido de pronto y ha quedado inmóvil como si fuera de alabastro. ¡Pobrecilla! No sabía que un grano de arena *rémorea puede ser de nuestras glorias*, y una pipa de cucurbitácea puede hacernos bajar de los más altos capitolios. Además, en medio de la muchedumbre, me he sentido transportado al virgiliano y solitario huerto donde

*...inter flumina nota
et fontes sacros, frigus capitabit opacum.*

Y he sentido olor á frutos maduros y á flores acres y amarillentas; y he rememorado al primer Carlovingio; y he recordado la aldea con sus cañas de rastrojos, en donde no había encajes, ni sedas, ni joyas, ni vals lento, ni princesas de Scherazada.

—Señorita—he podido decir á la conturbada doncella,—no hay para qué afligirse, ni sois vos aquí acaso la única beldad á la cual repite el pe-

pino geórgico. Otra vez cortadlo en rodajas muy tenues, dejándoles su agreste corteza; espolvoreadlas con sal y mudadles el agua de hora en hora. Así aderezado y servido en platos argénteos, ese humilde producto campesino á mí no *me repite*: entre otras razones... porque no le como.

Pero ¿de qué suerte iba á contestar? Estaba pensando en si todo aquel espectáculo no tendría mucho de vanidad y pompa. Recordando viejas lecturas salmodiaba en coplas de Jorge Manrique ironías amargas de La Bruyère. En medio de tanta grandeza, era posible el desabrimiento del manjar despreciado, devorado en el hogar frío, sin mantelerías y sin porcelanas, sacrificado al esplendor de un día y á la gloria fugaz de una noche.

Las luces me han parecido entonces menos brillantes, las arboledas menos frondosas y el vals más vulgar y monótono.

Si, un día iremos por el mundo engalanados con nuestras joyas de similor, ornados con nuestras apariencias de nación culta, y haremos ante el mundo asombrado la confesión de la conturbada doncella. Traemos una herencia de miseria y de obscuridad, un hábito de inopia y de mala alimentación. En ciencia, como en política, como en arte, nos hemos alimentado de cucurbitáceas, y es en vano disimular cuando ellas se nos vienen con sus acidumbres á la boca.

Parecemos ricos, cultos, sabios, potentes. Pero la Naturaleza ultrajada se venga. Nos amarga el pepino.

*
*
*

Lo primero que he hecho al levantarme, ha sido abrir la ventana.—Buenos días, vecina. ¿Trabajando, eh?—Terminando mi disfraz de esta tarde.—¡Caramba! ¿Quién pudiera acompañar á usted!—¿Sabe usted lo que dice el periódico?—Si usted no me lo cuenta...—Que hay que matar á todos los viejos.

He sentido un escalofrío de terror y he corrido hasta colocarme frente al espejo. Debo decirlo sin modestia; no he encontrado una cana en mi cabeza, ni un desfallecimiento en mi corazón, ni gota de veneno en mi sangre, ni un adarme en mi espíritu de cansancio. ¡Ah—me he dicho, como Chenier,—morir teniendo en mis manos rebosante la copa de la vida! Todavía no, amigos míos. ¡Todavía no!

Y matar á los viejos... ¿por qué? Por mi parte no me siento verdugo, y además, ¿cómo conocer á los jóvenes? La juventud es idealidad, y hay tantos hombres sin ideales... La juventud es vida, y hay tantos hombres muertos... Hay quien se inclina al peso de los años manteniendo su espíritu inflexible y quien camina gallardamente con la mocedad en el rostro y lleva la conciencia encorvada en fuerza de ajusticiarse en ella á sí mismo.

¿Hay que matar á la decrepitud? Matemos. Pero sepamos de una vez en dónde están los jóvenes, para aclamarles, para coronarles de pámpanos, para sentarles al banquete socrático, en espera de la arrebatadora elocuencia que nos cautiva, del noble entusiasmo que nos atraiga, y sin el cual la juventud no es sino una anticipación desventurada de esa edad en que el corazón se deseca y la idealidad se marchita.

—Vecina: por una vez el periódico ha hablado como un libro. Es preciso matar á los viejos. Hoy es ya Carnaval y voy á celebrarle decapitando mentalmente todo lo viejo, todo lo rancio, todo cuanto representa anacronismo, debilidad, degeneración y agonía. He afilado bien la segur. ¡Oh viejos, preparaos á bien morir!

Pero vosotros, jóvenes escépticos, fríos, agotados, degenerados, enfermos, especuladores retrógrados, misonieistas hipócritas, preparaos también, que aquí está Guillotin con su limpia cuchilla. Tenéis cabellos negros. Pero ¿yo qué sé si os los habéis teñido? Podéis llamaros jóvenes; pero la decrepitud tiembla en vosotros.

¿Que no me entiende usted, vecina? No importa. Sé que va usted á Recoletos y puede ayudarme á matar gente vieja. Si ve usted que un joven le asalta, le empuja, le maltrata, le arroja papelillos al rostro, le golpea con objetos ridiculos y ríe brutalmente, dele usted por difunto. Es un viejo que se ha teñido las canas, un valetudinario que no ama á la mujer, que no conoce las ternuras de que es capaz. Si encuentra usted un arrogante mancebo que se santigua en plena calle, que abomina al hablar de los adelantos modernos y asegura que es necio luchar por las ideas, avise usted á la parroquia para que le preparen y no vaya á perder con la vida la bienaventuranza.

Vamos á acabar de una vez con lo viejo, con lo gastado, con lo que se cae por flojedad ó por podredumbre. Para rato tenemos, vecina. Pero ¡por Dios! no vaya usted á matarme al Carnaval, que ya está el pobre bastante apurado, sin necesidad de puñal de misericordia.

Ya verá usted, vecina, ya verá usted, fuera del sol que nunca se apaga, fuera de la belleza que siempre se renueva, cuántas cosas viejas hay esta tarde en Recoletos. Los mascarones, los atropellos, los cien mil desgraciados que van á ver con mansedumbre cómo se divierten dos mil afortunados con dinero. Y en el alma de todos, ¡cuánta vejez y cuánta ruina, cuánto sillar sacado de quicio, cuánto puntal apollado, cuánta pared que se hace polvo! Tendremos que matar á tantos... á tantos, que aquello va á ser un retablo en que toda mujer será Melisendra y todo varón el Rey Sobrino. Vaya usted quitando cabezas de gente que piensa como se pensaba en tiempos del Cid, ó de Torquemada, ó de Calomarde; de gente gastada, escéptica, que se burla de la vida para disimular su agotamiento; de gente que se asusta de todo, que se escandaliza de todo... ¡Bonito va á quedar Recoletos en Carnaval!

Y aun es fácil que á nosotros mismos nos alcance la pena. Todos llevamos algo viejo adentro, muy adentro, algo caduco que con sobresalto sentimos vacilar y desmoronarse y caer envuelto en monótonas melodías... En fin, la ley es dura, pero hay que cumplirla. Todo lo viejo estorba. Y si nosotros también perecemos en aras de esa gran juventud, que no parece por ninguna parte, ¿qué le hemos de hacer, encantadora vecina? Que nos entierren juntos.

* *

Frente á la majestad de la noche, ante la línea rígida de una planicie destacada en horizonte abierto, mirando la bóveda azulada por la luz de la luna, ha venido la blonda adolescente á sentarse junto á mí en la terraza.

Nos bañaba una luz indecisa, algo como una tenue fosforescencia producida por el esplendor sideral; se escuchaba detrás de nosotros rumor de hojarasca, agitadas por ráfagas sutiles: un pájaro nocturno hacia vibrar á lo lejos su débil é isócrono grito.

Un perfume á cosas vivas é intensas se escapaba de la tierra adormida, impregnada en aromas nupciales. Una magnificencia lujuriente parecía extenderse por todo el espacio infinito. Ha sido entonces cuando, volviendo hacia mí sus ojos glaucos, sedientos de luz, haciendo ondular las rubias guedejas, me ha dicho aquella tierna mujer en promesa:—Explicame lo que son el mundo y las cosas.

He sentido aguzarse mi oído, afinarse la percepción en mis pupilas, exaltarse mis sentidos en una especie de catalepsia hipnótica, y he visto á distancia, como los místicos, como los visionarios, como los sometidos á sugestión.

Y he mirado bajo las alfombras de césped combatir los gusanos por la simiente ó por la brizna, y en las aguas luchar á los animalillos microscópicos por la presa más diminuta aún. Y he visto que cada eclosión era un sacrificio y cada rumor una queja y cada sacudida un triunfo y una derrota.

En todas partes el desequilibrio, la desigualdad motivando el empuje, y el empuje el nivel momentáneo. La lucha del fuerte contra el débil; doquiera la fuerza brutal imponiendo sus dictados mecánicos. Y arriba, el espacio solitario de deidades, desamparado de providencias, surcado por satélites muertos, por astros incendiados y por mundos vacíos.

Y la adolescente ha repetido su cariñosa sú-

plica, y su voz tierna, mimosa, casi doliente, ha modulado otra vez las mismas palabras:—Dime lo que son el mundo y las cosas.

—El mundo—ha contestado—es una hoguera encendida al beso de los átomos, donde todo fulge sin consumirse. El cielo es una bóveda trasluciente, bajo cuyo fanal luminoso vagan los espíritus soñadores, embelesados al contemplar el parpadeo de las estrellas.

El sol es un genio invisible que vaga en su carró tirado por corceles de crines de fuego. A su paso derrama la abundancia y la vida. La luna es un alma solitaria esponjada de auroras, que va vertiendo melancolías bajo doseles gigantescos, tachonados de sueños que brillan y esperanzas que fulgen.

Los árboles son hijos de las selvas, que al columpiarse nos fingen leyendas románticas; los ríos son lechos movibles, en que reposan cánticos y en que bañan sus cabelleras las hadas de los bosques; los mares no son sino valles risueños, en cuyo suelo hay selvas de coral y alcázares purpúreos y nácarinos, pero cubiertos de un manto de plata que unas veces se deshace en espumas y otras se despliega con grata mansedumbre para cantar el himno armonioso de la alegría y del amor.

La niña, embelesada, me ha mirado con sus ojos abiertos. Se ha pasado la mano por la frente y luego ha murmurado muy quedo:—¡Eso mismo es lo que se me ha dicho muchas veces!

¿Para qué romper el ensalmo, deshacer la ficción, quebrantar el ensueño? Alumbrar las cavernas, ¿para qué? Dejemos que en su seno dancen los gnomos. Ellos, con sus diminutos martillos de plata, labran la única dicha, y con sus prodigiosos

buriles cincelan y esculpen esos bajorrelieves fantásticos que el tiempo implacable se encarga de borrar.

*
*
*

Es un secreto, un secreto que todos sabemos: el teatro clásico muere. Y aun hay algo más triste: debe morir. Pese á los meritorios esfuerzos de María Guerrero y Díaz de Mendoza, el drama no agrada á nuestro público. Las mismas obras de los genios de la dramática española necesitan ser, ¿cómo lo dire?, *frivolizadas*, para pasar entre murmullos y bostezos. Lo serio desentona en esta sociedad enemiga de todo lo grande. El verso no pasa; la prosa lírica, tampoco. ¿Qué hacerle? Esta es la generación del *morrongo*. No podemos enseñar á nuestras mujeres en el teatro la virtud, la hidalguía, la abnegación, el desinterés. No. Nos despreciarían demasiado.

Pero no hemos de echarnos la culpa á nosotros mismos. Es que no hay autores. Si fuera en el extranjero... Sobre todo en el Norte. ¡Ah! ¡Ese Ibsen! ¡Aquel Suderman! En fin, que no hay autores. Y por eso, por llenar tan sensible vacío, todos hemos escrito un drama. Un drama inspirado, trascendental, moderno, que guardamos en un cajón esperando la mano de nieve... que ha de rasgarlo.

Eramos casi adolescentes cuando leímos á nuestros amigos las primeras escenas.—¡Chico, eso está muy bien!—nos decía alguno con fingido entusiasmo. Pero nosotros vislumbrábamos en su mirada burla ó desprecio, y rompíamos las cuartillas. Verdaderamente, aquello era cursi. Pronto rehacíamos la labor, sin embargo. Otras

veces se nos decía francamente que nuestro trabajo era una tentativa, y hubiéramos querido despedazar al censor cruel y sincero. Todo pasaba pronto; y á solas, vertiendo lágrimas de rabia ó de desconsuelo, nos decíamos que tenía razón; que no habíamos acertado á romper los moldes de la vulgaridad; que debíamos renunciar á la literatura dramática. ¡Renunciar! Era demasiado doloroso. No haríamos el drama; no llegarían á tomar cuerpo los personajes, á los cuales veíamos ya agitarse, hablar y entusiasmar al auditorio; pero nos propondríamos siempre hacerle. Y el drama allí estaría, dentro de nosotros, abrumándonos como un destello de grandeza, resonando en nuestro interior como un vago preludio de gloria. Poco á poco nos fuimos acostumbrando á nuestro papel poco modesto de genios no comprendidos, y esto dió á nuestra expresión algo doloroso. Nada hay tan triste como una injusta vanidad frustrada.

Entretanto fueron desapareciendo de la escena del mundo todos los seres para los cuales hubiéramos depositado lauros y palmas. Las canas han blanqueado nuestra cabeza. Otras ideas, otros procedimientos han sucedido á los que quisiéramos imitar, y nos encontramos cada vez más distanciados del triunfo. Pero no nos consideramos vencidos. Terremos nuestra drama, escrito ó no. Y miramos con altivez en derredor nuestro como si tuviéramos la conciencia de ser vencedores un día.

Todos los años leemos con avidez el nuevo cartel que anuncia la próxima campaña teatral. Allí están los títulos de muchos dramas nuevos de otros tantos literatos dichosos. Sentimos entonces el escozor de la humillación. Nos parece

que todos aquellos autores nos roban un sitio que era nuestro, que se nos posterga, que se nos injuria. Sin embargo, nuestro drama no está aún escrito ó no ha salido de su escondrijo. Si no se representa, ¿qué culpa tiene nadie? Volvemos la espalda al cartel con despecho. Decididamente, el teatro está en decadencia. La verdad es que no hay autores.

Un día se nos habla de intentar la empresa, de dar forma á nuestro pensamiento ó sencillamente de sacar del cajón en que yace el empolvado manuscrito, y sentimos una sacudida de terror. Suponemos que el público ha perdido el buen gusto y que pudiera rechazar nuestra obra, el hijo amado de nuestro corazón. No. No nos atrevemos. El drama permanecerá allí: en los limbos de nuestro pensamiento inconcreto ó en la soledad del estante. Todos los días podremos fijar la mirada sobre su manoseada cubierta y recrearnos leyendo en sus gruesos y floreos caracteres: *La Nueva Iliada*, drama en tres actos y en verso, por don Fulano de Tal.

Y así seguiremos hasta que nos sorprenda la muerte. Después... Después un día nuestro sucesor tomará el manuscrito en sus manos, y, colocándole sobre un montón de papeles viejos, dirá entre compungido y mohino, si es que no con supina indiferencia: ¡Qué cosas tenía papá!

*
*

En sentir de los aficionados á la fiesta de toros, hay en ella dos cosas incomparables: la ida y el desfile. ¡Lástima que este elogio de lo que precede y sigue al espectáculo sea su condenación más sincera! ¿Qué diversión es esa cuyo deleite termi-

na apenas comenzada, para no reanudarse sino en el momento preciso de abandonar la localidad y salir del circo? Admitiendo como buena la razón de quienes se entusiasman con el estrépito de los carruajes, las voces aguardentosas de los cocheros, el colorín de los tocados y el espectáculo de la muchedumbre, la llamada fiesta nacional pudiera hallar defensa sin más que suprimir el toro y el torero, los dos protagonistas de esa lucha, en la cual el primero pone la nobleza, el arresto gallardo, la valentía y el poder, y el segundo la astucia, el recelo, la huida y el engaño.

Tranquílense los aficionados. No he de repetir los argumentos innumerables aducidos en pro de la supresión de su diversión favorita. Ni diré que el toro no es fiera, sino un animal útil y manso, cuando no es atormentado cobardemente; ni que es innoble recrearse en el sufrimiento ajeno, ni aun siquiera que demuestra poco valor presenciar un combate desde el tendido. Ni recordaré á Jovellanos, ni á Fernández de los Ríos, ni aun á aquel embajador marroquí, quien interrogado por su opinión sobre las corridas, aseguró que para veras le parecían burlas y para burlas veras. Por mí, pueden los españoles seguir aplaudiendo al *Niño de la Tomasa* y al *Costra chico*. Ir contra la corriente quédese para la señora del molinero; mas no para quien sabe que está en un país en en donde se celebran *corridas patrióticas*, como si todo nuestro patriotismo debiera resolverse en correr.

Lo que no puedo menos de declarar es que lo que produce más pena, cuando el público sale de la Plaza, es ver á una mujer con mantilla blanca, hermosa, olímpica, reclinada en los almohadones, envuelta en blondas, ornada de claveles que

parecen huellas de besos sangrientos, que contempla á las gentes como debe contemplar la libélula el hormiguero desde la perfumada corola de un mirto. Si en mi mano estuviera hacerla descender del carruaje, lo haría y, disponiéndola un trono de flores, después de prosternarme ante su hermosura, le dirigirla mi temblorosa palabra en esta ó parecida guisa:

—Señora: Aquí como en Australia, en la China como en la Nubia, es la mujer desgraciada víctima de la brutal ferocidad de los hombres. Condenada á la ignorancia y á la pasividad, destinada á ser mueble de lujo y objeto de placer, alejada con soberano desprecio de toda labor intelectual y moral, apenas si su emancipación es un tropo articulado en el Calvario por labios divinos. Ella está condenada á esperar en vano el amor que pasa; ella ha de resignarse á sufrir al bueno ó al malvado que le toca en suerte; ella ha de dar sin protesta sus hijos á la guerra; si trabaja, su labor se equipara á la de la bestia de carga; si vacila, se la condena; si cae, se la escupe. Agobiada de obligaciones y deberes, carece de derechos. No se concibe que tenga inteligencia, ni voluntad, ni siquiera afectos. Su papel es el de satisfacer ansias groseras. Fuera de esta función, su misión es tan pobre como la de la flor; cuyo perfume aspiramos para arrojarla después que sus pétalos quedan marchitos.

Más de quinientos hombres, que se llamaban caballeros, acorralaron el último viernes á una mujer en la Puerta del Sol. Llorosa, llena de rubor y vergüenza, fué abofeteada, pisoteada, arrojada como una pelota de un lado para otro, con los vestidos negros rasgados, y maceradas y heridas las carnes, sólo por haber sido confundida con una

hetaira (1). Todos los días vemos amantes despechados que acuchillan á sus queridas, maridos que golpean á sus esposas, padres sin freno que martirizan á sus hijas. Todas las almas nobles claman en vano pidiendo un poco más de misericordia, de piedad, de respeto, de enaltecimiento y dignificación para la mujer.

En estas condiciones, educar á los hombres, llevar á su corazón sentimientos piadosos, á su cerebro ideas de bondad, justicia y ternura, es meritorio. Endurecerle, acostumbrarle á la ferocidad, á la sangre, á la barbarie, es funesto. ¡Y ha de ser precisamente el esclavo, el vencido, el mártir, quien se haga cómplice de esa triste labor! ¡Ha de ser la mujer humillada quien aficione al hombre á la lucha; despreciada, quien le sugiera soberbia; herida, quien le habitúe á la crueldad! No. Su misión es humanizarle, hacerle más piadoso, más noble y tierno. Y si esto no se lo aconsejara su deber, debiera dictárselo, aun cuando sólo fuera por el terror de su instinto.

La acusación más grave que se hace á la mujer para justificar su vil estado de dependencia, no es, como se viene creyendo, su menor desarrollo intelectual, no es su ineducación, no es siquiera su propensión á la fatiga y á la pereza; es su supuesta incapacidad para todo sentimiento impersonal, para toda delicadeza afectiva. Se la supone dispuesta á la sensiblería, á la emotividad de escaleras abajo. Jamás á la emoción pura y sincera que producen las grandes ideas y el ansia de perfeccionamiento y mejora. Ella se deslumbra ante el colorín; ella sólo sabe ver á Dios en el templo, á la patria en la bandera y los uniformes,

(1) *hetaira*.

á la verdad bajo las mucetas, á la caridad en los festivales. Se la equipara al triste salvaje á quien deslumbran los espejuelos, pero que es incapaz de admirar la belleza del color y la línea; á la lugareña que prefiere las toscas bayetas á los más finos y hermosos brocados. ¿Es ocasión para la mujer de prestar solidez á esa falsa creencia, dejándose deslumbrar por lo cursi, lo aparatoso, lo falso, por el valor de relumbrón, el patriotismo de zarzuela y la coquetería de villorrio?

Hoy mismo otras mujeres lloran con llanto amargo la dura ley que obligó á sus hijos y esposos á fingir arrestos y simular desplantes. ¡Pobre *Espartero!* ¡Desventurado Antonio de Dios! Ellos pensarían en la soledad de su infortunio que su corazón les deparaba otra suerte y su inteligencia otra senda que la que conduce á morir en presencia de unas hermosas, que jamás fueron dignas de emanciparse del Gineceo.

La mujer se suicida con su propia ignorancia. Pone todo su empeño en parecer sensual y así se la considera sólo como hembra; cifra todo su afán en endurecer y encallecer la mano bajo la cual padece servidumbre. Medite usted, señora, si su presencia en ese espectáculo que hace á los hombres feroces y duros no es una triste complicidad, no es á manera de un suicidio, un nuevo título á la servidumbre femenina, en perjuicio de tantas mujeres que no tienen mantilla blanca, pero de cuya emancipación depende el porvenir de nuestra patria y el destino de nuestros hijos.»

Esto dicho, la acompañaría de nuevo al carruaje. Y si sonreía indiferente, si arreglaba con indiferencia sus blondas, si aspiraba con goce sensual el perfume de sus claveles, que parecen huellas de besos sangrientos, desesperaría de una

vez para siempre de la dignificación de la mujer, y aun de su misión y porvenir en la tierra.

* *

No hace falta leer á Dupuis ni á Volney para suponer que el miedo á los truenos ha hecho muchos devotos. El horrisono tableteo que redoblaba las cóleras de una fuerza brutal é ignota; la cárdena fulguración que amenazaba incendiar la cúpula del orbe, y luego, tras la granizada, la centella hendiendo los troncos, quemando las mieses y aniquilando á los seres vivos, les sugirió la idea de una divinidad enojada, á la cual había que aplacar por todos los medios.

Se acudió, pues, á los sacrificios y á las ofrendas, á las luminarias y á los cirios. Ante los cúmulos y los cirros henchidos de fuego y fragor, la campana timbró sus dobles, ante los cuales unas veces se alejó la tormenta y otras provocó los sarcasmos del escéptico Diderot, arrasando el templo y pulverizando en ocasiones el ara misma del sacrificio.

Pero un hermoso día, allá en Norte América, un aprendiz de jabonero dióse á estudiar los fenómenos físicos é inventó el pararrayos. Comprobóse la utilidad del invento, y desde aquella fecha, los templos, las mezquitas y las sinagogas siguieron mostrando sobre sus rotondas el signo de su fe, estatua ó fetiche, cruz ó media luna; pero, un poco más alto, encaramaron el pararrayos del viejo Franklin, *por lo que pudiera tronar*.

* *

Cada vez que el pedrisco asuela los campos, me represento el cuadro lastimoso que nos describe Turmo en *Miguelón*. Pueblos enteros, manadas si queréis de gentes huérfanas de cultura y de energías morales, han trabajado un año entero, con el ardor de la codicia en consorcio con la miseria. Han vertido sobre la tierra todo el sudor que pudo exigir la maldición bíblica; han arañado un día y otro día la costra ingrata y han visto crecer línea por línea los tallos jugosos como una promesa ungida de ensueño. Por esa labor han olvidado amores y alegrías, han luchado entre sí como lobos y han sentido extinguirse en su pecho los más hondos afectos. Y un día se presenta la nube plomiza, con su hervor trepidante, se detiene al fin sobre los campos verdégueantes y comienza el azote. Hundido en la oquedad de una peña ó guarecido bajo los desuncidos carromatos, el labrador ve con suprema angustia rebotar los primeros bloques del granizal. Cada nuevo golpe repercute en su toscó cerebro como un estampido. Luego descarga, por fin, con la rabia brutal de la fuerza ciega todo el meteoro; ni una sola brizna permanece erguida, ni la más fuerte espiga deja de troncharse. El torrente de piedra ya no brama, ruge el grito inmenso del vencimiento, el supremo alarido de la desesperación irremediable. Y cuando la nube se rasga y un rayo de sol alumbrá el desastre total, el labrador está allí rendido, con la cara oculta en las manos, sollozando muy quedo el anonadamiento, la agonía, mientras la mujer contempla embobada arder sobre la mugrienta tarima ó el mueble patriarcal el cabo amarillo que encendió en la misa mayor sobre las viejas sepulturas.

Hay que hacer algo más que llorar; hay que

rebelarse contra el destino. ¿Para qué no decirlo? Hay que apagar sin piedad unas luces y encender otras.

* * *

Las grandes tormentas son propias de los pueblos en que arraigan los grandes errores y cobardías. Nadie puede ignorar que hay una lluvia mansa, tranquila, que en Europa se llama *lluvia civilizada*. En los países que la tienen por patrimonio, los grandes bosques dejan escapar por los extremos de los ramajes la electricidad que neutraliza la de las nubes. El suelo, esponjado por las raíces, contiene las aguas, y en vez de verterlas á torrentes en cauces que parecen hendidos por garras de Satán, la retienen y la evaporan para que fecunde los valles cercanos. Allí, los explosivos, en vez de reservarse para las romerías, se utilizan como granifugos en disparos y chupinazos. El Estado protege ú organiza la Asociación y fomenta enseñanzas agrícolas, y cuando la granizada, por rara excepción, sobreviene, aparece el seguro para remediar infortunios y para secar lágrimas.

Aquí lo hemos talado todo: el bosque de ramajes y la selva moral. Abúlicos y aniquilados por treinta siglos de servidumbre, nos parece un deber impetrar de los santos lo que pudieran procurarnos los hombres. Y el granizo nos sobrecoge. No es sólo un gran desastre; es un inmenso remordimiento.

Pero esto no puede durar. Hay que intentar de una vez mirar á las nubes de cara y preguntar si puede remediarse con hierro lo que no ha podido evitarse con cera.

* * *

El origen de la tiranía reside en el cuerpo social; está en el criterio fundamental erróneo que da á un hombre facultad para disponer de la vida de otro y considera que el dolor es fuente de vida. Está en el ascetismo con sus penitencias groseras é infecundas, en la intolerancia con sus suplicios, en el despotismo con sus persecuciones, en esa doctrina inhumana que se traduce en máximas salvajes como la que asegura que la letra con sangre entra y que el loco por la pena es cuerdo. Así todos llevamos dentro un tirano porque hemos sido amamantados en unas enseñanzas sombrías, que, divorciando el cuerpo del alma, han erigido la expiación en bienaventuranza, la crueldad en pedagogía, la persecución en obra piadosa, en medicina el látigo y en escuela de ciudadanos la lucha de fieras. Y de esta manera, no pudiendo romper ese círculo metafísico, volvemos siempre al punto de partida, como en los *corsi é ricorsi* de Vico, pasando alternativamente por el progreso y por la barbarie, por la libertad y por la servidumbre.

* * *

Parece que en el Hospital ha sido muerto un loco á palos. Hace ya un siglo que Pinel, en su *Nosographie*, expresábase en estos términos: «Es preciso tener para el enfermo el mayor interés y la benevolencia más afectuosa... Esta tarea debe también cumplirse por la persona que secunda al médico y por quien tiene la dirección del establecimiento para la policía interior. Necesaria es asimismo la mayor vigilancia sobre los sirvientes, para impedirles que cometan actos de violencia, ni aun meramente ofensivos al enfermo.»

De entonces acá, la ciencia de las enfermedades de la inteligencia, de la memoria, de la voluntad, de la sensibilidad, del cerebro, en suma, se ha constituido y ha caminado muy aprisa. Aquí permanecemos en nuestro *ars curandi* tradicional. Pudiera decirse con Renan que vivimos de los perfumes de un vaso vacío; pero quien se consagra á la ciencia y quiere imitar el modelo hipocrático, viene obligado á llenar por sí mismo los pebeteros y á transformar su cerebro en mirra.

¡Castigar, atormentar al loco! Pero ¿quién es capaz de declararse cuerdo, si desde el genio hasta la locura media sólo una vuelta de la clavija de Clavileño? Ferri, Lombroso, Garófalo han demostrado que no solamente la locura, sino el delito, son formas de anormalidad patológica. Muchos siglos antes, Cicerón en las Tusculanas planeaba la patología de las pasiones cimentadas ahora por Maudsley, Ribot y Mantegazza. Estudiemos. Tras el saber, ¡cuántas cosas se nos darán por añadidura! Y profesando ese escepticismo activo y racional de que nos habla Goethe, esperemos que la muerte de ese vesánico, convertida en enseñanza clara, pueda en los cerebros equilibrados apellidarse resurrección.

* *

Padecemos sed: he aquí todo; sed de lluvia ó riego, como esas yugadas que blanquean su árida desnudez bajo las descarnadas antenas del saltón amarillo; sed de cultura, cual esa desdichada ninfomaniaca que desnuda á su amante la ropa talar para sepultar en su seno la navaja de muelles; sed de bienestar y justicia, como esos mineros que rugen su agonía titánica bajo las

desplomadas moles de piedra y hierro; sed de amor, como ese niño que, mordido por un can hidrófobo, se suicida por temor á recibir la muerte de manos de sus progenitores, después de clamar una y cien veces, todos los días, con la venda del llanto en los ojos y la argolla del miedo en la garganta: — «¡No me mates si rabio, mamita! ¿Verdad que no me matarás?»

Un ardor satánico nos devora. Como el falsario dantesco, nuestra alma sitibunda *un gocciól d'acqua brama*. Pedimos con desgarradores lamentos un hilo argénteo del caudal del Arno; una gota de amor, de justicia, de misericordia. Abrasados en el ansia misma de vivir, cegamos en nosotros la comprensión del por qué vivimos, idea que llamaba el gran Antonino fuente que nunca se debilita y manantial que jamás se agota.

* *

Medio hundida al peso de las nupcias de la incuria y el tiempo, he visto la tapia del huerto monacal. A mi espalda se alzaba el caserío vetusto, albergue de hediondez, y más allá, bajada la escueta pendiente, serpeaban los barrancos cubiertos de arena. En aquel líbico desierto sólo aparecían dos manchas verdequeantes: una la señalaba el jardín del balneario; otra se mecía sobre los dismantelados bardales del huerto monjil. Fuera de allí el agua estaba proscrita. La industria de apropiarse los manantiales con carácter legal y la de regenerar y salvar los espíritus monopolizaban toda fecundidad y toda frescura. Golpeó suavemente la puerta mi guía: sonaron rumores de pasos tras la desclavijada armazón, abrióse cantando el agudo hemistiquio del gozne,

y apareció ante nosotros un hombre cubierto de un balandrán.

Su porte era donairoso, sin afeminamiento; su habla fácil, sin garrulería. Su mirada era escudriñadora y franca. Esopo la hubiera encontrado en el secretario de sus asambleas zoológicas. Acogiónos afable y lamentó el extravío de la llave del palacio contiguo al convento. Era una lástima. Deseábamos ver las figuras que tanto horrorizaron á las madres cuando se trató de erigir el panteón de la casa de A. Ahora iba de veras; el panteón se hacía con el donativo de persona piadosa. Pero no se podía entrar en el palacio por varias razones; la primera porque se había perdido la llave. No preguntamos la segunda.

Peró no desistimos de contemplar el huerto privilegiado, en donde el agua henchía los atanores y las ondas de los estanques columpiaban los pétalos de la flor del granado como diminutos bergantines encendidos. Llegamos al dintel; el buen señor nos cedió el paso; pero mi compañero le contestó humildemente:

—*Primus Sacerdos.*

Amplio el huerto cercado, con más de cinco ó seis hanegadas, le limitaban al Mediodía los muros del templo conventual. Sobre los firmes contrafuertes de sillería del enorme editicio, cuyo imafrente es copia de otro de la corte de los Felípes, ceñían á manera de astragalos sus cordones trepantes las hiedras; y en torno de los salientes canecillos, en que enclavaron sus colmenas, volteaban las abejas como las chispas en la girándula.

Una sensación de inmensa tristeza, de irremisible y total abandono, nos produjo aquel huerto seco, inculto, poblado de plantas parasitarias, mi-

nado de alimañas, endurecido y osificado por la pereza ó el desdén. La última claridad de la tarde, la vecindad de la austera mole sombría, la suciedad de los estanques y plantíos, aquel desmayo de la vegetación chamuscada á la fiera solana, todo suscitaba el sobrecogimiento de las cosas manchadas de verdín ó de los animales cubiertos de escamas; la frialdad que sólo se siente en las necrópolis olvidadas ó en los despedazados coliseos.

Aquello era inaudito. Los monopolizadores del agua, los que dejaban morir á un pueblo entero de sed, dejaban aquélla perderse por conductos manidos, mientras los frutales arrollaban sus hojas mustias y los rosales retorcían sus ramas secas.

—Aquí—nos dijo el del balandrán, presintiendo nuestra sorpresa—sería preciso mucho dinero para poner la tierra en condiciones. *El agua la ha esquilnado. No tiene la tierra mayor enemigo.* Además, sin cultivo, ¿el agua de qué sirve? Lo mejor será dedicar el terreno á pastos, ó traer tierra nueva.

El sol declinaba; se extendía la sombra del murallón, encima del cual parecía doblar el toque del Ave María. Por cima del bardal se veían en las alturas las tierras en barbecho, sin rastro de planta ni señal de azadón ó laya. Tal la perspectiva de un satélite muerto.

Es verdad. ¿De qué sirve el agua sin cultivo? ¿De qué apagar la sed sin sanear las corrompidas entrañas? Hay que dejar el agua correr por los cauces y por las almas, por los campos y los entendimientos. Es preciso sangrar los ríos de agua

y de ciencia y de oro, cubrir los sembradíos y los intelectos, las hondonadas y las voluntades de acequias. Pero antes, entendámoslo bien, hay que dar muchos golpes de azada y de pico. Tuvo razón el del balandrán: hay que hacer una tierra nueva.

Mirábamos el inmenso bloque de piedra, la gigantesca base de granito sobre la cual ha de alzarse la catedral. En toda la enorme extensión que han de cubrir las naves se apretaban los muros ciclópeos, formados de sólidos prismas, recia- mente ligados por la argamasa. Mi amigo permanecía pensativo, ensimismado en no sé qué misteriosas lucubraciones, mientras yo contemplaba el arranque de los contrafuertes, capaces de sustentar el peso de las mismas pirámides. Era un potente alarde de energía, de riqueza, acaso de religiosidad.

No bien hube formulado tal pensamiento, cuando, como movido por un resorte, mi acompañante alzó la cabeza y con enojo verdadero dijo estas ó parecidas palabras:

—¡Esa catedral es un disparate solemne; es una equivocación artística y social; es un verdadero ex abrupto!

De tal manera me sorprendió tal afirmación, que no pude menos de suplicarle que explicase claramente su modo de ver.

—En todos los tiempos—dijo con sincera convicción mi amigo—se ha rendido á la Divinidad el holocausto del saber. Sin él, el tributo es pobre y mezquino. No basta doblar la rodilla; es preciso al ser religioso ofrecer lo que en él hay más alto y más noble: el sentir y el pensar.

Así, todos los pueblos, al edificar sus altares, han pedido su inspiración, no á la rutina, no á la imitación servil y mecánica, sino á su facultad imaginativa y á su nueva potencia creadora. Si labraron los hipogeos, fué porque su civilización se llamaba martillo. Fué preciso que el arte se elevara á las más altas cumbres para que en las excelcitudes del Partenón se alzara el pedestal de Venus afrodita.

Cuando la necesidad de ensanchar las naves obliga á los fieles á dar mayor espacio á los sitios en que han de congregarse, aparece en Oriente la ojiva y en Occidente el arco rotundo. En sus claves y en sus columnas imprime cada pueblo el sello de su raza. Toda la civilización árabe está en la mezquita: allí se administra justicia, porque allí está la ley; allí la sensualidad musulmana aparece y se esculpe con las lucubraciones de los poetas. La industria presta sus adelantos y la ciencia sus cábalas á la grandiosidad de esos bosques de marmóreas columnas, sobre las cuales los alicatados cantan las excelencias, no sólo de la Divinidad, sino del pueblo libre y conquistador.

Viene después la Reconquista, y en todo su proceso, al desenvolverse la matemática, desecha la Arquitectura por inútil todo lo que no contribuye á la solidez. La razón entonces se llama piedra y el arte gótico es su expresión más solemne. Truécanse los muros en nervios firmísimos que se quiebran donde las fuerzas lo solicitan. Los mismos adornos son contrapesos y resistencias. Así se llega á la diafanidad absoluta. Al servicio de Dios nace el corte de piedras, y el estudio de la Naturaleza se traduce en animales y formas y cristalizaciones ó ideas. La misma Reforma escúlpida

está en los sillares de los góticos templos con signos masónicos.

Pero ahora... ¿por dónde es eso la Arquitectura y la ciencia moderna? ¿Por dónde? Gracias á los nuevos elementos de construcción, lo que antes era racional es hoy nada menos que absurdo; lo que era necesario nos parece hoy contraproducente. Construir una catedral todá de piedra es como hacer un templo subterráneo en la roca viva á fuerza de cincel y de pico. Al lado de los modernos puentes, de los mercados, de los coliseos, de las naves transparentes y regias de las Exposiciones universales, parecerá amazotada y mezquina, pesada y torpe, con sus naves oscuras, que rememoran la superstición, la necesidad de ocultarse á los ojos de los perseguidores, con sus horrendos é inútiles murallones que aplastarán necesariamente el espíritu con su tenebrosidad de cárcel de muchedumbre esclava.

Ved. Ahora mismo ha habido que modificar el seguro desplome hacia la desigualdad del terreno con firmes murallas. Y cuando se alce esa espantosa montaña de piedra, ¿quién asegura que no vendrá abajo el producto de tanto oro y tantos esfuerzos? ¿Para qué tanto peso inútil arriba? Acaso por el gusto de rendir culto á la vieja rutina, por no romper moldes, por hacer lo que otros hicieron y no tomarse el trabajo penoso de discurrir por cuenta propia.

¿Se quiere ofrecer en tributo lo que constituye el progreso del alma moderna? Hagamos un templo moderno, esbelto, ligero, sólido sin pesadumbre, arrogante sin vano esfuerzo, difuso sin lobreque. Hagamos un edificio donde la ciencia esculpa sus últimos aforismos, donde el arte flamee con sus postreras irisaciones, donde la riqueza no se

llame estúpido orgullo y la magnificencia rinda culto á la forma. Un templo donde entre la luz y donde, por la noche, al esplendor de mil focos eléctricos, surja todo lo nuevo, todo lo joven como un torrente de savia nueva, que vigorice lo que ha de perdurar hasta el fin de los siglos...

He escuchado atentamente á mi amigo y he respetado su entusiasmo; pero no he podido menos de contradecirle; acostumbro á entrar más en el santuario de la verdad que en el Pórtico.

—Un templo nuevo. Pero ¿tú sabes lo que pides? ¡Un templo en que penetre la luz y la ciencia esculpa sus leyes! Pero ese templo se derrumbará mucho antes que aquel cuya ruina previenes, una vez que sobre él abatan su sueño de granito cien cumbres de piedra. ¿Qué sería de la luz de las lámparas ante el esplendor de los rayos del sol? ¿Qué del aroma del incensario al lado de las penetrantes fragancias de nuestra madre la tierra en celo? ¿Qué de las imágenes pintadas de almagro ante la espléndida paleta del cielo y de los campos? Habría que inventar otros rezos que apagaran el grito de júbilo de la sed de vivir; otros acordes en los órganos que mitigarán los cantos varoniles de toda una humanidad que resucita. ¡Luz, verdad, belleza palpitante! Todo eso lo buscan los hombres fuera. Los templos hoy son mucho más grandes. Para vivir, las viejas creencias tienen que ocultarse en murallas. ¿Que se caen por su propio peso? Y ¿qué le hemos de hacer?

Mi amigo me ha mirado un instante, ha estrechado después mi mano y ha pronunciado estas palabras llenas de convicción:

—Es verdad. Cada tiempo tiene sus ideales y los muertos no resucitan. Si esos muros pueden ó no sustentar todo el peso que sobre ellos quie-

ren echar las sierras y los siglos, ya lo veremos todos cuando se acabe al fin esa obra magna... que no se acabará.

*
*
*

¿Quién no recuerda al doctor alemán? Sabio, nos sobrecoge; mancebo, nos deslumbra. Trueca, en sublime metamorfosis, la experiencia por la juventud y el deleite. El amor sobrevive, pero la ciencia queda. Y los dos ideales, contrapuestos en apariencia, sólo a primera vista irreducibles, se conciertan en el anhelo perdurable de la belleza clásica y en el *Eterno femenino*, síntesis de la sensibilidad que razona y de la inefable razón que palpita.

El ideal es eso: la eterna verdad siempre nueva, la caducidad siempre joven; algo que no parece agotado ni muerto sino cuando se ve de través. Pero él vive, late y se transforma sobre las cenizas de sus devotos. Le acompaña, como a Fausto, el diablo moderno; la risa amarga. Pero cuando parece ser arrastrado por él y abandonarnos, resurge. Feliz quien una vez escuchó de sus labios: ¿Quieres, oh joven, que te acompañe al templo?

*
*
*

Renegar... ¿de qué? El vil apóstata, el necio, reniega; el sabio sintetiza y adivina el mismo ideal bajo sus disfraces proteicos. Niños, nuestra madre nos besó en la mejilla; jóvenes, una mujer abrasó en pasión nuestros labios; hombres, posan sobre nuestra frente los niños su boca encendida. Y quedan los amores, aunque pasen los besos. Y toda idealidad es un ósculo que se graba en nues-

tro cerebro, una chispa de ese fuego absoluto á que todos llevamos un haz para alumbrar á las generaciones que vienen.

¿Será verdad que nos hacemos fríos, que vamos renegando de aquellos fanatismos, que, colocados frente á frente, encendieron la luz, como los hemisferios de Magdeburgo? El amor á la tradición, á la fe en lo divino, á la clarividencia en lo que Hugo llamaba *la gran sombra*, nunca puede morir. Ella tiene sus apóstoles y sus mártires. ¿No es verdad, adorable silueta, coronada de bucles argénteos, que recogiste con mano temblorosa el escapulario ensangrentado del pecho del padre de mi padre? La pasión por la Libertad, por la emancipación de los hombres de carne, por la evolución, que ha de realizarse y se realiza, cuenta también sus perseguidos y sus ascetas. ¿No es cierto, sombra augusta, que con mano piadosa y febril restañaste la sangre de mi progenitor en las barricadas?

Morir por la fe, sucumbir por la Libertad ó por la tiranía, es lo mismo. Se puede morir por el error, cuando no lo es para nosotros, cuando representa un aspecto, una faceta espléndida de la verdad. Sacrificarse por la verdad entera... ese es el don de los elegidos, de aquellos que escuchan en todo silencio el compás del eterno ritmo y en toda discordancia la cadente armonía y el supremo compás de lo que nunca muere.

Desdichado quien no se descubre ante el sepulcro en que duerme un soldado de la verdad, que nada espera. Desplomarse al pie humeante de la trinchera, cubierto por una ú otra enseña, ¿qué importa? Cuando se muere por algo grande, es himno la metralla, pedestal el barró y nimbo la humareda.

No. La juventud no reniega de la bandera liberal, ni puede renegar de otra alguna. En las manos de un héroe, cada trapo es un símbolo, en cuyos pliegues duerme un progreso. No reniega de aquella civilización oriental que alumbró las conciencias con la sensación primordial de todas las verdades. No puede renegar de las glorias helénicas que aun ciegan á los hombres con polvo de sus alas; es latina, y nada latino á sí juzga ajeno; es germana, y en su sangre conserva el hervor de una raza caballerescas y viril. Discípula del hijo del hombre, lleva en su pecho la sensación de una cruz de fuego; engendrada por bereberes, aun siente en sus oídos el eco de las guzlas y en los ojos el brillo policromo de los alcázares mudéjares. La Reforma ha vibrado en sus nervios y, ardiendo con Servet, siente el escalofrío de Torquemada. Pero no es ni oriental, ni griega, ni latina, ni bereber, ni scita. Después de tanto beso sangriento, aun tiene otro que dar. El que la síntesis moderna pide con labios entreabiertos. Porque todo es y será de su tiempo, y hay siempre en cada instante la alta creación de una idea, de una filosofía, de un fanatismo, que nunca es el mismo, que jamás se repite, y por el cual es, no ya sólo lícito, sino necesario morir.

Y así el siervo obediente, manso como la oveja que sufre el esquila, presenta el torso flagelado y desnudo al enemigo de su zar, y cierra los ojos en un espasmo de agónica dicha sin ver al granadero que se derrumba gozoso, envuelto en la tricomía de la bandera republicana. No pudiendo mirarlo todo, saberlo todo, es dichoso quien combate y muere por algo que destella. No sabiendo mirar al sol cara á cara, aun podemos embelesarnos en el rayo que se quiebra en las cimas ó

en el que las hojas del roble subraya con firmes líneas de oro el epitalamio y la majestad de los nidos.

Bajo la boina hirvió un hondo fervor de grandeza, un ansia eterna de lo absoluto, como bajo el calumniado morrión evolucionaron los gérmenes fecundos de la ciudadanía universal. Lamentemos las luchas pasadas, las glorias perdidas, los ideales estrechos que ya pasaron para más no volver. ¡Pero renegar de lo que fué el camino, la verdad y la vida! No. Lo hecho bien hecho está. Paz á los que descansan y paso á los que vienen.

Busquemos á los niños; alcémosles hasta nuestras rodillas temblorosas, miremos en sus luminosas pupilas, hondo, muy hondo, y veamos si en ellas puede retratarse algún día la burla ó el desprecio á nuestra noble y peñosa labor. Otra madre besó sus mejillas, otra mujer encenderá el amor en sus labios; otras idealidades depositarán el ósculo de la lucha y del sacrificio en su frente. Pero renegar... ¿Qué han de renegar de nosotros? ¿Verdad que no renegaréis, chiquitines?

*
*
*

Belleza analizada es belleza perdida. El Arte es el misterio; no rasguemos sus nieblas si queremos que permanezca en nuestra copa una gota del bálsamo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

*
*
*

He ido á ver á mi amigo Pablito. Tiene ocho años. ¿Comprendéis? Un amigo de ocho años es siempre un amigo sincero que no desimula nues-

tras faltas, ni nos adula, ni nos explota, ni nos hace traición. Eso sí, á lo mejor nos olvida. Pero ¿es que el olvido es patrimonio de los pequeños?

Ha salido corriendo al recibidor y ha palmoreado de gusto al verme. ¿Por qué? ¡Vaya usted á saberlo! Yo lo atribuyo á simpatía, por lo cual acostumbro siempre á llevarle bombones.

—¡Ven!—me ha dicho; y me ha introducido en el comedor. No estaban los papás, pero sí el abuelo. Un anciano de ochenta años, retirado del ejército imperial. Un francés venerable, sepultado en un ancho sillón de cuero, vestido, como siempre, de levita, y luciendo en la ajada solapa el rojo botón de la *Legión de Honor*.

Pablito me ha permitido apenas rendir tributo á la cortesía, y en seguida ha llenado la mesa de juguetes. Primero ha sacado un rey mago; el pobre monarca había perdido la cabeza, ni más ni menos que Carlos I. A pesar del tremendo fracaso, ha sido saludado con palmoteos y risas. ¡Llor á la realeza! Después ha sido un automóvil el que se ha presentado á convertir el tablero en pista. Ha dado varias vueltas vertiginosas alrededor de S. M. Baltasar *Sans Tête*, el cual ha mirado todo aquello impasible. Era el pasado mirando friamente el presente. No de otro modo debió mirar la Esfinge el paso de las huestes napoleónicas.

—Acabarás por romperlo—ha dicho sentenciosamente el abuelo. Y era verdad. ¿En qué iba á acabar si no? Todo acaba en romperse, en deshacerse, en tornarse polvo. El automóvil no podía ser una excepción, á pesar de su señorita empin-gorrotada y su *chauffeur* de gorra de ancha visera. El niño se ha reído como quien ve esas transfor-

maciones de lejos, y ha vuelto á dar cuerda al cochecito.

—Los niños de mi tiempo—ha murmurado el veterano—eran mucho menos inquietos. Además, en visita eran más formales. Se lo he dicho á su madre. Viven poco estos niños precoces.

Me acordé con horror de la frase de *Los hijos de Eduardo*. Y no tuve tiempo de reponerme, porque Pablito desenvainó un hermoso sable y se puso á blandirlo, con grave riesgo de mis bigotes.

—¿A quién vas á defender con ese sable?—le pregunté.

—¡A la República!

—¡Cállese usted, trastuelo!—interrumpió el liñado en Sedán.

—¡Pues si no, al rey, ó al emperador, ó al zar de Rusia!—gritó el pequeño, subiéndose encima de mis pantalones.

No quise protestar. ¡Cuántos sables no habrá por el mundo iguales al de Pablito, dispuestos á defender las instituciones más opuestas, como la espada de José Prudhommel!

Pablo dió un grito y echó á correr. No se acordaba de lo mejor. Y lo mejor era una cruz de corbillón que se puso en el pecho, y una faja que ciñó á su cintura, y un palo con cabeza alazana sobre el cual ventó caballero, y un gran bonete de papel, que le daba el aspecto de un cura de Flix. Era encantador.

—Dígame usted, amigo mío—me interrogó el anciano.—¿Comprende usted que gusten los niños de los juguetes? ¿No es esa una prueba de su inferioridad intelectual?

Asenti; pero no pude menos de mirar la condecoración del viejo soldado y luego la otra del niño, ganada en lides menos incruentas. También

el abuelo tendría su sable y su faja, con borlones de oro, aquella faja colocada en el campo de batalla por todo un Bonaparte.

Después vino el teatro y presencié una función lindísima. Varios señores, vestidos de sendas casacas, saltaban sostenidos por alambres. Las señoras estaban descotadas y todos bailaban una danza graciosa. Pablito era el autor, el actor y la orquesta. Bailaron los señores á más no poder. Era aquello unpequeño Trianon. Después vino la Fronda ó Mirabeau ó el diablo en forma de mano infantil y comenzó á derribar cortesanos que era una bendición. Yo aplaudí y me sentí conmovido. Hay algo que alegra y que conmueve en toda corte que se desploma.

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

Aquello era lo bueno. Pablo tocó en el tambor una marcha acompasada y triste, pero marcial. Así debió sonar el tambor de la guardia. Después fué poniendo en la mesa los granaderos. Eran los restos de un poderoso ejército. ¡Pobrecillos! Todos, todos estaban lisiados, menos el coronel, que aun parecía alzarse en los estribos como apelando al heroísmo de los veteranos de Marengo.

—¡Honor á la virtud vencida!—dije; y me levanté.

* * *

El pueblo es soberano cuando la civilización le redime; entretanto es esclavo ó es déspota. Mientras no siente el ansia de la verdad, por ancho que sea el horizonte, por dilatados y grandiosos que parezcan sus límites, las montañas, los bosques, los acantilados del mar, son para él paredes de ergástula.

* * *

En plena temporada taurina, vuelve el telégrafo á asombrarnos con las hazañas de los matadores mimados por el público. Una de las cosas que más me han llamado la atención en estos telegramas, es la noticia de haber cortado los toreros una oreja á su víctima. Un amigo mío, antropólogo, me ha explicado del modo siguiente tan extraña costumbre:

«—Por civilizado que sea un país—me ha dicho, —no puede vanagloriarse de no haber sido teatro de canibalismo durante muchos siglos; á la lucha debió seguir necesariamente la antropofagia. Es más: no pocas veces se luchaba para comer; el vencido debía saciar el apetito del vencedor y ser despedazado para el banquete fúnebre.

Pero ya es sabido de todos que los antropófagos han preferido como más sabrosas ciertas partes del cuerpo humano. Entre ellas están las palmas de las manos y las orejas.

Se mutilaba primero al vencido para aplacar el hambre, luego para hacerse propicios á los dioses (todo sacrificio, sin exceptuar uno, es un resto de antropofagia); por fin, para atestiguar la dominación. La frase tan repetida en nuestro teatro clásico: «¡Bribón, he de cortarte las orejas!», no es sino una demostración de que llegó en España hasta la edad moderna la mutilación de algunos órganos, de las orejas principalmente, como signo de dominación y de vencimiento.

Aun nuestro pueblo infama á las malas mujeres con el mote de *desorejadas*, y el *mojar la oreja* entre los bravucones es, como resto de canibalismo, tan frecuente en Madrid y Cartagena como en Polinesia ó Taiti. Toda lesión en la oreja afrenta, desde el paternal estirón del pedagogo hasta la mordedura feroz de Turiddu.

El origen en el dialecto veneciano de la palabra *orechiotto* es explicado por la antropología italiana en este sentido. Lombroso, Garófalo, Ferrri, presentan estas mutilaciones como vestigios de las antiguas tendencias criminales.

Bien ajenos están los cazadores de alimañas de que, al cortar las orejas á su presa para alcanzar la recompensa ofrecida ó justificar simplemente una vanagloria, siguen un nuevo impulso atávico y evocan las sombras de sus progenitores con aquella regresión ancestral.

Algunas veces, el cortar orejas ha servido de signo de infamia, no sólo para los hombres, sino para ciertos animales domésticos. En ciertos pueblos se desorejaba á los asnos que conducían á los ajusticiados. Se creía que, de este modo, nadie querría poseer un animal cubierto de oprobio. Así, nada avergüenza tanto á ciertas gentes como la falta de una oreja; es un signo de servidumbre, para tapar el cual no parecen bastantes todos los tocados de Cleo.

Pudiera aducir muchos más datos para demostrar que el cortar las orejas á un animal muerto no es sino un residuo de nuestro primitivo estado guerrero, y aun que puede degenerar en tendencia morbosa, sobre todo si se relaciona con otros datos, como la herencia, el prognatismo, etc. Baste por hoy, para que usted conozca el sentido de la frase *ovación y oreja*, con que en los telegramas se da cuenta de las proezas de ciertos lidia- dores.»

Mi amigo el antropólogo me ha hecho un flaco servicio. Me ha dejado triste y turbado.—¡Ay!—me he dicho;—¡asi son nuestras glorias! ¡Cuando creemos tocar las cimas de la inmortalidad y en la arena nos aclama el concurso, puede la punta

de una oreja recordar nuestra estirpe y resucitar á la fiera que, dentro de nosotros, ruge y se agita.

* * *

El mayor enemigo del pueblo no es el rey, ni el inquisidor, ni el caudillo, ni siquiera el verdugo. Es el analfabeta.

* * *

Eso de matarse y morir por los hijos; eso del amor de las madres, se me figura que viene á ser algo así... como la *querencia del cielo*.

* * *

Un remedio al suicidio. Pero ¿cómo y por qué los hombres se matan? No es por miseria, puesto que también se matan los ricos; no es por impetuosidad, pues que también se suicidan los viejos; no puede ser por enfermedad, ya que asimismo ponen fin á su existencia los sanos. Los guerreros atestiguan que no es por miedo; los mártires que no es por soberbia. Se es suicida acaso por perturbación cerebral, porque un minúsculo y vagabundo coágulo ha bastado á ser rémora de la vida y del pensamiento, como el grano de arena que en la dolora bastó á estorbar la gloria y la felicidad del amante, menos apasionado que distraído.

Matarnos... ¿para qué? Nuestra vida ha de desprenderse en el infinito del tiempo como el fruto agostado de la palmera sobre la roja arena del oasis. Todo lentamente nos mata, y ante todo y sobre todo el amor. Nacimos para amar; esto es, para morir.

Pero ese amor que nos aniquila es el mayor obstáculo, el enemigo más formidable del suicidio. El amor más misericordioso ó más egoísta pide á los corazones enteros toda una vida; pero la va tomando lenta, callada, pausadamente. Si el infierno es un lugar donde no se ama, según afirmó la santa ó enferma doctora, los condenados realizarán el suicidio perpetuo. Para amar bien no basta dar la vida; hay que dar la constancia y la melancólica resignación de todas las horas.

Todos hemos pensado alguna vez en ese final trágico, en ese que Taine llama el postrer asilo que, pese á los poetas, carece de gallardía y sublimidad. Todos alguna vez hemos acariciado el culatín de un arma ó hemos pasado suavemente los dedos sobre el filo de una hoja acerada, sintiendo el escalofrío de un placer tan lúgubre como ignoto. Pero entonces no amábamos de veras ó sinceramente se nos figuraba no amar. El aroma de unos cabellos blondos, el ruido frufutante de unos vestidos perfumados, el calor de un brazo rosado en nuestro cuello, ha vuelto á hacernos placentera la vida. No hay ponzoña que no se evapore en la copa del arcipreste, bajo cuyos bordes danzan su ritmo anacreóntico los genios de la belleza y del placer intenso y sexual.

En las noches sombrías que todo hombre cuenta en sus crónicas secretos y nefastos, fijamos sobre el puño rendida la frente. Éramos ricos, y la fortuna nos arrebató sus discos de untuosos exergos; éramos artistas, y no acertamos á esculpir en el mármol ó en el papel los ensueños de nuestras grandezas; éramos fuertes, y la enfermedad vino á clavarnos en la inacción y el abatimiento. Entonces es cuando solemos interrogar las tinieblas, aplicando el oído para saber si hay

en la sombra una misteriosa y susurrante voz que nos llama, unos ojos para siempre cerrados que nos invitan á depositar en ellos un beso nupcial. Y todo parece que nos invita á la partida solemne; la marcha de los astros, el rumor de las frondas, la sensación de infinito misterio que nos acaricia las sienas y en el cual sólo puede abismarse el humano dolor.

Pero una voz se escucha. ¿No es ella? Si; no cabe duda. Tal vez no tiene cuerpo y es sólo un doloroso recuerdo ó una consoladora esperanza. Pero ella simboliza el eterno y augusto femenino. No podemos morir; es temprano. Aun no ha despuntado nuestra última aurora; es preciso amar.

Mujeres: por vosotras vivimos. No sólo nos concebisteis con dolor una vez; á cada momento nuestra alma se engendra en vosotras; á cada instante renacemos en vuestra adoración subyugante. No. Quien se mata no es desgraciado por ser suicida; lo es por haber perdido esa ilusión fermentada en hervores de vida, que hace buscar en vuestros brazos amantes las caricias y en vuestros trémulos y encendidos labios los besos.

* * *

En esta lucha del espíritu contra la carne, no hay Coloseo. En el silencio, en la soledad, en la sombra, han de empuñarse y esgrimirse los gladios, han de apararse los escudos, han de darse y recibirse los golpes. Para el vencedor no habrá palmas ni vitores, sino, allá en la región ideal que en la mente dibuja, fermatas de luz. Para el vencido no habrá sino la noche, pero la noche sin aurora en que ya nada podrá ser salvo, en que las

águilas del casco saludarán tan sólo con sus roncocos graznidos al ángel rebelde.

* *

¿De qué modo llevar al teatro la agitación honda, el malestar extraño que gesta é incuba acaso, y sin acaso, la más brutal sacudida que han visto los siglos? No es nuestra burguesía, única que ya asiste á los coliseos, la más apta para percibir las sacudidas que preceden á ese gran alumbramiento social. Antes bien, quisiera olvidarlas, y así prefiere las emociones suaves, los serenos y graves episodios, los finales sin susto y sin lágrimas. Además, ¿quién es el osado capaz de llevar ciertos personajes y ciertos conflictos al proscenio?

Sí; somos fríos. Hubo un tiempo en que se despoblaron las aulas y los duros y honrados bancos esperaron en vano la turba estudiantina, acuchillada bárbaramente en las calles por los sicarios del poder. Pero entonces la juventud luchaba por los fueros de la enseñanza, por los privilegios gloriosos de la que llamaba *alma madre*, luz central de verdad y de vida. Honrando á los varones austeros que con ella supieron comulgar en pensamiento y en conducta, desafiaba bulliciosa los desmanes odiosos de la fuerza. Unidos en una aspiración generosa, la libertad del aula y del paraninfo, profesores y alumnos representaban dignamente la fuerza nueva. Y bastó la protesta de un 10 de Abril para que al clamor de los escolares frente á los tercios ebrios, vacilara una dinastía y se iniciara un movimiento glorioso que asentó para siempre en España las conquistas de la Revolución.

Ahora, no. Ahora nace el motín por indisciplina

na contra las glorias de la cátedra y de la ciencia, enfrente de los hombres de honor y virtud. Surge por rebelión de los menos frente á los sabios que representan la cultura moderna. Por primera vez la agitación es entre escolares en provecho de los rancios prejuicios, de las afirmaciones dogmáticas, de las imposiciones gubernamentales.

¡Oh juventud, cuán lejos está, la que esto hace, del Pórtico y del Agora, de Salamanca y Alcalá de Henares, de Heidelberg y Maguncia y de Oxford y de la Sorbona.

* *

No sólo amor es ciego; lo es todo niño. Al pasar por el mundo, todos llevamos una linterna en la espalda que sólo alumbra la parte de camino que ya se recorrió. Más allá, delante de nosotros, la sombra se extiende. ¿En qué paraje, en qué recodo del camino debemos descansar ó rendirnos, triunfar ó morir? No lo vemos, y es mejor que así sea. Por eso nuestro paso es más firme y nuestra voluntad más segura. Un rayo de luz y habremos parado nuestra marcha, temerosos de caer en el abismo.

* *

Por grandes que sean los tormentos que nos procura el ser fecundos ó ser sabios, la maternidad es un bien que nunca se maldice y la sabiduría una majestad que jamás se abdica. Isis, al convertirse en diosa, no deja de ser madre. Fausto, al transformarse en mancebo, no se despoja de su saber. Por eso es desdichado, pero por eso es grande; y así, cuando deja la escena del mundo, ruegan por él Gretchen y Helena y, sobre los silen-

cios sublimes del espacio, se alza para demandar el perdón de sus culpas la voz del Eterno Femenino.

—El año 2000—ha dicho el joven ingeniero, arrojando el lápiz sobre las revueltas cuartillas—no será el de Souvestre, ni el de Bellamy, ni el de Wells, ni el de todos los soñadores más ó menos cándidos que han querido dibujar el mañana dentro de la cuadrícula del hoy. No hay sino aplicar la ecuación del plano inclinado al progreso industrial para comprender á qué grado maravilloso habremos llegado en la trayectoria científica. Sea N la cantidad de experimentación adquirida; P la fuerza de impulsión de la investigación nueva y R la resistencia de los prejuicios, que viene á ser la frotación sobre la superficie del plano. Tendremos que $N = P \coseno \text{ de } \alpha$, menos...

Todos hemos quedado con la boca abierta, menos don Pio, quien ha lanzado una carcajada brutal. Al punto nos hemos estremecido, temiendo un arranque de irascibilidad en el ingeniero. Pero éste se ha contentado con variar de lenguaje.

—Dentro de noventa y cuatro años—ha dicho—no habrá distancias. A las velocidades de sesenta, de cien, de doscientos kilómetros por hora, habrán sucedido las de sesenta, cien, doscientas leguas inglesas por minuto. Resuelto el problema de la aviación eléctrica, el hombre tocará con la mano la ubicuidad. Recuerden ustedes la antigua galera acelerada, piensen en los modernos automóviles y recapaciten que nos falta entero casi un siglo de verdadera progresión por cociente. No habrá noche, porque habremos convertido el empuje sal-

vaje de las mareas, el desplome de las cataratas, el azote implacable del viento, el espasmo de los temblores sísmicos, el giro mismo del planeta, en luz brillante y esplendorosa que deslumbrará las pupilas de nuestros nietos. No existirá la ausencia, esa ausencia llorada en hexámetros y ponderada en doloras y rimas, porque la electricidad hará revivir á los muertos y parecer á los exilados con su voz, su figura y su propio ademán. No tendremos sirvientes, porque una rueda, un motor, un conmutador, una aguja imantada nos acercará los objetos, complicados por el prodigio, amaestrados por el cálculo, educados por el engranaje. No habremos menester ni coliseos ni bibliotecas, porque un alambre nos pondrá ante los ojos y los oídos las armonías más sublimes, los textos más recónditos, las más inaccesibles verdades. Y aun la industria no habrá dicho su postrera palabra, porque el verbo científico no habrá hecho sino comenzar á tender el vuelo para toda una eternidad...

—Acaso todo ello suceda como usted imagina—ha interrumpido con estoica flemma don Pio.—La experiencia ha sido la Egería de todos los profetas, y la experiencia nos enseña que puede la industria hacer milagros. Pero con el mismo derecho con que usted ha inducido de los hechos presentes los portentos futuros, me atrevo á predecir que en el año 2000 ocurrirán no pocas cosas abominables. No sólo hay un plano inclinado para la industria; también le hay para su inseparable consorte la barbarie, la esclavitud, la miseria y la muerte. Es la misma ecuación invertida: $N = P \coseno \text{ de } \alpha$, más...

—¡Basta!—ha clamado el ingeniero iracundo.—¿Va usted á negarme el progreso?

—No niego el progreso industrial. Pero el otro... ¡ah! el otro todavía no se ha iniciado. Yo también pienso en el año 2000. Desde luego el trabajador, el obrero, el intelectual sin recursos, no disfrutará de los raudos sistemas de locomoción, de las luces esplendorosas y de las máquinas de recordar, oír y palpar verdades. ¿Disfruta hoy acaso de los automóviles, ni siquiera de los viejos vehículos? ¿Goza de las ventajas del teléfono, del fonógrafo y la telegrafía sin hilos? Para él sigue el mundo como en los tiempos de Epaminondas. Para él ni inventó sus telares Jacquard, ni sus presiones Fulton, ni Appert sus sabrosas y exquisitas conservas. Por sus escuelas no ha pasado la sombra de Pestalozzi; en sus viviendas no ha sonado aún la voz del primer higienista. No sólo su situación no es mejor, sino que empeora de día en día. Al esclavo se le alimentaba; al moderno trabajador de blusa ó de levita, se le exprime como á un limón y se le arroja luego al estercolero. El jornal más codiciado de todos no basta á pagar dos kilos de carne, ni siquiera un solo manjar de los que consumen los poderosos. La situación del pobre es hoy mil veces peor que ayer, diez mil veces peor que el siglo pasado, cien mil que el primero de nuestra era. Se ha adelantado en todo lo que no sirve para maldita de Dios la cosa. ¿Es el progreso? ¡Juguetes y no más que juguetes!

El cantor de las glorias del porvenir callaba, pero palidecía trémulo de sorpresa y de rabia.

—Sí, amigo mío, sí—segua don Pio;—el año 2000, el jornal de un braceró montará una peseta y el vaso de agua costará treinta céntimos y el de vino dos duros. El año 2000 habrá veinte mil miliardarios que irán por los aires atropellando buitres; pero miles de millones de seres huma-

nos dormirán en el fango sin hallar un pedazo de pan. El año 2000, esto es, dentro de noventa y cuatro inviernos, cuarenta mil mujeres y niños se reventarán día y noche para que en el cuarto de una cocota no falte el aroma llevado por el hilo de cobre con presión de mil voltios y la grata cadencia engendrada á cien leguas por el gran motor gigantesco que aprisionará entre sus ruedas los miembros tronchados de los parias futuros.

El ingeniero me ha mirado suplicante, casi lloroso. Era evidente que impetraba mi auxilio.

—Es posible—me he atrevido á decir—que hayan ustedes ambos retratado fielmente la evolución del progreso industrial hasta ahora. Representan ustedes, cada uno de su lado, la famosa antinomia de Enrique Georges. Pero creo que dentro de noventa y cuatro años no verán los hombres el año 2000.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?—han gritado ambos interlocutores.

—Dentro de noventa y cuatro años—he seguido impertérrito—habrá sucedido una de dos cosas: ó la ferocidad industrial habrá consumado el suicidio cósmico predicado por aquel socorrón de Schopenhauer, ó se habrá realizado en la historia una revolución tan grande, tan total, tan honda y decisiva, que aun no habrá llegado el año 2000; porque los hombres, en memoria de su redención, habrán vuelto á contar los años, comenzando otra vez por el 1.

DE BIBLIOTECAS
 * * *
 Todos los libros de moral parecen escritos de sobremesa.
 * * *

Es hermoso recoger en los campos mismos de Farsalia la piedra enrojecida por el ardor de las legiones, sin perjuicio de buscar luego en sus moléculas la composición del cinabrio. Es bello mirar cómo surca el espacio el rayo de Júpiter y sentir toda la grandeza y excelsitud del emperio pagano, sin dejar por eso de calcular, si preciso fuere, el número de voltios. Es consolador llorar esas leyendas que se acaban y extasiarse después ante los problemas impíos.

Hay que sentirlo todo, amarlo todo, hacerse artista y pensador y, primordialmente, veraz, para merecer la ciudadanía de un mundo que, concretándose en realidades abajo, se desvanece arriba en idealidades supremas.

Prodigar á los niños el jugo de la vida, acariar sus cabecitas rapadas ó blondas, permitir que se oculten entre los pliegues de las faldas ó busquen el sueño en el propio regazo cuando la penuria les cerca y les aflige el desamparo, es cumplir un deber, pero cumplirle por instinto. La virtud entonces se llama apremio, como en Lía y Raquel, ó dolor, como en Zepha. Consagrarles la vida cuando no es menester tal sacrificio, el fausto solicita, la juventud distrae, la hermosura envanece, el halago conturba, es verdaderamente ser madre; es ceñir la corona sin lises, sin piedras incrustadas, sin legendarios y nobles florones; pero augusta, inmarcesible, gloriosa, porque está entretejida con flores de espino.

Una reina de Francia, noticiosa de que una dama de su corte se había permitido dar su pecho al Delfín, introdujo sus dedos en la boca del niño

para que arrojase la leche que no era maternal. La madre de San Luis estimaba que nadie podía tener derecho á robarle su función sacrosanta de nutriz de sus hijos, la incomparable satisfacción de verles succionar á su pecho la vivificadora corriente del hondo manantial de la vida.

Y los grandes artistas Sanzio, Murillo, Rubens, Julio Romano, olvidando que en el mito cristiano de la Concepción y alumbramiento permanece intacta toda noble función femenina, pintaron á la doncella hebrea ejerciendo sus deberes de abnegada nutriz. Para representar á la madre de un Dios fué menester humanizarla.

* * *

Hay en todos los regocijos colectivos algo que repugna á los temperamentos selectos. El amontonamiento, el hedor á muchedumbre, la gritería ensordecedora, no deleitan á quien sabe buscar sus placeres en ambientes serenos. El amor á gritos destemplados y obscenos ante la multitud, deja de ser amor para convertirse en grosera impotencia; el festín en la vía pública se trueca en agape vergonzoso de estómagos maltrechos; la risa sin motivo, á carcajada abierta, tiene algo del grito del gorila; los colores chillones, los papeles policromos, las percalinas y los afeites deleznales, revisten á la luz meridiana un aspecto míserimo. Lo más que puede pedirse al hombre equilibrado es que mire con benévola compasión esos desbordamientos de nuestra nativa ferocidad, como mira el explorador los húmeros roídos en las habitaciones lacustres y en las cavernas del oso espéleo.

Echamos la culpa á la juventud, esa juventud

que nos va enseñando tantas cosas hondas y sabias y que un día sonreirá compasiva ante el recuerdo de nuestras fiestas sobrado inocentes, en que cien mil personas de aspecto afligido miran desfilar, como una procesión de magnificencia ignorada, á nuestra sociedad displicente, subida en carros de transporte.

Va á comenzar el curso académico y, al saberlo, se entristecen los niños. ¿Por qué? ¿No es innato en los hombres el afán de saber cosas nuevas? Madame Staël creía hallar en este noble é impersonal deseo la característica de la humana especie. Para hallar la razón de este contrasentido no hay sino hojear esos libros con que los profesores pretenden estimular la intelectualidad de los adolescentes.

Examinadlos uno por uno y veréis qué verdades nuevas estudian. Uno nos explicará el mecanismo de las lenguas muertas. Así se habló en tiempos remotos. Otro nos dirá qué guerras hubo hace doscientos siglos, según las afirmaciones gratuitas de los historiadores asalariados un tiempo por los reyes. El de más allá nos ilustrará acerca de la metafísica del siglo aristotélico. Esotro nos hará la apología de los poetas y escritores de los tiempos de Mari Castaña. Gracias si alguno nos expone los sistemas científicos de la luz, el calor y la electricidad, las teorías desechadas con justa razón en todos los centros de observación del mundo culto.

Educada de esta manera gran parte de la juventud, no tarda en devolver á la sociedad centuplicadas todas las falsas y absurdas nociones que

de ella ha recibido. Haciendo alarde de descreída y revolucionaria, siente, sin embargo, en su espíritu la inmensa pesadumbre de todo un pasado al cual califica de glorioso y del cual se enamora como los perezosos entendimientos de las cosas estadizas y muertas, recubiertas por la roña de las centurias. No le interesan los problemas de la vida y del pensamiento; no canta las magnificencias de la civilización, ni la apoeya de la liberación de los pueblos y de los hombres. No piensa sino en el Cristo que ha de volver á pie ó á caballo á salvar á los espíritus doloridos y en los machaqueos del mal medido hexámetro. No sentirá la emoción estética ante las maravillas de la vida contemporánea ó los dolores de la generación que vive y palpita, sino ante los viejos monumentos, los vetustos y desconchados paredones, las angostas y solitarias callejas, los arcaicos infolios, los caños roídos, las gárgolas rotas. Una sensación de angustia indefinible, de malestar hondo, os producirán sus pinturas, que ellos llaman ingenuas, sus mujeres exangües y místicas, sus crepúsculos tétricos, sus esculturas dislocadas. Sueña con el ayer. El mañana queda para otras generaciones más entusiastas que sepan prestar á la humanidad nuevamente el inapreciable servicio de Omar, quemando todos los viejos papelotes, y con ellos todos los caducos y arrugados prejuicios.

Vivimos del ayer. Pero de un ayer falso, convencional, absurdo. Seguimos creyendo en otras razas más fuertes, más vigorosas que la nuestra, que desaparecieron cubiertas de gloria, cuando las armaduras de los Museos dicen, á todo el que sabe anatomía, que fueron pequeñas, entecas y ruines. Continuamos entonando himnos á la gran-

deza de una España muerta de hambre y miseria, despedazada por el odio, compuesta de labriegos famélicos, aventureros sin pudor y tiranuelos de baja estofa; de frailes, estudiantones vagabundos, Rinconetes y Lázaros. Nos deleitamos ante el teatro dislocado y monstruoso clásico, diputándole por sublime las pesadeces de los disertadores claustrados y las alambicadas oratorias de los casuistas. ¡Oh la España que fué! ¡Ah los tiempos de heroica grandeza! Nuestros héroes son el Cid, que alquilaba sus huestes al mejor postor, y el impulsivo Suero de Quiñones. Nuestros modelos femeninos, aquellas damas preciosas de alta alcurnia, que envilecían las cortes de los Felipes, que no conocieron las prendas más indispensables de ropa interior, y que se sonaban, ni más ni menos que la Vallière y la Pompadour, bonitamente con los dedos.

Así, nuestros talentos más celebrados son aquellos que emplean toda una vida en averiguar detalles nimios de los tiempos de entonces; los que revuelven más polvorientos pergaminos y logran fijar la fecha de un casamiento ó de una batalla. ¡Labor imponderable, aquí donde un clamor universal reclama una transformación total de la vida y un concepto radicalmente nuevo de la Justicia, del Derecho, del Estado y la propiedad!

En vano una legión de hombres educados en el laboratorio, llenos de sangre nueva, enamorados del progreso, luchan por avanzar por la senda de la razón. Las tradiciones venerandas, las glorias que fueron, el arte que fué sepultado entre ruinas, vuelven á surgir como espectros que atemorizan á la reata. Es un trabajo de titán el que hay que realizar cada día para desembarazar el paso de escombros, de petos abollados, y cimeras

hendidias, y murallones que se agrietan, y cuadros que se resquebrajan, y pergaminos amarillos que hieden, y fuentes que no corren, y espíritus que se encierran en su concha caliza, como el caracol.

Pero es menester que lo sepamos: jamás las generaciones fueron más vigorosas, ni los ideales más levantados, ni el espectáculo de la realidad más hermoso, ni las mujeres más bellas y discretas, ni el arte más consciente, ni el conocer más lógico y razonable, ni los pueblos más dueños de sus destinos que en esta época, que ha preguntado la primera cuál es el derecho y la justicia de todos. Ha llegado la hora de reconocer que la historia nos ha engañado, porque ha sido escrita por y para los poderosos, sin otro objeto que mantener á los hombres en la servidumbre; que las ciencias llamadas morales, que las famosas *humanidades*, han sido embusteras, sin otro fin que esclavizar perpetuamente á los débiles; que el arte se ha inspirado en ideales fantásticos ó absurdos, y que toda regresión más ó menos sentimental á lo que fué y á todas sus supuestas grandezas, es un inexplicable candor, cuando no una complicidad en la labor de retroceso, de estancamiento y de tiranía.

Son muy bellas las selvas centenarias; pero hay que desbrozarlas para que en ellas aparezca el cultivo y la ganadería. Son muy nobles nuestros heroicos ríos legendarios; pero hay que sangrarlos para que fecunden las tierras estériles; son imponentes los viejos caserones; pero hay que derribarlos para que en las ciudades penetre la higiene con el aire y la luz. Deleitosa fué nuestra literatura; pero hay que hablar en lenguaje claro de cosas nuevas é interesantes. Merece respeto lo que fué;

pero necesita más atención y sereno estudio lo que será.

El hombre moderno no debe volverse para rezar ni hacia Oriente ni hacia Occidente. No puede alimentarse de semillas y tradiciones, como el chino, que se embriaga con el aroma del opio, repitiendo sentencias de Kong Fou-Tseu; ó el árabe, que se despereza en el zoco pensando en las huríes, que tuvo buen cuidado de guardar para sí Mahoma.

* * *

Una habitación soleada, aireada, limpia. He aquí un placer á que todos los hombres tienen derecho. Cientos de leguas se extienden alrededor de las poblaciones de terrenos incultos, de predios sin labor, de infecundos y tristes arenales. Y los hombres se amontonan en la ciudad en infectas y estrechas viviendas. Pero cada terreno tiene su dueño, cada cascote su impuesto, cada edificación sus enormes trabas. Y se da el triste caso de que, mientras los propietarios de modestas fincas se arruinan, los trabajadores perecen en manadas en malolientes y ruinosos tugurios. Donde el vivir entre cuatro paredes va pareciendo insoluble problema, no es extraño que la muerte haga estragos y la barbarie tenga prosélitos y la navaja esté siempre dispuesta á salir de su vaina con relámpagos de odio y vibraciones de jabalina.

Una vivienda... Todos los animales la tienen. Bajo los altos peñascales en que el águila amontona para su nido briznas y vedijas, juncos y copos, socava el oso montaraz su cubil. Haciendo perdurable la lamentación bíblica, sólo falta descansa á la sien del hijo del hombre. Nuestros en-

sueños nos fingen siempre ese hogar apacible que nunca tendremos, ese rincón amable en que podríamos criar el hijo, escribir el libro, plantar el árbol: los tres perdurables y santos anhelos. Y pensando en estos afanes que no se cumplen, veremos abrirse las grandes vías, donde se alzarán los suntuosos alcázares que no serán para nosotros, pensando siempre en un sitio apartado, lejano del centro, pero donde nuestros hijos podrían tener aire y luz, y donde, cuando los años avanzaran en despiadado curso, un manso viento impregnado de aroma, de brotes y cálices, un rayo de sol vivificador y confortante, vinieran hasta el viejo sillón patriarcal, á subir por el ancho respaldo, á enredarse en los blancos y adorados cabellos de nuestra viejecita...

* * *

Aquí donde, como en ninguna parte, fué fecunda, variada y prodigiosa la rima, buscan los poetas formas nuevas, sin ver que no es la forma, sino el fondo, lo que está pidiendo renovación. Nuestro ideal es el dinero; pero cómo elevarse, para cantarle, á las alturas serenas de la lírica? Ni Ovidio ni Quevedo debieron su gloria á la sátira, ni menos á sus imprecaciones contra el lujo y la codicia de la mujer. Hubo aquél de escribir los *tristes* y a queste sus vidas y psalmos para ceñir la diadema de la inmortalidad. El dinero, que puede hoy, por su talismánico y supremo poder, ser fuerza, salud, tranquilidad, dominación y honor, no puede ser algo que se desliga siempre de los intereses mundanos: poesía.

Ese desinterés pareció alumbrar á los hombres en sus combates épicos, en sus empresas arduas, aun cuando en el fondo se jugara con ellos el pan

la carne con dados de hierro. Hoy, dondequiera, ante los más gloriosos hechos, la lira enmudece. Puerto Arturo no es Troya; le falta una Helena y le sobra la esperanza de una compensación en dinero ó en territorios. El alzamiento ruso no es el de los siervos por la libertad ó de los pueblos ardientes por la gloria: es la desesperada y enconada contienda por el óbolo, acaso más justa que todas, tal vez más fecunda que cuantas en los tiempos le precedieron, pero sin aquella grandeza de que supo revestir la imaginación á los combates por la verdad, en que pudo sonar choque de espadas y estruendo de arcabuces, pero no tintineo de doblas ni rasgueos de plumas ásperas sobre cheques.

Un día vendrá, de seguro, en que habrá conseguido la ciencia asegurar la salud al pobre, la tranquilidad al humilde, la paz y libertad al menesteroso. Entonces, de los sauces gloriosos tornarán á ser descolgadas las arpas mudas. Aquel día volverá á encontrarse la forma, el molde, la palabra, la idea, que hoy buscan en la obscuridad á tientas los vales. Hoy no podría condensarse sino en un alarido, en un grito de rabia, en una inarticulada queja gutural que lanzarian las gargantas de los campesinos expoliados, de los obreros sin faena, de la juventud sin hogar, de las mujeres condenadas á eterno celibato, de los padres que buscan á sus hijos enfermos aire y luz que les cure y esperanza que les consuele.

Desmintiendo á Diderot y á *El Motín*, todas las superiores son buenas; pero ¿y si hubiera una sola mala? Tras los portones y las rejas y las celo-

slas y los tornos, todas las religiosas repudian el mundo; pero ¿y si una sola quisiera en vano volver á él? Todos los claustros, limpios de infecciones morbosas y de pecaminosos contagios, abren sus rasgados y airosos ventanales sobre patios serenos ó dan á huertos perfumados y luminosos; en sus celdas, enjalbegadas y tranquilas, se respiran aromas de incienso y de nítidos y albos cenadales, y un Cristo redentor extiende sus brazos clavados, como ofreciendo un supremo abrazo de misericordia; pero ¿y si en un solo claustro, en una sola celda, en un solo huerto, se escuchase á deshora, deslizándose sobre las hiedras de las lomas, enredándose en los alicatados de las ojivas, trepando por la cuerda de las campanas hasta las férreas agujas de la torre, filtrándose con los huracanes nocturnos por los resquicios de las ventanas y de las puertas, apagando la luz de los cirios y agitando las vestiduras de las imágenes, ese invisible espíritu satánico á que va unida como estridente y perdurable censura la carcajada sangrienta de Voltaire?

No. No hay maldades en los conventos. Yo lo doy por seguro. No quiero creer en esos supuestos tormentos por honor de la especie, por dignidad de una civilización que ha sido la primera en interesarse por los que sufren, en apiadarse de los que lloran, en luchar por cuantos desfallecen y sufren hambre y sed de justicia, y está dispuesta á esculpir la palabra Humanidad sobre la cúpula de San Pedro. Ni hay en el mundo frailes que aconsejen torturas inquisitoriales, ni mujeres que las apliquen en el nombre de Dios. No se da en realidad alguna el vergonzoso y triste espectáculo de una mujer separada de sus semejantes, sin protección de ninguna especie, que se arrastra

ante sus verdugos, mirando con espantados ojos los instrumentos de su suplicio, el pozo en que ha de ser sepultada viva, el altar apagado que ha de negar sus preces y los muros siniestros que han de impedir á los humanos conocer el estéril sacrificio que ha de consumarse ante la indiferencia absoluta.

Sor Patrocinio de San José ha mentido; es una infeliz y desdichada demente; una femenina Cleofás que se pasea por los tejados en busca del Asmodeo de las soñadoras epilépticas; una visionaria como su homónima de las llagas; una esfinge que esconde sobre el alero el inmenso problema de la perturbación cerebral.

Pero esa loca, esa poseída, esa demoníaca, no puede ni debe volver al convento.

Este necesita, no sólo ser santo, sino parecerlo. Debe alejar de sí toda sospecha, toda posibilidad, todo aliento empañado que se pose sobre sus vidrios.

Y la civilización, por su parte, debe abolir las rejas, descórrer los cerrojos, airear los claustros, desvanecer las sombras. La virtud no admite otros muros que los de cristal, ni otros sacrificios que los que se realizan ante las miradas de todos. Hace tiempo han sonado en las vibrantes esquinas del tiempo los maitines de la democracia. A sus ecos han de abrirse los últimos *impasse* y arrojar sus cenizas al viento, para que éste, al esparcirlas sobre los campos, haga en ellos germinar las semillas de una universal primavera riente, estallar los brotes de una vegetación lujurante y espléndida en que, bajo arcadas y claustros de ramaje, entonen su cántico de amor los pájaros nuevos.

**

Han pasado los grandes infolios para hacer lugar á los libros pequeños, de fácil manejo, en los cuales la extensión de la idea no se confunde con su intensidad.

Cuando un autor nada ha dicho á la décima página, no tiene nada que decir. Por eso los libros pequeños han sido siempre los que han transformado la Humanidad, así como los pequeños Estados han sido los encargados de dominarla.

En la Historia los pueblos conquistadores han sido minúsculos y se han llamado Cartago, Atenas, Roma, Castilla, Prusia.

En la civilización los libros transformadores han sido pequeños, como el *Ta-Hio*, el Evangelio, las cartas de Lutero, el *Nuevo Organon*, el *Discurso del Método*, *La crítica del juicio*, el *Pacto Social*, el *Origen de las especies*, *El capital*, de Marx, y la *Anarquía*, de Kropotkine.

**

Un libro magno sobre un solo asunto es una sinfonía sobre una sola cuerda.

**

Se anuncia la llegada de una princesa bella y gentil. Séanle los hados propicios. Tal es el atractivo de la belleza y la juventud, que ante su pedestal quiebran sus armas los rencores y deponen todos los paladines sus lanzas. ¡Lástima que, como todos los dones de la suerte, sea tan fugaz y efímera la hermosura! A no ser así, la historia de los pueblos no tendría ni fechas de luto, ni gloriosas ni faustas efemérides. No habría en sus páginas sino bustos divinos, ornados de olorosas

pancarias y circundados, como en las medallas obrizas, por gráficas de oro.

Hay en nuestra vida un momento—aquel en que todas las florecencias estallan en brotes y en que todas las nuevas fecundidades alumbran—en que surge en nosotros un á modo de estetismo inconsciente y en que juzgamos que la belleza sensual y plástica lo es todo. Hay en nuestra alma entonces un tempero favorable á todas las siembras. Sentimos una inusitada ternura, y sin saber por qué, pugnan por asomarse á nuestros ojos las lágrimas de Werther. El ansia es algo desconocido, nos atormenta; pero todas nuestras pasiones son cándidas y tienen su freno en la propia ventura. Es la edad de los sueños, y en ella las princesas se acercan, espléndidas, radiantes, á ceñirnos la banda del torneo ó á colocar sobre nuestras frentes los cálidos laureles del Tasso. También ellas, las adolescentes soñadoras, esperan confiadas al príncipe gallardo, seguido de pajes con halcones, que ha de venir, circundado el rostro de rubias guedejas, oprimiendo en sus manos el zapatito de cristal de la hermana menor. Todas las sublimidades, todas las nobles excelsitudes, se condensan para nosotros en un solo concepto: *hermosura*; y en una sola palabra: *alteza*.

Mas cuando empieza á eclipsarse esa adolescencia que la suerte nos dió en precario, y á surgir en el paladar el inesperado relumbre de los dolores acres, comenzamos á comprender que hay algo más digno y elevado que admirar la belleza: crearla. Y los grandes, los elegidos, los que llevan en la frente el destello y en la mano el ariete, dejan de esperar la llegada de la princesa; buscan una cenicienta cualquiera y, en fuerza de constancia, de talento y de amor, la transforman,

la enaltecen, la dignifican, y, dentro de un hogar apacible, le levantan un trono.

Y entonces, sólo entonces, cuando á los imperitentes románticos comienza á asaltar la invencible tristeza de un crepúsculo novendial, se amamos á las princesas, y más, mucho más, á todas las mujeres que no lo son y que merecen serlo. Y ese amor que antes se cifraba en una figura ideal calzada de áureas y diminutas sandalias, cubierta de armiños y ceñida de imperiales diademas, se extiende ahora á todo lo que vive y padece, á los débiles, á los oprimidos y aun á las cosas inanimadas; al pájaro que, saltando gozoso, parece rebotar en el surco; á la planta que extiende sus hojas sobre el horizonte, luminoso como un fanal; á la piedra que, inclinada sobre el abismo, destila gota á gota las lágrimas solemnes de un planeta que espera, á través de los siglos, la azulada aurora de su redención.

Entonces comprendemos que todo es hermoso, sin necesidad de ser regio. Depurada nuestra sensibilidad exquisita, hemos dejado de confundir la belleza con el relumbrón; en el teatro huímos de las hueras declamaciones, de los fieros desplantes, de las pasiones que se anuncian á gritos; en la Naturaleza, abominamos de los rudos contrastes, del estruendo y del colorín; en la vida, de las aparatosas grandezas. Y al volver los ojos á nuestra compañera que nos mira resignada y acaso llorosa en silencio, comprendemos que estuvo en nuestra mano embellecerla y dotarla de gracia, llevar á sus ojos el destello de la ventura, á su faz la expresión de la coquetería inocente, los colores á sus mejillas y la gracia á sus movimientos; y sobrecogidos de asombro, nos preguntamos si no hemos sido injustos y si aquella

mujer dolorida y humilde no hubiera calzado el pequeño zapato cristalino si hubiéramos sabido doblar la rodilla y acercarle con cariño y respeto á su pie.

Princesas... Todas las mujeres pudieran ser princesas. Lo que faltan son caballeros que las encumbren.

La belleza es un Dios. Y ¿cómo han reverenciado los hombres á los dioses? Rodeando de esplendores y milagros el culto, amontonando sobre su imagen la deslumbrante pedrería, derramando sangre inocente sobre las aras de los sacrificios. Sin esa deslumbrante aureola, no se comprendía la Divinidad; era menester que los ojos cegasen ante la luz y el fausto. Pero la Divinidad existía muy lejos de las aras y de los templos, y en la molécula más humilde realizaba su evolución suprema, dejándose de llamar Brahma y Vishnú, para apellidarse solamente Energía.

Y la belleza es eso: un Dios propagador y activo, que está en todas partes, pero que pocas pupilas aciertan á ver. ¡Felices los que saben hallar la doquiera, sin venir precedida de marcha de infantes! Más dichosos aún los que aciertan á verla impersonal, austera, en las ideas y en los afectos, en las verdades y en los sacrificios; los que, allá en un rincón del mundo, dirigiéndose á un ser olvidado, aciertan á decir con todo el fuego de su corazón:—Príncipe no soy, pero sí caballero. No naciste en un trono, pero sabrás y podrás merecerlo. Eres mujer: ¡levanta; mi princesa eres tú!

Yo era nombrado Prepósito general de los Jesuitas.

Inmediatamente me quedaba sobrecogido ante el ilimitado poder, la fuerza irresistible, la omnimoda soberanía que el destino había depositado en mis manos.

Millones de hombres fríos, sumisos, obedientes sin voluntad, siervos sin réplica, *perinde ac cadaveres*, se desparraban por el universo como semillas aventadas; y esos hombres, votados á una sola idea, la del engrandecimiento de la Compaña; obsesionados por una sola y única devoción, la del triunfo de la intolerancia, prestaban oído á mis mandatos para sojuzgar las conciencias, adueñarse de los espíritus y mover á mi arbitrio fortunas y pueblos, mesnadas y tronos.

Yo era el *Papa negro*; negro como la tiniebla sepulta en la noche; negro como la sombra de una garra afilada y rapaz extendida sobre dos hemisferios.

Y reclinado en mi viejo sillón de cuero, sintiendo asomar á mis labios la risa de Satán, extendí la mano sobre el globo terrestre y me dispuse á tomar posesión del legado ignaciano.

Pero de pronto, me detuve sintiendo un escalofrío aniquilador, como el espasmo de la cuartana. De aquel mundo parecían salir apagados lamentos, ahogados sollozos; de la esfera achatada por la pesadumbre de la injusticia, me pareció que se elevaba algo turbio y denso, húmedo y tibio, como vapor de lágrimas.

Senti entonces la magnitud de mi función desahrida y cruel. Yo tenía que desoir todas las quejas de los humildes, todos los lamentos de los atormentados. Para ser grande y para que lo fueran los míos tenía que ponerme en toda ocasión de parte del fuerte y del opresor. Al evocar el nombre de mis predecesores, el mundo se cubría

de una mancha rojiza. Crímenes, guerras, devastaciones, eran no pocas veces obra suya, y sobre el coro de los lamentos se alzaba formidable y acusadora la voz grandilocuente de Blas Pascal.

¡Ay, las madres sin hijos, muertos por la causa del fanatismo! ¡Ay, los hijos sin padres, aniquilados por la servidumbre! ¡Ay, los hermanos sin hermanos, aplastados ó envilecidos por la ignorancia! Y á la voz de Pascal sucedía el grito de D'Alembert; y á éste la execradora imprecación de todos los trabajadores de la verdad, que parecían escupirme á la frente esta fustigadora palabra: ¡Fariseo!

Y todavía, sudoroso, febril, me creía el indiscutible, el ungido. Mi poder era la quinta soberanía de Daniel; yo debo—me decía—cumplir un fin, y para realizarle, *i mezzì saranno sempre giudicati onorévoli.*

No iba, no, á ser mi voz, sino la de Clemente XIV, la que iba á resonar por cuarenta días bajo los arcos de Santa María de Lysistrata. Iba á ser la palabra solemne de aquel viejecito encorvado sobre su báculo, denostando á los jesuitas como á enemigos de Dios y su Iglesia y ofreciéndose en holocausto de la verdad, seguro de la venganza que había de anonadar al monarca Enrique.

Condenaba mucha maldad; pretendía lavar mucha sangre; quería disipar mucha sombra.

Yo, empero, iba á ser fuerte, como Lainez, como Aquaviva, como Borja, Tamburini y Visconti. Pero mi vanidad se sentía herida; no podría ejercitarla sino en la sombra. A la luz del sol no sería sino un monje malquisto, recluido en su celda. No tendría poder sobre las almas, porque no fué á mi, ni siquiera á Ignacio, á quien dijo el hijo del hombre: *Pasce oves meas.* No me sería

licito ostentar las riquezas captadas, que habrían de figurar como de otros menos escrupulosos aún. Puesto á herir, ni siquiera podría dar la dentellada del león, sino la débil zarpada de la zorra, más segura, eso sí, *perche il leone non si defendi di lacci,* pero menos noble y menos bravía.

Bajé la cabeza. ¿Para qué servían aquellas riquezas? ¿A qué bueno tanto y tan irresistible poder? Avergonzado de mi negra tiara, negando á cada paso mi fuerza, doblando el espinazo ante los fuertes, no sería sino un esclavo; un esclavo de los míos, que me observaban como á Rodin, que espían mis gestos y mis actitudes, dispuestos á todo, hasta á hacerme volver á la sombra, á aquella de que no se vuelve, porque no hay en ella tesoros, ni influencias, ni internados, ni Conclaves.

Mentira; el impulsivo fraile de Loyola no me había legado el mundo, me había dado tan sólo su ficción, como en *El mágico prodigioso* el diablo la posesión de Justina, ó en *Fausto* la juventud y el amor Mefisto. Era sólo una vana apariencia aquella grandeza para mí, fraile obscuro, harapiento, execrado, adulator hipócrita, siervo de mis vicios y los de veinte generaciones de expoliadores y aventureros.

Dentro de poco, entrarían en mi estancia mugrienta los asistentes, en apariencia á recibir órdenes; en realidad, á que pudiera perspicaz el *ad-monitor* leer en mi semblante amarillo, en mis ojos amoratados, en mi pulso temblón y en mi sofocante jadeo, la voz de mi cansancio ó el grito de mis concupiscencias.

Y me ví proscrito, olvidado, muerto quizás en la obscuridad y á mansalva, sin una flor seca sobre mi tumba, ni una lágrima sobre mi féretro

de pino recubierto de paño humilde; sin que al paso de mi cadáver se descubriera una sola cabeza ni se oyera otra oración fúnebre que la cargada sangrienta del imperecedero Voltaire.

Y entonces fué cuando rompí con mis manos el nombramiento, y rasgué mis vestiduras grasientas, y abominé de la regla ignaciana, decidido á tener á mi lado siempre un libro de cultura y progreso, ya que no tenía la suerte de poder sostener en mis manos ni una pluma ni una bandera.

* * *

Sinceramente admiro á los rebuscadores de maravillas. Su vida es agitada, como ha de serlo la de quien no puede deleitarse en el espectáculo de la Naturaleza sin bostezar previamente en ferrocarril, jurar en diligencia ó sofocarse en automóvil. ¿Dónde hay una montaña, una cascada, una gruta? Una guía cualquiera se encarga de procurar la respuesta y aun de indicar los puntos en donde es obligado al *turista* prorrumpir en exclamaciones y al escritor en tropos; tropos y exclamaciones que son perdurablemente los mismos. Fuera de esos lugares privilegiados, ni el sol tiene fulgores, ni los ramajes tonalidades, ni pureza el ambiente, ni el cielo mismo grandiosidad. No hay sino reverenciar á Panurgo y ponerse en camino.

Yo he visto suspirar á una mujer hermosa delante de la catedral incomparable de Burgos por no poder admirar la fachada de los Jerónimos. Creemos, pensamos, sentimos con pentagrama. ¿Cómo iba á sermos lícito admirar y entusiasmarlos sin guía? Llevamos una existencia Baedeker. ¿Hay que esperar? Página tal. ¿Es menester

dogmatizar ó creer ó llorar ó alegrarse? No queda otro recurso que consultar el índice. Todo ha sido previsto, menos vivir por nuestra propia cuenta.

Encontrar la belleza en todo, acertar á ver dondequiera la magnificencia de lo creado, oír en todo lugar y sitio el solemne rumor de las cosas... eso está reservado á unos pocos. Para ellos en la vida no hay jueves, y las cosas del otro jueves no son sino formas más ó menos artificiosas de la belleza augusta que está en todas partes y que pueden mirar todas las pupilas.

Hay más; no siempre la realidad supera al concepto que de ella hemos formado, pese al sentir de Byron. Por grande que sea el Océano, no caben en él todos los buques que puede esconder una sola molécula del cerebro. Jóvenes soñadores que, encerrados y condenados de por vida á trabajar en un estrecho y obscuro recinto, envidiáis á los poderosos que recorren las selvas del Kentucky ó bordean los lagos ginebrinos, sabed que todas las montañas tienen su cima muchos metros más baja que lo que vosotros creéis, y que las cascadas más rumorosas arrastran notas menos vibrantes, psalmos menos solemnes, caen de alturas menos excelsas que las que habéis forjado con llanto y deseos.

* * *

¡Cuán difícil—ha dicho Unamuno en estas ó parecidas frases—es salirse de la vulgaridad, del camino trillado, de los senderos de andadura, sin escandalizar al vulgo! Pero ya ha sentenciado el autor de la *Libertad de la voluntad*, copiando á Descartes, que el vulgo es casi todo el mundo. La libertad decantada de pensamiento puede entre

nosotros ser enunciada así: «Todo ciudadano tiene derecho á emitir libremente sus ideas y opiniones, siempre que con ellas no afirme cosa alguna que tenga ó tener pueda la menor sombra de sentido común.»

*
*
*

La tristeza es noble, es redentora; pero al hacerse estéril es una forma del egoísmo. «El hombre grande—dice Emerson—sabe conservar entre la multitud la serenidad de la soledad.» ¿Por qué no ha de ser verdadero lo inverso? Cumple á las almas varoniles conservar en la soledad esa confianza en el propio destino, ese arrebató para la lucha, ese amor á lo verdadero y lo bueno, que es el alma de las muchedumbres.

*
*
*

Pesimismo, tristezas, ¿para que? No pide esta tierra, empapada en todos los llantos, estériles quejas, sino generosos y nobles arrestos. No claman por bardos, sino por nobles aventureros, esos caminos en que blanquean irredentas cenizas; no son vitrinas, sino panoplias, las que han de volver á animar esos desvencijados portones, esos solitarios alféizares, esas melancólicas sombras claustrales que encendieron bajo sus tocas la antorcha azulada de la idealidad.

*
*
*

Los primeros romanos que sintieron la nostalgia de las cosas amadas ausentes, alzaron un altar á la risueña Domiduca, diosa que presidía el regreso al hogar doméstico. Olvidaron elevar

otro á esa divinidad ignorada que nos acompaña al visitar los lugares en que fuimos dichosos y á los cuales volvemos, al cabo de las décadas, con la nieve en las sienes y la tristeza en el corazón.

Quando os aproximáis á una de esas ciudades nobles, legendarias, que tienen sobre sus puertas claveteadas los blasones de un pasado glorioso y en sus callejuelas desiertas la austera marca de una secular pesadumbre, pero en cuyo recinto sentisteis, con los primeros transportes románticos, el alumbramiento primero de un entendimiento votado á la verdad, experimentáis cierta angustia. Teméis que el tiempo haya raído de la ciudad las cosas que recordasteis en sueños y de vuestro cerebro las memorias. No es aquel el camino por donde fuisteis ni aquella la hora en que os alejasteis de las despedazadas murallas, inclinadas como desvanecidos titanes sobre las ondas mansas ó clamorosas del río. Teméis hallaros insensibles en los lugares que os recuerdan toda una idealidad ó que contrariamente sea tan fuerte la explosión de vuestra ternura, que haga desbordar en vuestras pupilas el llanto.

Llegáis, y sin querer asociáis las antiguas memorias á la nueva existencia, que os ha pulido con labor y dolor. Al mirar aquellos balcones, viene á vuestros labios un nombre: Clara, Felisa, Eugenia; pero debajo, un escudo de piedra os dice un solo apellido: Trastámara. Aquel cerro en que esperabais evocar la sombra grácil de una mujer, os trae la de Escipión Emiliano. Habéis vivido con los héroes de la antigüedad; habéis tomado parte en las luchas de los guerreros de las reales mesnadas, de las comunidades ó los alzamientos. Escucháis en Castilla y todo os habla de grandezas deshechas y de viejas espadas tomadas de orín.

Quisierais entonces acallar la voz de los siglos para escuchar tan sólo aquellas que en la infancia os hablaron de amistad y de amor, de virtud y de ciencia, de poder y de gloria, como hablaron á Machbet las brujas, pero con voz más susurrante y con profecía menos certera.

Explicadme, antropólogos, por qué lo agranda todo el recuerdo. Todos hemos recorrido con el recuerdo, á grandes pasos, estancias que apenas miden cuatro ó cinco. Calles que á la memoria se antojan largas como la quinta avenida de New York, se os presentan después tan cortas como un beso de despedida. Si hay, como aseguraba Campamor, un cristal de color para las verdades, hay también en el alma humana un palmo ó un estadió de goma para calcular las grandezas.

¿No era más grande aquel edificio? ¿No era más alta y delicada su torre? ¿Por qué es tan bajo aquel antepecho á la remembranza, que fué tan alto para el amor? ¿Es de veras el jardín que miramos aquel en que un día caminó leguas la impaciencia de un goce tardío? Y aquel claustro solemne, de arcadas gemelas en que duermen las hiedras el sueño de las cosas que nacen junto al letargo de las glorias que mueren, ¿es el mismo que escuchó nuestras carcajadas y unió al eco de nuestros pasos el rumor de sus gárgolas destilando los copos de nieve deshechos á los rayos del sol?

Os detenéis en cada portal, preguntáis en cada vivienda. Aquel por quien preguntáis murió ya hace tiempo ó nadie de él sabe daros razón. Una nueva generación os mira con asombro ambular en torpe desconcierto, como interrogando á las piedras, á los árboles y á las ruinas, sobre todo á las ruinas. Nada acongoja al que regresa como un

edificio trocado en escombros. El lugar que santificasteis con lágrimas es no más que un espacio enigmático; el sitio en que besasteis un retrato ó en que dejasteis trémulos una carta ó un libro, es sólo en el espacio un punto ideal, que se confunde con los astros que brillan ó con los insectos errabundos que vuelan.

Si queréis someter á vuestro sensorio á las sacudidas más bruscas, á las sensaciones más hondas, acudid al templo en que rezasteis de hinojos. A la morada en que recibisteis el pan y la sal; pero buscad ante todo la escuela. Escuchad fervorosos la voz de Amicis. Buscad el Instituto. Al salir de las calles tortuosas, de encrucijadas sombrías y hurañas, le reconoceréis en seguida por su mole severa, adusta, conventual. Al divisarle creéis escuchar risotadas y cuchicheos. Pero está solitario, desierto su ingreso, cerrado el portón. No importa: llamáis con mano firme, como pudiera llamar con su espada Alarico; tenéis derecho al doliente recuerdo; nadie puede negaros la servidumbre de paso á lo largo de los muros en que escribisteis nombres y fechas, que os oyeron balbucir fórmulas abstractas ó recitar viejos y castizos romances. Queréis ver la campana que os llamaba al estudio, la escalera por donde bajaban los maestros, serios, pausados, poseídos de noble jerarquía. Naciais entonces á un universo nuevo, á un mundo intelectual que sólo os reservaba amarguras, pero el cual echaba de seguro Fausto de menos al recobrar el vigor y juventud, del cual no pudo borrar las huellas hondas ni aun la redención suspirada, conseguida de la misma piedad por el eterno femenino.

Una puerta se abre: es el aula. ¡Oh majestad augusta! ¡Oh pobres y gloriosos escaños! Todo

ha muerto, menos su noble ancianidad. Convulsos, con opresión y ahogo en la garganta, descubris vuestra frente en aquel solitario templo de verdad y de vida. Y luego corréis á ocupar vuestro sitio de alumno; aquel sitio tan codiciado, para conquistar el cual pasasteis tantas noches en vela. El día en que llegasteis á él lloró de felicidad vuestra madre, que ya no vive sino en el espacio infinito. Desde él escuchasteis la voz grave, pausada, cariñosa de un maestro que ya no alienta, pero que parece revivir en el viejo sitial para recibir el llanto que vertéis puestas las manos sobre los ojos encendidos y con el sollozo ahogado en el pecho, en holocausto.

Después salís confortados, decididos, risueños. Habéis rehecho toda una vida, y como la estatua de Memnon, podéis saludar desde vuestra caducidad á las nuevas auroras. Comenzáis á encontrar á los viejos amigos, á vuestros compañeros de estudios y de picardías, que, ¡oh sorpresa!, os abrazan y se alegran ó conmueven al veros: á Rafael, á Paco, á Ramón, á Luis, á Tomás. Todos están más viejos, medio desconocidos. El tiempo ha estampado sobre todos su huella ulcerante; pero su mirada es la misma y les reconocéis por sus nobles arranques, como al árbol de la Escritura por sus frutos. Faltan muchos de aquella legión turbulenta; les sorprendió la muerte en la cruenta, en la implacable lucha. Honor y respeto á los vencidos.

Pero los vencedores os rodean. Aquél es alcalde y ha escalado las cumbres de la fortuna. Esotro es abogado ó procurador y habla muy serio de negocios, con igual gravedad con que os acompañaba á cazar vencejos; éste es empleado ó militar, ó simple trabajador, y lleva en sus manos las se-

ñales de un esfuerzo rudo y decoroso. Todos caminan por mitad del arroyo. Aquel día se han borrado las diferencias, y habéis vuelto á llevar á las filas de los desencantados y de los tristes la franca y jovial alegría de los mosqueteros.

Pero ha llegado la hora de partir, y allí en el andén, todos estrechan vuestras manos; todos os exigen palabra solemne de volver en seguida, sin dilaciones, ni pretextos, ni excusas. Sabed, pesimistas, que el mundo es siempre bueno y que tiene goces desconocidos para los grandes de corazón.

Y parte el tren, y se agitan pañuelos, y todo se aleja, y todo se esfuma, y queda en la sombra la ciudad hidalga. Todo parece un sueño; de seguro lo es. ¡Dios mío! ¿por qué lo será?

* * *

Bajo lienzos ensangrentados, rodeado de progenitores y amigos, retratada en los ojos la agonía, contraídos los labios con el rictus del dolor torturante, yace entre lágrimas.

Una voz pregunta: ¿Quién es? Sobre su frente pálida caen ensortijados los bucles; en su labio sombrea apenas el primer bozo, como sedosa felpa de fruta madura.

Su frente parece requerir coronas de mirtos; sus hombros, severidades de togas y clámides. En su brazo nervioso figura haber dejado huella el escudo y en sus dedos la jabalina.

Y otra voz contesta:—Descubrid la frente, vosotros los hombres de amor y dolor; doblad la rodilla, los buenos, los inmaculados, los fuertes de espíritu; inclinaos ante esa figura augusta que sufre, ante esa sombra que se desangra.

No es el caudillo que esculpe la patria grandeza con cinceles de acero sobre bloques de carne viva. No es el soldado que fecunda la tierra con el jugo rojizo de una juventud malograda.

No es el sabio que da en holocausto su vida á la verdad, ni el adivino de los tiempos que á cambio del suplicio, anuncia, profetiza, redime.

Ni es tampoco el artista abrasado en la luz de su genio, consumido en sus ansias, aniquilado de una vez para siempre por lo inefable en su sueño inmortal.

Es más, mucho más que todo eso. Y he aquí que las frentes se descubren y se doblan las choquezuelas y se cubren las pupilas de llanto; porque es un hijo que ha caído defendiendo á su madre.

Por él tendrán murmullos solemnes los ríos, y estallarán en las selvas los brotes, y en los surcos germinarán las semillas nuevas, y en las ramas crujirán doblados por la brisa los pétalos húmedos y en los nidos habrá aleteos.

Para él descolgarán los poetas sus arpas de los sauces, y arrancarán á la mina los modernos titanes las moles pentélicas, para que las ablanden con sus martillos los genios y tomen forma y vida pregonando resurrección.

Porque antepuso á la propia vida la causa del vivir, y no escondió su pecho á la felonía, ni hurtó la garganta á la segur traidora; porque encarnó la vibración suprema y el espasmo infinito; porque es un hijo que cayó defendiendo á su madre.

No morirá; no puede morir. El mismo es la vida que reclama sus imprescriptibles derechos. No bajará á la tumba; es temprano aún. Temprano para sus sienes, que reclaman diademas; para

sus labios, que anuncian verdades; para su brazo, que ha de afirmar excelsitudes.

Ha caído defendiendo á su madre. El se alzará de nuevo; firme, cual la druidica encina hendida por el puñal de los sacrificios; inalterable, como en el Coloseo el escaño de los procónsules; impasible ante las injurias de las aves rapaces, como la immaculada cima del Wetterhorn.

No, no puede morir; pero si muriera, en su honor la Naturaleza salmodiaría sus rítmicos himnos y cogerían palmas los hijos de mujer. En el postrer minuto, no necesitaría buscar posturas artísticas, porque llevaría la belleza en la propia muerte.

Y una piedra se alzaría en el solitario sendero, allá, donde de día el sol besa á la tierra hasta el fondo de las entrañas, y donde de noche los astros más limpios refulgen, para decir á quien cerca posare zueco ó coturno:—¡Caminante: maldice al verdugo que mató á un hijo, defensor de la madre que lo llevó en su seno!

*
**

Son muchos los jóvenes vencidos. ¿Por qué enojarnos cuando sus lamentos tienen vibraciones ásperas de clarín? Nos piden apoyo y se lo negamos. Quieren buscar formas é ideaciones nuevas, y arrojamos sobre ellos el ridículo. Tienen perfecto derecho á vivir, y les sitiarnos por despótismo y hambre. No podemos exigir reverencia filial á quienes jamás encontraron entre nosotros ni consuelos, ni estímulos, ni protecciones, ni ternuras.

Porque no son sólo los jóvenes obreros los que se asoman al abismo buscando en su lobre-guez calma para el espíritu torturado y sediento.

Son los artistas, los escritores, los consagrados á la investigación científica, los que piensan en el aniquilamiento final para buscar acabamiento á una juventud miserable, pasada en la soledad y en el abandono.

Y así, irritados, nos increpan. ¿Quiénes somos para oponernos á una ley de renovación, más fuerte que nuestros celos y más inflexible que nuestras pequeñeces? ¿Por dónde tenemos derecho á fulminar contra nuevas orientaciones, aquí donde tantas catedrales de pensamiento se han hundido en el polvo y tantos sistemas apriorísticos se han deshecho en su propia ridiculez? Hombrés de ideas, ¿cómo podemos poner límites arbitrarios al nuevo pensar? Seres dotados de sensibilidad emotiva, ¿cómo no nos conmueve ese terrible desamparo de una juventud generosa que ve marchitarse en promesa todo su esfuerzo y toda su arduosa labor?

Esos jóvenes, obreros ó artistas, pensadores ó braceros del campo, que á los veintitrés años se asoman á los bordes de los precipicios sin una esperanza que les alumbre ni un verdadero amor que les consuele, son fuertes, no deben ser vencidos sin desmentir una ley biológica. Los obreros y los gañanes pueden resignarse al éxodo ó el aniquilamiento en el taller y la gañanía. Faltan alburas en su entendimiento, y esa voz profética en los oídos que brindaba al Marcelo latino confianza en el porvenir. Pero los otros, los que se llaman intelectuales, y llamárselo es ya merecerlo, no pueden conformarse con la perdurable obscuridad y la irremediable penuria. Son los *chiflados* de que habla Guyau, y ellos formarán la vanguardia que ha de escalar la imponente fortaleza social.

Apresurémonos á abrirles las puertas, si no queremos que nos arrojen por las murallas.

*
* *

No hallo paz en las cosas mudas; no encuentro reposo en los viejos lugares solitarios. Apartamiento, soledad absoluta... ¿Dónde? Para quien sabe amarlo todo, es decir, comprenderlo todo; para quien se ha consumido en todas las ansias y ulcerado en las llamas de todas las pasiones crueles, tienen gritos inesperados los valles, clamores las ruinas, ayes quejumbrosos el polvo de las carreteras sedientas.

Envidio á esos profundos psicólogos á lo Sterne, que se abisman en la contemplación del detalle; que describen el ruido seco del portón que se cierra, el paso medroso de la sombra que se desliza á lo largo del muro, el saludo insignificante de don Juan, don José, don Tomás y don Erme-guncio, y concluyen que la vida es allí mezquina, vulgar y soñolienta; un pequeño soplo de aire que pasa, una ráfaga débil de impaciencia que se consume. Yo veo en el sitio más solitario la huella de un tremendo combate y oigo bajo los cienos de las aguas abandonadas el inmenso hervor de la vida. Hay ocasiones en que llega á aturdirme el silencio y en que despedaza mis miembros la fatiga de la perdurable quietud.

*
* *

Una puerta desvencijada, claveteada de hierros tomados de orín, habla á ciertos espíritus de existencias truncadas, marchitas en la pasividad, ajenas á la turbulencia de la pasión, isócronas

como el lento compás de los péndulos. Hay acaso sobre ella un alféizar sobre el cual han asomado su tedio perdurable Rosa, Pepita, Asunción ó Teresa. Ha pasado tal vez un día el amor; pero se ha desvanecido en seguida entre brumas de aburrimiento; el alféizar ha vuelto á quedar solitario y el portón ha tornado á cerrarse. Más allá hay un convento, de cuya espadaña caen á la tarde sobre los agostados trigales campanadas dolientes que van á morir en imperceptible temblor sobre las aguas mansas de un río. Dentro de sus muros vagan las sombras frías de unas mujeres que rezan, se santiguan y pasan. Y una sensación de vaga tristeza se apodera del pequeño psicólogo que, en su biblioteca, reducida, polvorienta, monacal, anota en seguida una frase de Gracián ó Montaigne, áspera como el filo de un viejo cuchillo milanés, helada cual esos cristales de las empolvadas vitrinas que guardan pedazos de abanicos de nácar, tabaqueras ennegrecidas por mugres implacables y loscos relicarios en que duermen su santidad tejidos polvorientos.

Para mí esa puerta vive, palpita, ese alféizar demanda justicia y ese convento clama misericordia. Y siento que vienen llamados á algo más que á llorar añoranzas ó á fingir falsas resignaciones los que tienen una pluma ó una lanza en la mano. Sobre los mal ajustados tablones adivino las huellas de manos febriles que los han golpeado ó tal vez los golpean con ansias de cólera, de venganza ó de amor. Entre el marco de la ventana adivino la agitación de una mujer que sufre ó que espera. Detrás de las tapias conventuales me finjó un universo de amistades, de odios, de celos, de suspicacias, una ebullición turbulenta de sensaciones bruscas que se combaten y se aniquilan.

Por doquiera encuentro la vida que reclama sus imprescriptibles derechos, que exige perentorios, no sentencias de Kempis, sino fallos inexorables del desenvolvimiento y progreso científico y de leyes de humanidad.

* * *

A un sabio no le juzguéis sólo por sus obras, que pueden ser ajenas, ni por su silencio, que puede ser forzado, ni por su reputación, que alguna vez le habrá discernido la general ceguera. Pero estudiadle cuando le veáis rodeado de mujeres. A los diez minutos, si no es sabio de veras, es hombre perdido.

* * *

Los ruidos nocturnos... Ellos rememoran ensueños tempranos. ¿Por qué temer, si no tenemos, como Harpagón, una arquilla dorada, ni como los héroes de Molière, una mujer frágil y veleidosa? Dejad á los rumores que vengan, que nos encuenten, que nos saquen de la estupefacción prosaica y ridícula. ¿Es verdad, ¡oh Spencer! que nos rodea y nos abrumba el misterio? Filtrese como Ulloa, salga de la redoma como Cojuelo, y del conjuro como el caballero gentil de la dura pezuña. Acaso nos traiga, si no el punto de contricción, una sonrisa fascinadora y azulada de Gretchen.

De noche, cuando ya la luz se ha extinguido en el vaso, después de dislocar en el muro las sombras, hay otros ruidos que pueden y deben atormentarnos. Recordemos al hombrecillo de Daudet, que se desliza por las chimeneas, llama repicando con los artejos en los cristales, se ade-

lanta por las alfombras para gritar con su vocecilla estridente á sus víctimas:—*¡El vencimiento, el vencimiento!* Y las víctimas tiemblan, pensando en el papelillo azul ó rosáceo, ó simplemente blanco, con cifras bizarras y amenazantes, que habrá de venir demandando el cobro ante la cerradura de las cajas exhaustas.

Y aun hay otros fragores paradójicamente imperceptibles, pero que tienen resonancias de tableteo; hervores no imaginados en Walpurgis ni conocidos en Barahona; sacudidas violentas que nosotros tan sólo podemos oír, pero que nos desvelan y sobrecogen, como el eco de una tremenda y formidable acusación.

Pero esos otros... No; de ninguna manera son temibles. Si permanecieran en el misterio, perdurable y discretamente, nos harían soñar con invisibles gnomos, fabricantes de joyas deslumbrantes, de discos de labrado y vigoroso exergo, tal vez de incomprensibles hechizos, que sólo á los soñadores es dado contemplar. Pero si una puerta se abriera, ¿por qué no recibir con amable sonrisa á la dueña de voz gangosa y nariz fiera de papagayo, que viniera con su candil negruzco á contarnos sus cuitas y aun á numerar las ocultas fuentes de una duquesa? ¿Por qué estremecernos ante el fantasma que arrastrara con sus eslabones la estupidez de siglos? Y aun, si se tratara de algo más elevado y cerúleo, ¿por qué ser menos que la fervorosa doncella de Lourdes, ó que la campesina que en la Saletta sabe describir con tan completo y adorable candor los zuecos y tontillos de una señora que, cual la de Carducci, orna su espléndida belleza con una sonrisa *mixta di la-crime?*

¡Ah, no! No os apareceréis de seguro á mí,

fantasmas vaporosos de mi niñez, tragos de mis ensueños, amenos y divertidos diablejos que tanto hicisteis plácida la irónica meditación de mis ya maduras vigiliás. Venid; á ello os conjuro, ya me traigáis los transportes enfermos de Teresa la de Avila ó las inquietudes neurósicas de Juan de la Cruz. Venga un gramo de idealidad. La imaginación ya se agosta, la esperanza se seca, el alma se muere.

Pero, no; no vendréis. Porque no sólo buscáis las tinieblas de los edificios, sino también las de los cerebros; no ya la soledad de los pasillos y de los claustros, sino la de los espíritus débiles. Obra de fibras y de células y neuronas en desequilibrio, no podéis perecer allí donde, aun con los ojos cerrados, hay un pensamiento sereno que ya ha alumbrado el día...

La mujer que más os adora, no es la que daría por vosotros la vida, ni la que sacrificaría en vuestras aras belleza y juventud. Es la que se siente capaz, por haceros felices, de arrastrar lo que más le atormenta: el ridículo.

Se ha cantado la siesta plácida y enervante en el patio refrescado por el surtidor que engarza su epitalamio en perlas, bajo el toldo moruno que se bombea al grávido beso de la implacable y ardorosa solana.

Entre las arcadas mudéjares ó neoclásicas, que evocan con sus alicatados orientales ensueños, cabe las olientes macetas de geranios y ajon-

jolies, sobre los mármoles bruñidos que repercuten choque de espuelas y rumor de sandalias.

O allá, en las refrigerantes umbrías, en donde aduermen el enamoramiento rumores de ramajes que se columpian, chasquidos de brotes que estallan, susurros de frondas que se agitan, golpeteos de frágiles alas que se desperezan.

Cerca de las espejantes acequias, perfumadas por el acre perfume del naranjo, sobre cuya tersura navegan los pétalos de la flor aromosa del limonero y las briznas y las aristas y los rezagos que arrojó en su lecho de fulgores y de ondas la tolvanera.

Lleno está el espacio de baladas y anacreónticas. Las acompaña el batir de los remos, ó el vibrar de las caracolas en los sitibundos apriscos serranos, ó el chapoteo de las reses en los regajales gallegos, ó el isócrono hemistiquio del grillo que dice su trova en la penumbra soñolienta del cañaveral.

Pero es bella la siesta de la tierra del fuego, el amodorramiento que punza en las sienas, el colapso sudoroso y febril del cual surge, sobre un coro de santas, la figura provenzal, desmayada y augusta de Mireya.

Es la siesta sobre arena candente, cercana á la línea en que el sol tuesta el grano, acompañada por el bordoneo del insecto de metálico coselete, envenenada por el olor de las flores silvestres malsanas, atormentada por el espasmo del deseo sensual incumplido.

Tiene acordes y ritmos en el agua abrasada que van vertiendo en desesperante monotonía los cangilones, en el golpeteo de la sangre congestionada en las sienas, en el ansia feroz é inextinguible que enciende los glóbulos en las abultadas

arterias, en el lejano grito penetrante de algún pájaro montaraz.

Tiene, como el dolor, su atractivo brutal la suprema fatiga; más allá del anonadamiento está el insensato placer del mosco que se abrasa en la llama del espíritu que en el Nirvana candente se funde; está el ara en que elevaron á Isis los egipcios y los árabes, á quienes Plinio hace ver dormir en ardientes llanuras, el gato de oro.

Abrasarse y morir. Es el ansia de las almas aborascadas, que buscaron sedación á su desaliento en el misticismo; es el grito epicúreo que supo hacer sobre un lecho de lava un tálamo de goces desconocidos á la molicie; es el alarido del ambicioso griego que busca en el fondo del Etna su delirante y loca apoteosis.

Quemarse es vivir. El placer es siempre una mordedura de fuego. Nadie puede experimentar la suprema sacudida de amor y de triunfo sin sentir en la espalda el cauterio de un soplo encendido invisible; sin bañarse en sudor de lumbre y sumergirse en un Leteo plumizo, que hierve al contacto de un transporte sensual.

Y es también aturdirse olvidar. Olvidar las morbideces cálidas y rosadas que no conseguimos y que nos atormentan con la tentación angustiosa de lo imposible; los alcáceres áureos, de cuyas murallas rodamos al foso en el primer escaló; las flores, que no pudimos arrancar de su tallo flexible; las copas de rubies, que no pudimos acercar á los labios sedientos.

Y el supremo horror de la vida, llena de traición y bochorno, y la mísera inanidad de las cosas. Olvidarlo todo en la asfixia brutal, entre sensaciones que han de antojársenos llamaradas y latidos que se nos figuran golpes de yunque y

alucinaciones visuales que nos parecen chisporroteos.

Dadme la calma ebullidora de la siesta en el campo africano, frente á cercas de resplandeciente blancura; el embrutecimiento del sueño congestivo sobre tostadas mieses. Yo haré mis viajatas al infinito y os explicaré lo vivo y lo inerte, el sublime concio y lo que llamaba Lubbock, con ironía, el gran hecho de la ignorancia humana.

Siestas frescas, umbrosas y apacibles, bajo palios de clemátidas y claveles; reposos serenos, sobre tranquilos lagos, en que flotan misterios y esperanzas. Esas confortan, pulen, vivifican.

Pero las otras, las ardientes, las congestivas, las catalépticas, las que nos emponzoñan con sus perfumes y nos envenenan con sus abrasados ambientes y nos aniquilan con sus deseos... esas matan.

Y por eso sueño con ellas; y por eso las amo más.

No hay por qué dejarse dominar por la cólera, ni ante las profanaciones y villanías de una madrastra de última hora, ni ante las rapacidades y traiciones de un servidor ingrato, ni aun ante la torpeza de los muchos amigos que aplauden á las veces un crimen y os dejan en el abandono. Desde las cumbres, el fango ni hiede ni mancha y es obligado á las almas nobles mirar desde las alturas de la idealidad, con tristeza, pero sin iracundia, las innobles bajezas de la grosería.

¡Feliz el que ha visto otros ríos que el de su patria! hay que decir, invirtiendo la frase de aquel gran reaccionario que se llamó don Alberto Lista. Dichoso quien sabe elevarse á los conceptos abstractos y los criterios amplios y los principios universales y generosos, desde los cuales no se concibe ni un solo egoísmo de campanario ni de frontera, ni una pasión mezquina, ni un odio irracional, ni un verbalismo huero que pueda servir de pretexto ni á un símbolo, ni á un lema, ni á una servidumbre: los tres fantasmas que han ensangrentado la tierra y seguirán ensangrentándola, si á ello no ponen pronto remedio los hombres de inteligencia y de corazón.

Como la evolución implica una desintegración constante de fuerzas, á la cual sigue una integración más perfecta y genérica, tiende constantemente á destruir lo exclusivo y parcial y á hacer de cada vez más efectiva la preponderancia sobre el individuo de la especie. Así, la vida tiende á socializarse, y el hombre va pasando de las concreciones limitadas de la tribu y la aldea al concepto, más comprensivo cada vez, de la patria, y luego al de la totalidad del Universo. Por el contrario, todo lo que, como grado más ó menos genérico del egoísmo, procura el aislamiento, la paralización, ó aun el retroceso ó la involución, es sencillamente un caso de atavismo. He aquí por qué la invocación á la *patria chica* sale siempre de labios de todos los enemigos del progreso. La *patria chica* es un concepto chico. En él se cifra la grandeza de Tartarin. Fuera de Tarascon será siempre la caza de gorras una solemne majadería, como lo es fuera de Cataluña el estúpido canto de *Els Segadors*.

La juventud á quien tanto se increpa, es de carne y de sangre, de huesos y nervios, de jugos y músculos; pero sabe más que las que la precedieron por la ley de evolución. Sabe que los pueblos modernos no deben su grandeza á las armas; antes bien, el poderío de sus ejércitos es postulado y no premisa de su hegemonía intelectual, industrial, agrícola y mercantil. Sabe que á Sedan precedió el Zollverein germánico; al tratado de París la República Norteamericana; á la fuerza naval del Reino Unido el *self government* y el libre cambio.

Está enterada de que ni una sola guerra, ni una sola batalla ha sido precisa para que la Francia del 71 se haya trocado en la de Loubet; que ni Bélgica, ni Suiza, ni Holanda han necesitado cosacos para merecer el respeto del mundo, y que en cambio la Rusia militar, tras las humillaciones del Yalú, de Liao-Yang y de Mukden, no espera sino un soplo de libertad para ser sepultada en el polvo. Sabe, por último, que ni los individuos, ni los pueblos, ni las naciones, ni las razas, pueden pagar sus deudas en onzas de plomo, sino en productos de la fertilidad de su suelo, y que toda patria, para ser respetada, necesita ante todo lo que es escudo de toda agresión y trinchera de toda alevosía: SABER HACERSE AMAR.

Pagar la deuda en plomo, teñir las manos en sangre extranjera... Eso se aplaude pronto cuando se está en los postres de un banquete y el champagne espumea, y se sabe que al día siguiente nos espera el hogar tranquilo.

Cuando se mira con la frente bañada en sudor la tierra ingrata, apoyado en el azadón, pensando en los hijos cuyas frentes ya surcan prematuras arrugas, recordando que los frutos de la propia

labor habrán de ser para disertadores y caudillos, sintiendo caer en el crepúsculo las campanadas de la tarde como un presagio de miserable y triste orfandad, entonces se piensa en que todos los hombres son hermanos y en que, más allá de las imaginarias fronteras, hay también mozos preparados á no cambiar de grado por el fusil la esteva, á no trocar por el corcel piafador de guerra la yunta, y madres que, cuando á sus hijos se los lleven, estarán otra vez dispuestas á colocarse delante del tren.

*
* *

(Al Licenciado Pedro de Répide.)

Porque solíades, con desembarazado despexo y donoso quanto bien acomodado artificio, ponderar las excelencias deste Madrid, mayorazgo antaño de la fortuna, blanco agora de rigvrosos y desaforados destinos aduersos, háme venido en mientes, seor Licenciado, demandarvos jvzio e ponencia en cosa de susso entrincada y de graue ressolución. Con aqvellos deue home conuersar quel tornen discreto; y el varon sossegado y prvdente, tenvdo es de demandar á la agena experiencia aqvello que non puede adreçarle descaminada la propia argveia.

Ando, senyor, varias viglias, atormentando mi magin y tornando á darme de cabeçadas por auerigvar lo que haya de uerdadero en ciertas nuevas que agora corren. Júranme (y vos direysme lo que dello menester fvere) que my alto y nouilissimos próceres no se recatan en mostrar hostilidad ó liuiano despego á la corte de los Felipes, en tal gvsa, que no parece sino que ovieren

tomado á pechos menoscaualla y ofendella. Lven-
gos meses caminan arreo, alexados deste nouill-
simo emporio y mvestran assaz sv inclinacion á
otros lvgares, que han topado el favor donde otros
acertaron á trouar solamente el desden y la dis-
plizencia.

A la hé, protectores digo, qve ingrato é torna-
diço harto me soy yo. ¡Válame mi buena ventural
¿Y en qué pvede hauer delinqvido este Madrid,
qve otro tyempo boluía por svs preminencias,
buscaua á los potentados y los traya á su seno
embeuescidos, como si truxera al redal paxari-
llos? ¿No es aluergue de escriptores y de magna-
tes, opvlenta la villa en alcaçares y xardines,
trassumpto de hidalgvia y en arte y en riqueza
vnica? ¿Y qué diremos de svs fventes, de agvas
mvy sabrosas é temperantes; qué de svs bosques
y svs florestas, mvy apacibles para el deleyte y
svs primavera y otoñadas qve no las hay tales
en la redondez del planeta? ¿No fvé, digo, esta la
Corte mvy deuota de su souerano, atenta á su
iuyzio, que quando la ordenaua qve se engalanas-
se y refozilara, assi como gelo mandaua lo hazia
sinle replicar, qve no parescia sino qve ouiese
fecho pacto con la mesma ouediencia y sumis-
sion? ¿Pves cómo agora pvdo hauer ofendido su
alcvrnia, olvidado svs auolengos ó menoscauado
las tradiziones de su linaxe? ¿Cómo ha podido
merescer en vn dia lo qve no ha merescido en
veynte ó treynta generaciones?

Yo vos ruego me hagáis merced de me desen-
ganyar en punto á las hablillas que culpan á los
fauoritos, más diestros en allegar para sí merze-
des ó en imaginar alcaualas que en acallar reze-
los. Otrosí: es fama qve su exceso de precavzion
bien qvisiera apartar á su dñeño de todo riesgo ó

contingenzia. Ello fvera error craso, por tener el
monarca resgvardada su vida por la nobleça de
sus vasallos, fueras ende si ouiese entre ellos al-
gvn auominable malsin, caso fvnesto, imposible
de preuer á las mexor organigadas repúblicas.
Qvanto más que allí donde fvéremos nos ha de
topar nvestra sverte ó nvestra mala uentura y
cada camino tiene sv flores y esconde sv más
hondos uarrancos, siendo Madrid lo menos pro-
zio á trayziones y uillanias.

Con tales congoxas, sígvense á la corte mvy
grandes menoscauos y, empos desto, otras muchas
supossyziones qve uienen todas á la ofenssar.
Mire pves el señor Lizenciado si trovar puede en
su clara sciencia conqve desuanescer tales reze-
los y mostrar como tiene la Villa y Corte hidal-
gvia é comedimyento y, en suma, aqvellas partes
qve conuienen á vna mvy grande é poderosa
ciudad.

Qve, si en los priuados ouiere malqverenzia
notoria ó dannado propóssito de cavsar á Madrid
torticeramente perjvzio, contra ese corte sé yo
otro y, enfrente dese artificio vale otra indvstria:
declarar residencia ofizial al Pardo, ó la Granja ó
el Escorial ó Aranjuez. Madrid podria muy á su
sauor y talante segvir siendo Corte de los artis-
tas, residencia de los scientes y emporio de los
caualleros. No, sino qvitadle los grandes Maestros
de Montesa, de Calatrana ó del Señor Sant
Yago, las sedes de los nobles Prelados y los bal-
duques de las couachuelas y vereisle remocado é
gentil, como si atal no huviera acaescido. Correr
han las fventes, mezerse han las copas de sus ar-
uoleadas y todo ha de permanescer en los mismos
estado é acauamyento, por la gloria de Nuestro
Señor.

El qual permita que este homilde doctor os bese las pvlchras é más que bien adyestradas manos.

En el año sexto, día dos del dízimo mes.

*
* *

Al Todos tenemos en la retina la perspectiva de un árbol que algún día hubo de parecernos el más frondoso, de un montoncito de casas agrietadas que elevamos al rango de suntuosas viviendas. En ese paisaje hay acaso una iglesia de ábside austero, y esbelto y pujante campanil; un caudal de aguas que se desliza susurrante entre matorrales ó juncias; unas frescas y verdegueantes alcatifas, en cuyos muelles y aromáticos escondrijos rebuscamos pétalos nacarados ó sanguinolentos, insectos de metálico coselete, piedrecillas minúsculas, que lo mismo pueden servir de sostén á la vivienda de un animalúnculo subterráneo que ser incrustadas en la caliza diadema de un ídolo. Sobre aquellas perspectivas inolvidables vimos cruzar como saetas muchos pájaros fugitivos, cual si sintieran bajo sus plumas el espasmo crepuscular; en aquellos ambientes luminosos cayeron acompasados y graves los ecos de campanas que evocaron en nosotros misticismos adolescentes y no sabemos bien qué ansias soñadoras.

Si una mano extraña y brutal se hubiera acercado á horrar del hogar las fechas misteriosas, trazadas en días de disanto sobre las paredes ennegrecidas por el humo de los sarmientos; si un pie hubiera osado fijar su planta sobre la losa solitaria que cubre las cenizas de nuestros abuelos, allá arriba, junto á la ermita, dentro del cer-

cado trepado de hiedras; si una voz se hubiera escuchado en menosprecio, no ya de la imagen barroca que dormía en la vieja hornacina su sueño de piedra, no ya de los cantos perezosos y tristes de nuestros gañanes, sino de la dulcedumbre de los misérrimos frutos de nuestras higueras ó de la suciedad de nuestros soñolientos y mansos vellones, es seguro que, con puño firme y nervioso, hubiéramos acariciado, encaramados á la pánera, el sobrado ó el desván frigidísimo, la culata de nuestro fusil. Aquello era la patria, es decir, toda la vida y la idealidad. En ella, bajo la herumbre de los siglos que fueron, palpitaba el instinto de todo lo noble y el sentimiento de todo lo grande.

Pero luego el azar nos ha llevado bajo la sombra de otros árboles, junto á la margen de otros ríos, al pie de otras torres y frente á otras vetustas hornacinas. Nuevas aves han surcado el espacio á las horas en que por los valles las sombras avanzan, y otras piedras minúsculas han hablado á nuestro cerebro de nuevas historias y geologías. Entonces, comprendiendo la poesía de aquel mundo que no podíamos presentir, los fanatismos, los amores, las ansias de aquellos hombres cuya existencia había sido un misterio para nosotros, hemos columbrado un sentimiento más amplio, más generoso, más humano, y hemos comprendido que, al ensanchar los límites de la patria, nos hacíamos dignos de más altos destinos, artistas de más sublimes y gloriosas leyendas, ciudadanos de un mundo que sólo puede redimirse y ser enaltecido por el amor.

Levantamos la vista al cielo, y allí, en el esplendor de la noche serena, nos sobrecogió por primera vez el fulgor de miriadas de mundos, se-

parados por distancias incalculables. Acaso en todos ellos había seres que amaban, que sufrían, que luchaban por su patria chica. Desde las remotas regiones de Sirio, desde la última migaja de cosmos que resplandecía millones de millones de leguas más allá de la postrera nebulosa, ¿quién podría distinguir los frutales de nuestro huerto, los ábsides de nuestras basílicas, las banderas de Suecia ó Noruega, ni siquiera las cadenas de montañas inaccesibles del Atlas ó del Cáucaso? Todo nos separaba aparentemente; pero había algo que nos unía á todos los seres y que despertaba en nosotros un instinto fecundo de solidaridad. El ansia eterna de lo absoluto en nuestros cerebros, y el sentimiento de la justicia y del progreso en el fondo del corazón.

La verdad, la belleza, la justicia, el progreso. He aquí los frutales que jamás se secan, las instrucciones que nunca se borran, los árboles que en los lustros no se caen, los ábsides que en los siglos no se derrumban, las banderas que nunca se arrían, las enseñas que no han de plegarse jamás. Ellas son para los hombres modernos la patria grande entre las grandes, la que en el hervoroso y perdurable fragor de las centurias, nunca puede ni debe morir.

*
* *

No hay lucha, no, como la presente. De un lado está la sensibilidad exquisita, el gusto de lo grande y lo luminoso; de otro está la barbarie y la grosería, el desprecio de todo lo augusto y solemne, el desconocimiento de todo lo que lleva el sello de Dios.

Pero el furor nos ciega y queremos aniquilar á

ese bando que nos repugna con sus bajezas, que nos ultraja con sus desmanes, sin ver que tenemos el mandato imperioso de redimirle, de levantarlo á nuestra altura, de hacerle digno de comulgar de una vez para siempre en espíritu y en verdad.

Y así sembramos barbarie y miseria, sin pecarnos de que sólo su miserable fruto nos será dado allegar en trojes. Y así nos negamos á hacerle justicia, invocando una caridad denigrante y una piedad envilecedora.

Persecución, venganza, martirio... ¿para qué? Sólo hay una cosa fecunda: el amor; sólo existe un ensalmo para conquistar el destino: la actividad consciente.

Hay una palabra que repugna á toda inteligencia selecta: *revolución*. Ella es la estéril rebeldía contra la energía inmutable que se desenvuelve y evoluciona en el tiempo. Es el emblema de la fuerza brutal y descortés, que en vano pretende imponerse al ritmo supremo de las cosas. No alas pidió Bacón, sino pies de plomo, para transformar de un modo irrevocable y definitivo el universo intelectual.

Y hay otra palabra que subleva á los entendimientos serenos: *persecución*. Sobre la senda gloriosa de la Historia, ella sola proyecta esas sombras siniestras con que las aves rapaces y agoreras logran entenebrececer los crepúsculos.

Paz, amor, tolerancia, justicia, perdón. Hoy dos bandos se despedazan, y aun estamos en los comienzos de la lucha. Paz, pedía el éuskaró cantor de Vilinch. Unos y otros ven la llanura con lentes rojizas. ¡Si ambos se comprendieran!...

*
* *

Nada más estúpido que el orgullo de raza. Por atrasada que esté Rusia y avanzada Inglaterra, siempre habrá diferencia entre un sabio de Petersburgo y un imbécil de Londres.

* * *

Todo el mundo procura no sólo saber hacia dónde va, sino hacer la ruta más breve. Pero oíd lo que dice el viejo doctor al diablo en Walpurgis: «¿Para qué abreviar el camino? Errar en el laberinto de los valles, ascender á la roca, desde cuya eminente altura se ve espejar y deslizarse las aguas eternas: he aquí el único placer verdadero.»

Ved aquí la incomparable, la enorme ventaja de esos billetes kilométricos, en que se os da en fracciones la tierra que es vuestra ó anheláis poseer. Podéis hacer y deshacer el trayecto cuando os parezca, caminar ó no á vuestro antojo, cortar los pequeños cupones que os procuran la renta de la agitación ó el sosiego. Allí donde veis un lugar que os agrada, un arroyo que corre bajo frescas alamedas sombrías, un escaño de piedra colocado á la puerta de un viejo molino, una arca románica ó una piedra trepada por viejos musgos, allí podéis deteneros y aun dar el viaje por terminado. Aquel es el lugar que buscabais en vano; para aquel punto estaba expedido vuestro billete. Eso sí, vuestro talonario será más pequeño, porque todos, al buscar un placer, hemos arrancado un pedazo á una piel de zapa invisible, que unos gastan con miedo y otros derrochamos con la esplendidez de quien espera la vida infinita.

No saber adónde se va... Pero ese es el secreto del entusiasmo. Si como nos hacen ver los rayos X nuestra armazón caliza, nos mostraran

lo que seremos en el porvenir, ¿quién se atrevería á dar el primer paso en esa senda de la vida, á cuyo fin hay siempre unas rosas marchitas y un montón de gusanos? Ni un solo hombre quisiera volver á vivir lo que ha vivido. Es un argumento que se le olvidó al autor de *El mundo como Voluntad y Representación*. Todos quisieran tornar á ser jóvenes como Fausto; pero, como él, para vivir de otra manera, como si el fin de la existencia no fuera perseguir esperanzas que se marchitan y atormentarse por conquistar glorias que mueren.

Así, hay que buscar lo imprevisto. Libradme, por humanidad, de esos viajes que tienen restaurant á las seis, cama á las nueve y llegada indefectible á las doce ó las cinco. Tiene ya bastantes cuadrículas la vida para someterla á ese nuevo horario. En medio de la noche una voz emite palabras confusas. ¿Qué estación es ésta? ¿Nadie lo sabe? Entonces bajemos.

Ya sé, lectores, que no á todos es dado viajar así. *Non omnis licet adire... Ignotum*. Pero si una vez en la vida podemos decir que somos libres, como puede sospecharlo la piedra que se desprende en el alud, concedamos al alma ese infantil ensueño. Somos libres; es decir, estamos á merced de lo imprevisto. Arrojemos sobre las hojas grises de nuestras memorias inéditas una mancha rosada ó sangrienta; rompamos la monotonía de las cosas vulgares, la inmensa pesadumbre de los ruidos isócronos, y las charlas acompañadas, y las sensaciones iguales, y las ideas á nivel.

Un solo billete. ¿Para dónde? Para aquella ladera verdegueante, para aquella majada que sestea, para aquel arroyo que corre, para el pilar de aquella cruz. Y si llega el cansancio ó el tedio; libertad para dejar la ladera por la montaña, la

majada por la aldehuela, el arroyo por la costa bravía, la cruz por una rompiente de nubes.

No. Nada de saber ni adónde vamos, ni lo que somos, ni la suerte que nos espera. ¡Saberlo todo! ¡Si de eso lloramos! ¡Si nos morimos de eso!...

Dos cosas grandes hay en el universo que recuerdan á la Divinidad, dice el filósofo: la contemplación del cielo estrellado y el sentimiento del deber en el fondo del corazón. Sentimiento innato, no es capaz de condicionarse por las creencias ni las opiniones. Si tomáis una creencia cualquiera, dice Franck, como condición de la moralidad humana, entonces el que no comulgue en ella estará fuera de la ley común, no hallará salvación en este mundo ni en el otro, y sufrirá la más dura de las iniquidades; es decir, la «violación de la conciencia».

Así, la moral es ilegible. Los Decálogos no bastan á determinar sino lo que es justo; no pueden decidir lo que es bueno. La ley se dicta, se promulga y se cumple; el delincuente sufre la pena. No pretendamos más. El abismo de las conciencias sólo puede ser interrogado en vista de los motivos y por aquel que se sabe de sí.

Es más fácil, ha dicho Schopenhauer, sentir la moral que demostrar sus fundamentos. No menos cambia en sus aplicaciones, y así ha podido afirmar Aristóteles su carácter lesbiano. Las ideas, el medio, la transforman, y la moral de Budha no puede ser la moral de Epicteto. La monogamia es la regla en los países de civilización europea, mientras que la poligamia domina entre los musulmanes, y la poliandria en el Tibet.

El deber de Catón no es el imperativo de Marco Bruto; la fórmula abstracta de Kant no es la máxima hegeliana. La *ancilla teologicæ* se transforma en los tiempos modernos para erigirse en dueña y señora de la conducta.

Todo cambia; han cambiado las nebulosas, y ¡ha de ser sólo el hombre inmutable! No juzguemos el hoy con las máximas de ayer. No delibremos en Occidente con los prejuicios chinos ó hebreos. Aunque el fin es el mismo, dice Wundt, que los pueblos deben proponerse, los medios y los factores cambian.

¡Insondable y profunda sima esta de la conciencia moral! En ella encontrará siempre el arte dramático sus más hondos y tremendos conflictos. El hecho que parece más nimio, la determinación que se nos antoja más fácil, puede ser la tempestad bajo un cráneo. Por eso el Cristianismo ha tenido un acierto sublime al decir por boca de su fundador: «Amalo todo y perdónalo todo.»

He aquí por qué el honor, *el placer de los dioses* que ensalza Platon y alaba Antonino, no puede ser discernido sino por las almas selectas. Ellas solas pueden juzgar al espartano que no se avergüenza del hurto hábil y diestro ó al déspota que se vanagloria de abrasar un emporio. Si al modo de los gimdosofistas, negásemos el pan á quien no acertara á explicar su conducta, dos terceras partes de la Humanidad se quedarían sin comer.

El deber... Se ha dicho por los providencialistas que su campo es el reino de los fines. Más bien es la región de la actividad espontánea subordinada á las funciones. Y si, como sustenta Coignet, se tratara sólo de funciones individuales, podrían dictarse reglas universales en un lugar y tiempo; pero hay también funciones sociales, y la

sociedad cambia, se modifica, se perfecciona. Así, la sociedad de New York no comprende á la madre de Leónidas, como la sociedad futura no podrá explicarse la impunidad de los mercaderes de carne y de sebo.

En esto, como en todo, ha de imponerse el *sustine et abstine*. Aun el deber universal se determina variamente, según condicionalidades y medios. Así, el *serva mandata* no es todo el asunto de la deontología.

Pero el imperativo de lo justo está escrito en nuestras conciencias y á él sólo debemos atender para merecer la propia vida. «En el alma de los buenos—me ha escrito un genio infortunado, Alfredo Calderón—no es la esperanza lo último que muere; aun le sobrevive el deber.»

*
*
*

Quien te hace bueno te hace feliz. Los ingleses han dicho: *The devil is the ass*. El diablo es un burro.

*
*
*

Yo he pasado la noche en un viejo claustro. Sobre piedra deleznable y rojiza trazó sus arquillos, esculpió sus pequeños monstruos, unió sus columnas gemelas el arte románico. Suenan allí los pasos como medrosos llamamientos á lo que fué. A un lado se adelanta el ingreso de la colegiata, y en el patio se disputan el jugo de la tierra mística, musgos, aliagas y campanillas silvestres. Y el muro, sombrío, ciclópeo, está cubierto de inscripciones mortuorias; más que muro es aquel un osario en que están depositados los restos de nobles, mercenarios, magnates y obispos. No sin

esfuerzo es posible descifrar sus nombres á la luz de la luna. ¿Para qué recordar aquel mundo que se deshizo en polvo? «Vanidad—dice Kempis—es buscar lo que tan presto se pasa.» Y errando entre osarios, palpando las tumbas con la mano febril y trémula, se llega hasta un lugar escondido, en donde una tabla de roble incrustada en la vetusta pared parece ocultar un impenetrable misterio, que es á la pasión incentivo y á la curiosidad acicate.

Leve impulso á una pequeña y oxidada aldabilla, hace caer el tablón, ya sustentado solamente por dos visagras, y aparece tendido sobre lienzos apolillados, que acaso un día fueron recamados tisús, un esqueleto largo, bien conformado, de seguro el de un hombre gallardo y gentil. Sus cúbitos aparecen cruzados, como en demanda de piadosa misericordia inefable; su cráneo se inclina á uno de los lados del pulverizado cojín, como pidiendo paz su postrera mueca. Y á sus pies aparece un arcón blasonado, que debió un día contener pergaminos, y sobre él aparecen los escudos de Castilla y León. Descansa allí un heredero de sangre real; un príncipe acaso, tal vez un rey. Es posible que sea un hijo del infortunado don Juan, ó acaso uno de los siete infantes de Lara. Es lo mismo: se ha perdido su nombre, como el humo de las cabañas de rastros; se ha extinguido su gloria, como la luz en el seno del viento. Sus huesos, puestos al descubierto en la noche silenciosa y macabra, reclaman de todos sus dedos que duermen cercanos un vitor, un lamento, un ruido de tibias y vértebras, que por su unanimidad denote al caudillo y con su fragoroso temblor designe al monarca.

Todo ha pasado en la labor irascible del tiem-

po. Pero no. Se ha olvidado el nombre del noble, del infante, del rey; pero ha quedado la labor de los súbditos. Allí está, silenciosa, sublime, erguida en sus fustes, victoriosa en sus capiteles, triunfante en sus arcadas, augusta en sus pilares, que se esparcen bajo las bóvedas en palmeras esbeltas de granito. Donde pudo olvidarse la gloria de uno, se ha conservado el trabajo de todos. Es de noche; la luna esparce sobre el claustro un fulgor macilento. Pero pronto se cerrará de nuevo el sepulcro, volverán á sus osarios las sombras, una luz azulada se irá extendiendo sobre los musgos y las aliagas, cruzará una bandada de pájaros sobre las agujas de las torres del templo, y para alumbrar á una nueva generaci6n que siente la alegríá de las cosas futuras, nacerá el día.

La falta de higiene obedece, en sentir de nuestros protectores, á la ignorancia. Y aquí es bueno observar un fenómeno extraño. Apenas á un infeliz le caen dos millones á la lotería ó le sorprende una herencia cuantiosa, cuando por arte mágico sacude la brutalidad y le da por adorar á la higiene con un amor desenfrenado y romántico. Busca en seguida soleada vivienda, coloca en su mesa excelentes manjares, cubre su cuerpo con limpios y cómodos tejidos. Para él no hacen falta los bandos. No hay cuidado que el señor duque se ponga á barrer á deshora el portal, ni se emborrache en la taberna con peleón, ni duerma en las inmundas covachas de los desmontes, ni compre elásticas en el Rastro. Súbitamente se ha desasnado. Es entonces cuando empieza á demostrar á los

pobres los inconvenientes del abandono, de la suciedad y de la ignorancia.

De estas observaciones deduzco que todo tratado de higiene debiera ir ilustrado con billetes de Banco. Sin esto, sus lectores harán de él parecido caso al que hacen de las coplas del buen Calafinos. ¿Quién sabe si lo que decimos de estos tratados no pudiera también aplicarse á los morales y pedagógicos?

Hay que ser bueno. Expuesta así la máxima, no necesita sino una condición para ser cumplida: estar en condiciones de serlo. Conviene mucho ser ilustrado. Ya no es menester sino tener tiempo, libros y facilidades para estudiar. Sin temor á enunciar una herejía, diré que es inútil crear muchas escuelas allí donde los ricos no las necesitan y donde los pobres tienen que abandonarlas para ganarse, no ya el pan, sino el mendrugo miserable de cada día.

¡Con qué inmensa tristeza oirán y leerán los innumerables indigentes que el fisco ha hecho en España los consejos de las *autoridades asépticas!* Ellos bien quisieran contribuir á la salud de todos, dejar de comunicar á sus semejantes los gérmenes de la tuberculosis, del tifus ó del cáncer. Pero no tienen más remedio que hacerlo. Los han adquirido en la obscura, pestilente madriguera en que los recluyó la ajena codicia, ingiriendo alimentos malsanos, privándose por fuerza del aire y la luz. Ellos no pueden sumergirse en marmóreas piscinas á sentir la caricia refrigerante del agua tibia y bien oliente, ni abandonar sus vestidos mugrientos para ceñir su cuerpo flácido y desmedrado con otros de seda ó vellón. Vienen compelidos al desabrimento del desaseo, á la molestia de la promiscuidad de hedor y miseria,

á la ignorancia misma en que les precipita su ruda labor de todos los días. ¿Para qué hemos de hablarles de higiene? Para ellos, la higiene, como el dios de la tierra, se llama pan.

Y aun hay quien se atreve á decirles que huyan como peligroso del beso. El beso es lo único que les queda; el beso sobre unos labios macilentos ó unos párpados amoratados por el llanto ó por la vigilia; el beso sobre la frente de un anciano ó de un niño muerto; muerto por la crueldad de una generación sin entrañas, que, quitando el pan de la boca á los únicos que lo ganan, quiere enseñarles luego, en nombre de la higiene, cómo pueden y deben vivir.

* * *

La Ascensión quita su grandeza al Calvario. No hay mérito en morir por los hombres, cuando se sabe que se ha de resucitar al tercero día.

* * *

No hay noche más desapacible, más fría, más siniestra, ni en las narraciones del alcohólico Pöe, ni en los cuentos absurdos de Hoffmann, ni en las locas fantasmagorías de Erckmann Chatrian. En la calle desierta pasan las ráfagas aullando no sé qué cánticos gemebundos: contra los vidrios de los faroles van á estrellarse briznas y plumas, y las llamas oscilantes de los reverberos fingen en las fachadas formas siniestras, agoreros perfiles, rígidos como cuerpos de ahorcados, grotescos como muecas de gnomo, raudos como aleteos de lechuza.

Las puertas de los edificios están cerradas á piedra y lodo. Tras algún entornado balcón se fil-

tra una luz tenue. Es la primer fiesta tradicional. La celebran en la ciudad los ricos encerrados en sus suntuosos refectorios, á los acordes de la música. Allá en las aldeas, al lúgubre tañido de las campanas, la festejan en el hogar los labradores, agrupados en torno del fuego, sobre el cual las castañas saltan al abrirse á la caricia de la llama, aprisionadas en el rústico tamboril.

Una ráfaga más veloz, más helada que sus hermanas, levanta un torbellino de polvo. Al disiparse, aparece en la calle un grupo. Delante, sujetos con una cuerda codo con codo, caminan descalzos dos niños. Uno tiene nueve años; el otro, menos. Van cubiertos de andrajos, y por entre sus rasgaduras aparecen las carnes amoratadas y friolentas. Los dos caminan sobre las losas con paso menudo, con las manos libres en el bolsillo del pantalón hecho jiras, la cabeza baja como avergonzada y temerosa, inclinada sobre el pecho azotado por el aire mortífero, hundida entre los hombros, contraídos por el cierzo que les muerde con su beso mortal.

Detrás van los guardias, graves, ceñudos, calada la teresiana hasta las orejas, subido el cuello del capotón, la mirada fija en los piecillos desnudos de los galeotes, que se mueven en su marcha tenaz y desesperada como cuatro copos fugitivos.

—¿Los traen de muy lejos?—De la Ronda.—
¿Qué han hecho?—Han robado al descuido un portamonedas. (*Los niños aprietan entonces el paso.*)—Son muy pequeños.—Saben más de lo que usted se figura. El mayor es una celebridad; ya le hemos prendido varias veces.—¡Parece mentira! —Le digo á usted que son dos bribones.

Del grupo de los niños parte entonces un eco

doliente, que no se sabe si es temblor ó gemido ó moquiteo. Al *jarre, bribones!* de un guardia, los pies descalzos aceleran su marcha sobre las losas, las cabecitas rapadas parecen hundirse más y más.

Pasamos ante el Banco; luego ante un jardín en que columpián su copa los plátanos y chopos; después ante un palacio y otro y otro. ¡Dios mío! ¿De quién será tanto dinero?

—¿No tienen madre?—Esos no tienen nada, ni vergüenza. (*Nuevo moquiteo y nueva contracción en los brazos helados.*)—¿Por qué no los asilan?—Se escapan; quieren ser libres. Además, que no siempre hay sitio para esta canalla. Al ser detenidos, aquél decía que el ladrón era éste.—¿Y éste?—Este cantó de plano. Nosotros sabemos la manera de hacerles cantar.

¡Hacerles cantar! Pero no hay sino un medio de hacer cantar á los pájaros y á los niños: darles libertad, aire y sol; ponerles enfrente de la Naturaleza bravía para que les perfume con sus madureces salvajes; procurarles, no la lóbrega sala de un Asilo, no los rezos refunfuñantes de un hipócrita, no los golpes de un guardián ó de un carcelero, sino el tibio y palpitante regazo de una madre. Y, á falta de madre, ante el niño descalzo deben descubrirse las frentes, desatarse las bolsas, abrirse los pórticos, encenderse las luminarias, descorrerse los cortinones mal adquiridos é inclinarse los lacayos galoneados.

El grupo se fué alejando, alejando, con la pareja de los niños semidesnudos, cabizbajos como inmoladas y mustias verbenas, temblorosos é inquietos como crías de duende. Detrás, con su firme y acompasado paso, se alejaron también los representantes de la autoridad, de esa autoridad que

algunas veces se inclina ante el fuerte que supo á tiempo llamarse león, y cree cumplir un deber al perseguir á los niños descalzos.

¿Qué pensarían las infelices criaturas al verse maniatadas, al cruzar friolentas y llorosas ante todos aquellos suntuosos palacios? Pensarían, de fijo, que los hombres tenían razón al perseguirlos; que ellos eran algo así como un monstruoso aborto de la Naturaleza. Y, pensando así, acabarían por resignarse. La resignación es la virtud que hiela y empequeñece; tras ella no puede concebirse altura moral.

Y serán detenidos un día y otro día. Pero uno llegará en que habrán muerto ó se sentirán fuertes. Desperezarán su plumaje de pinzón aterido y verán que les han crecido las garras.

Y entonces, ellos también mirarán sin pena á los niños desnudos, que caminan atados codo con codo en la noche sombría, sintiendo en sus espaldas el sople del cierzo, oyendo refunfuñar á hombres que ciñen sables y fornituras, viendo moverse susurrantes las copas de los chopos y las acacias por entre las verjas de los hoteles. Hasta que, de esa legión que sufre vencimiento temprano, de ese ejército dolorido de niños sin madre, salga un Masaniello, un Louverture, un soldado corso que, con el filo de una espada gloriosa, inaugure una formidable epopeya de justicia y resurrección.

*
* *

¿Qué hay después de la muerte? Lo que haya será lo mejor, puesto que hay leyes universales. ¿Y si no hubiera nada? Sería indiferente. Hay

algo que vale más que la inmortalidad: merecerla.

*
*
*

Sustentada la frente en la mano siniestra, apoyado el codo en el ancho pupitre, he permanecido en mi angosto laboratorio de ideas reposando mis nostalgias y cancamurrias. Una luz debilísima, traslucida por verde pantalla, alumbraba melancólicamente las abandonadas cuartillas y dejaba casi en completa sombra los muros cubiertos por anaquelarias, en donde las hileras de libros semejaban en su alineación un ejército mudo, cubierto de multicolores dalmáticas. Se les adivinaba en la penumbra; á unos, enhiestos, mostrando en franjas bizarras rotulaciones y lemas áureos sobre sus túnicas de piel, como las de los aventureros númeridos; á otros, inclinados sobre sus compañeros, también vencidos, como una decuria fatigada que durmiera su cansancio uniforme.

Como hay regocijo sensual en yacer entre frondas y umbrías y en reposar junto á cauces que refrigeran y fuentes que frasean el monótono canto que luego repite el atañor; como hay un deleite gustoso en descansar á la orilla rocosa del mar que enarrea sus lomos glaucos antes de quebrarlos en burbujas, ondas y espumas, ó en dormitar en los viejos claustros, mirando en los denegridos capiteles abrirse lujuriantemente la flor del loto ó dibujar á los monstruos sus muecas de piedra, hay un placer inenarrable, exquisito, en meditar solo y casi en tinieblas, rodeado de viejos estantes apollillados y de empolvados infolios y mamotretos. Parece que, para vigilar y custodiar nuestro ensueño, han detenido las generaciones su marcha

y los siglos su incesante labor, y que así los genearcas del habla como los progenitores adustos de la idea, hanse reunido en silencioso conclave para estrecharnos en círculo invisible y hacernos sentir la majestad solemne de cuanto hemos pensado y la melancolía inefable de cuanto hemos vivido.

Mirando á mis viejos amigos, una idea tenaz se ha aferrado á mi cerebro, única, invariable. Lejos de pensar en mi porvenir, he pensado en el suyo. Y me he preguntado cuáles de aquellos compañeros de mis soledades y abandonos serían á mi muerte recogidos por manos discretas y cuáles irían á parar á esos montones de la feria en que un manoseo profano acabaría por esparcir sus hojas y despedazar sus envolturas de tela y de piel.

He mirado primero á mi izquierda. En aquellas obscuras estanterías tenía su raigambre el idioma, y allí procuré muchas veces inútilmente hacer recova de elegancias. Apagadas, pero prontas á recobrar su intensa luz, se escondían las llamaradas del genio helénico. Los trágicos se agrupaban tras los cantores de epopeyas. Seguían los latinos: Virgilio, evocador de serenidades augustas; Horacio, plácido y ampuloso; el gran Juvenal, disecador de almas; luego los cómicos, los oradores, los poetas. Era todo un pasado grande y glorioso. Aquello no podía morir.

Pero ¿morirían los libros consagrados en que la fe se disfrazaba de polisindeton? ¿Los Vedas, el Gran Estudio, las lucubraciones de Kong-Fou-Tseu, el Ramayana, el Código hebraico, el Korán, todos los gigantescos alcázares de creencias en que la humanidad cifró sus dolores y sus alegrías, sus odios y sus esperanzas, sus regocijos y sus

quejumbres? ¿Perecerían los códigos, las leyes, los viejos fueros, las ordenanzas que fueron vividas y en que se entretajeron civilizaciones y barbaries, progresos sublimes, inevitables decadencias? Fueron la Religión, el Derecho, la Historia. Todo lo que palpité un día, todo cuanto pudieron legarnos los que nos precedieron en este camino hacia un negro mar sin orillas.

Volví la cabeza y vi á mi derecha á los genitores de la lengua madre. Berceo, el Arcipreste, todos los que crearon ó pulieron el antiguo romance. Pareció que brillaba en la sombra una pléyade de nombres luminosos. Y al pronunciarlos, sonaba el tintineo de viejas doblas y el choque de espadas toledanas, y algo así como un golpeteo de cinceles que esculpieran blasones en bloques berroqueños. ¿Cómo iba á dejar de ser inmortal aquel otro infolio en cuyo seno parecía escucharse una risa amarga? En sus hojas todavía palpitaba el espíritu gigantesco del caballero nunca despojado de alteza, que tuvo por fueros sus bríos; por premáticas, su voluntad. El mismo esperó la resurrección de los ideales humanos al decir dolorido, tendido en su alcatifa de césped:—Tú, Sanchito, por fin, alcanzaste la codiciada insula; pero yo, *post tenebras spero lucem*.

¿Morirían entonces los filósofos? ¿Acaso el olvido estaba reservado al severo peripatético, padre de la investigación, al divino Platón, al sublime Crisipo? Descartes, asentando en su duda metódica todo el moderno conocer; Kant, buscando en su crítica una base científica á la moral y al juicio; Bacon, señalando los derroteros de la ciencia experimental; Hume, Spinoza, Krause, Schopenhauer, Comte, los ideólogos alemanes, los escoceses, los enciclopedistas. Eran falange, eran

legión, y legión invencible. En sus frentes llevaban todos escrita una sola palabra: inmortalidad.

Agobiado por la admiración á lo que pasó, sentí toda la pesadumbre del ayer, toda la gravedad de lo muerto, toda la atracción de lo transcurrido en el tiempo. Y ocurrióseme que todas aquellas dormidas grandezas eran tal vez el mayor estorbo para que la humanidad siguiera adelante, y que, embebidos en la contemplación de las magnificencias pasadas, no pensábamos nunca en remediar las miserias presentes.

¿No era ese misoneísmo el que llevaba á nuestra generación á buscar la gallardía del lenguaje en sus balbuceos, á confundir la gracia inteligente con las chocarrerías frailunas, á soñar con la restauración de una España inquisitorial? ¿No era esa idolatría de las viejas catedrales de argamasa y de pensamiento la que nos llevaba á echar en olvido la urgencia, el apremio de buscar solución á problemas más hondos, que todos aquellos genios que reposaban en los estantes no acertaron á resolver con todo su aticismo y corrección clásica, ó desdeñaron como algo inútil? ¿No era el peso de los infolios el que hacía lenta, tarde y pesada la marcha de los hombres de buena fé por el camino de la verdad?

Me acometió una furia parricida, una destructora insania, un furor iconoclasta. Sí. Era necesario que todas aquellas obras sublimes rodaran al polvo y se destruzaran en los puestos de baratijas. En aquellos estantes hacían falta libros nuevos, de cómodo manejo y fácil consulta, menos ampulosos y menos transigentes con la iniquidad, escritos con mano nerviosa ante la pizarra, cerca del microscopio ó al lado del aparato ó del cuadro estadístico, cuyos autores no fueran espíritus pu-

ros, ni precursores, ni siquiera arciprestes, ni menos pícaros, sino hombres de su tiempo, resueltos á verificar el contraste de las verdades observadas y acabar de una vez para siempre con la miseria, la ignorancia y la esclavitud.

Entre un hombre que no se atreve á discutir una sola injusticia por miedo á condenarse y otro que todo lo arrostra con tal de buscar la verdad y el bienestar de los que sufren, aun á trueque de sufrir él solo la eterna pena, hay una incalculable distancia. El primero es un miserable egoísta ó un simple mentecato. El segundo es un redentor de la Humanidad.

No caigamos en vanas retóricas; pero hay que decirlo: se explota á los niños. Y esos niños, piemonteses del mundo irredento de la injusticia, comienzan ya á balbucear las estrofas de un himno: *Domani cresceremo!* Temamos que entre ellos, una vez crecidos, no surja un corso que pida estrecha cuenta de sus compañeros á las generaciones egoístas.

Llueve sobre los libros. Allá en el apartado paseo de Atocha, acurrucados en desvencijados estantes, mal protegidos por toldos de lona ó inconsistentes techumbres de tablas, millares de volúmenes se impregnan en desapacible humedad. Apenas si un denodado y curioso bibliófilo

se aventura á penetrar en los barracones y á tomar en sus manos algún viejo folio de apergamina cubierta. Tal vez es la *Ciudad de Dios*, de San Agustín; acaso el *Criticón*, de Gracián. Por sus hojas untuosas se desliza una gota de lluvia, desprendida de los apolillados maderos, que también algún día sustentaron edificios gallardos, rendidos luego á la pesadumbre fatigosa del tiempo.

Yo he acudido á uno de esos puestos solitarios, y he fijado la vista en sus estantes, mientras sobre la techumbre de zinc acompasaba la lluvia un brusco redoble, semejante al de una marcha de fusileros. En las inscripciones de los lomos, flamantes unos, sucios y despellejados sin misericordia los otros, he leído todos los nombres de los desconocidos protectores que me guiaron en una juventud cuyo lema fué *Nulla dies sine linea*. Con ser tanto lo que se ha escrito, ni uno solo de aquellos volúmenes que se mostraban en apretada fila me era desconocido. Aquella era la legión de amigos silenciosos de que habla en sus versos Mary Lamb.

Y por primera vez parecía experimentar contra ellos enemistad y encono. Yo había visto en mi niñez filas semejantes de lomas de piel, doradas á fuego, y sus inscripciones me parecían hondamente enigmáticas. Y las miraba con asombro y curiosidad estupefacta. Allí estaba el saber, la verdad, la ciencia incommovible. Cada una de sus páginas había asistido, como Sócrates en Teétetes, al alumbramiento feliz de una idea. En cada una de sus líneas había esculpido la indagación un axioma definitivo. Abrir aquellos libros, devorar sus páginas, identificarse con los genios que acertaron á formular la vida ó la sabiduría en aforis-

mos, sería acercarse al Ser Absoluto, merecer el dictado de ser humano, experimentar en el cerebro la sensación de un beso inmaterial é inefable. Y entonces se alzaba por fin una mano trémula, quitaba de su sitio un volumen, corría á un lugar solitario, y allí, con el alma de hinojos, bebía una á una las palabras sagradas y meditaba sobre todos los grandes problemas que han podido plantearse los hombres para resolverlos con la razón ó con el acero y el plomo.

Entretanto, mis amigos luchaban por un más seguro y provechoso triunfo. Lejos de indagar principios y leyes, estudiaban cuadrículas hechas, formularios concretos, programas empíricos, manuales dogmáticos. Y los años pasaban, y mientras yo comparaba y juzgaba y atormentaba mi cerebro en la sombra, ellos, más avisados, escalaban con su osadía, su adulación y sus malas artes las cimas de la fortuna y el poder. Y un día, hubo de despertarme un coro de carcajadas sonoras: las de los triunfadores risueños, las de los árbitros de la Humanidad, que habían gustado todas las victorias y saboreado todos los placeres, que, encaramados en sus tripodes, miraban con desprecio á un hombre miserable y caduco, con profundas arrugas en la frente y sombras dolientes en las pupilas, que sollozaba con un libro en las manos.

Yo escuchaba sus burlas, sus dicerios, sus imprecaciones. No había verdad, y si la había era sólo la revelada. La inteligencia humana no podía conocer sino hechos, y acerca de esos hechos se contradecían los libros, los sabios, los creadores de sistemas absurdos. Había malgastado una vida buscando en la redoma de Villena ó en los palimpsestos de Lulio el espíritu de la vida que vagaba

esparcido en toda la rotunda amplitud del espacio, derramado sobre la superficie de la tierra, llena de aromas y de brisas y de carcajadas y de besos.

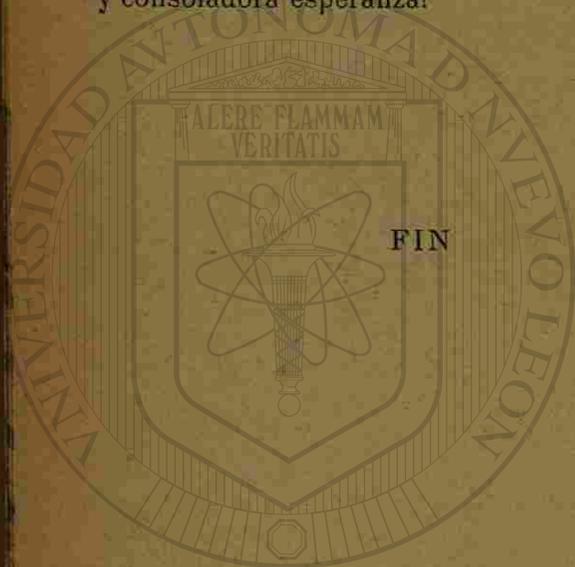
Todo esto he pensado cabizbajo, lloroso, dentro del puesto de la feria, alumbrado por el grisáceo resplandor de una tarde otoñal, mirando con encono á los libros, mientras redoblaba la lluvia en el techo de lona con el rudo compás de una marcha de fusileros.

Después de permanecer un rato hosco y ceji-junto, he tomado en mi mano un envoltorio, atado fuertemente con un pedazo de bramante. Dentro había un libro con cubierta de piel que tenía cantoneras doradas. ¿Qué libro era aquel? No podía saberlo sin deshacer antes el legajo. Tal vez sería uno de tantos como había leído; acaso un conjunto de necedades. ¿Quién sabe si en sus páginas estaría consignada la verdad absoluta?

He dado por él unas cuantas pesetas y he salido con paso precipitado, caminando bajo la lluvia que, muy lejos de molestarme, refrescaba mis sienas, en que sonaba ardorosa la sangre en incesante golpeteo.

Y ese legajo... no le abriré. Jamás sabré lo que dice ese libro, ni si tiene en blanco sus páginas. Será para mí el postrer immaculado misterio, el arcano definitivo, el tentador enigma. Mis manos no osarán deshacer la envoltura bajo la cual se oculta tal vez el misterio de la vida ó la muerte. Miraré por encima su abultado volumen, como miraba aquellos que formaban la biblioteca del abuelo, con infantil candor, con cándido y nimio arrobamiento. Necesito creer en algo, esperar en algo; me hace falta soñar que allí está escon-

didada la verdad absoluta, el misterio de la felicidad, el por qué del pesar y del llanto; ¡no quiero, no, marchitar esa insustituible ilusión, esa postrera y consoladora esperanza!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ÍNDICE ALFABÉTICO

- | | |
|-------------------------------|--|
| Abuelos, 27. | Casas viejas, 19, |
| Alegria, 33. | Catedrales, 148. |
| Alondra (Cuento de la), 92. | Catolicismo, 9. |
| Amor, 161, 203. | Católicos (Gobierno de los), 121. |
| Amor de madre, 161. | Ceguera, 165. |
| Amor y la Muerte (El), 16. | Celibato, 118. |
| Analfabeta, 161. | Ciegos, 96. |
| Análisis, 155. | Ciegos (Fiesta de los), 105. |
| Ancianidad, 14. | Ciencia (su supuesto fracaso), 55. |
| Antinomia humana, 103. | Civilización, 158. |
| Año 2000, 166. | Claustro, 220. |
| Apariciones, 201. | Congregaciones, 9. |
| Apoteosis, 103. | Conquista del pan, 21, 29. |
| Apoteosis (Mi), 105. | Conventos, 178. |
| Arboles, 18, 70. | Corte, 209. |
| Arquitectura, 148. | Cosas claras, 73. |
| Arte ojival, 13. | Cosas del otro jueves, 73, 171. |
| Arte (Socialización del), 41. | Cosas que dijo un caballero y negó un hidalgo, 45. |
| Ascensión, 224. | Cosas viejas, 35, 172. |
| Ascetismo, 143. | Cosmopolitismo, 213. |
| Asilos, 9. | Creencia, 218. |
| Atavismo, 71. | Criados, 102. |
| Burguesía, 164. | Cristo, 224. |
| Belleza, 66, 109, 155. | Crónica, 7. |
| Beso, 224. | Crueldad, 135. |
| Calor, 115, 203. | Curas, 9. |
| Calvario, 224. | Dedicatoria, 5. |
| Canibalismo, 159. | Devoción, 140. |
| Candillos, 121. | Diablo, 77, 220. |
| Caridad, 9. | |
| Carnaval, 32, 128. | |
| Carreras profesionales, 104. | |

ÍNDICE ALFABÉTICO

Dinero, 177.
 Doctores y licenciados, 104.
 Don Quijote, 45.
 Dualismos, 22.
 Educación, 143, 190.
 Emigración, 101.
 Enseñanza, 172.
 Entusiasmo, 15.
 Epicúreos, 5, 20.
 Escepticismo, 77.
 Esclavitud, 153.
 Escolares, 172.
 Escuela, 190.
 Esperanza, 23.
 Estado, 69.
 Estetismo, 55, 66.
 Estio, 115, 203.
 Estoicismo, 206.
 Evolución, 24.
 Falsificación, 91.
 Fama póstuma, 221.
 Fatiga, 15.
 Felicidad, 21, 22, 73, 220.
 Feminismo, 124.
 Fiestas populares, 171.
 Flores (Diálogo de las), 98.
 Galeotes, 221.
 Genio, 103.
 Gloria de todos, 103.
 Gloria literaria, 7.
 Gobernantes, 121.
 Grafómanos, 38.
 Guerra, 65, 71, 208.
 Habitación, 176.
 Hechos, 60.
 Higiene, 176, 222.
 Hijos, 195.
 Honor, 219.
 Hugo, 25.
 Humor, 17.
 Ideal, 22, 152.
 Idealismos, 130.
 Inferioridad femenina, 124.
 Ira, 206.
 Jesuitas, 184.
 Juguetes, 155.
 Juventud, 154, 164, 197, 208.
 Juventud conservadora, 39.
 Krause, 81.
 Lectura, 37, 84.
 Leyendas, 111, 170.
 Libertinaje, 70.
 Libre albedrío, 57.
 Libros, 84, 228, 232.
 Libros pequeños, 181.
 Literatura, 41.
 Locos, 143.
 Lucha de fieras, 71.
 Lucha social, 21, 29, 214.
 Madrastra, 89.
 Madre (Defensa de la), 195.
 Madres, 161, 170.
 Madrid, 209.
 Maravillas, 188.
 Maternidad, 165.
 Melancolía, 20.
 Mendigos, 73.
 Miedo, 140.
 Miseria, 222.
 Misterio, 201.
 Modernismo, 66.
 Moral, 218.
 Moral cervantina, 46.
 Moral (Libros de), 169.
 Monjas, 178.
 Monjes, 144.
 Muerte, 14, 29, 228.
 Muerte y el amor, 16.
 Muertos, 57, 221.
 Mujer, 137, 203.
 Mujer redimida, 10.
 Mujer soltera, 61, 118.
 Nacimiento, 111.
 Naturaleza y naturismo, 109.
 Navidad, 111.
 Niebla, 38.
 Nieve, 27.
 Niños, 16, 170, 232.
 Niños delincuentes, 224.
 Normalidad, 78.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Orcus y el amorcus (El), 16.
 Orfandad, 89.
 Orfeones, 42.
 Oropel, 181.
 Patria, 63, 212.
 Patria chica, 207.
 Pasado, 172, 231.
 Pedrisco, 141.
 Pena de muerte, 90.
 Pepino, 125.
 Perdón, 62.
 Periodismo, 7.
 Persecución, 215.
 Pesimismo, 190.
 Placer, 33.
 Poesía, 177.
 Porvenir, 166.
 Positivismo, 81.
 Princesas, 181.
 Problema social, 21, 29.
 Profesores, 104.
 Progreso, 56, 87.
 Proletariado, 25.
 Proletariado intelectual, 104.
 Proyectos, 23.
 Rameras, 81.
 Reacción, 66.
 Regionalismo, 207.
 Regreso, 190.
 Renegados, 152.
 Resignación, 227.
 Revolución, 215.
 Riegos, 144.
 Ruidos nocturnos, 201.
 Sabiduría, 165.
 Sabios, 201.
 Sacerdotes, 9.
 Sacrificio, 80.
 Sed, 144.
 Sensatez, 34.
 Sentido común, 189.
 Sepulcro, 59.
 Siesta, 203.
 Siglo XX, 25.
 Sirvientes, 102.
 Sitios solitarios, 199.
 Soberanos, 13.
 Socialismo, 69.
 Socialización, 103.
 Solteras, 118.
 Solteronas, 61.
 Sonrisa, 17.
 Spencer, 81.
 Suicidio, 161.
 Superstición, 140.
 Teatro, 133, 164.
 Templos, 148.
 Timoratos, 232.
 Tiranía, 70, 143.
 Tormentas, 140, 142.
 Tormento, 65.
 Toros, 135, 159, 171.
 Trabajadores, 166.
 Tristeza, 20, 190.
 Universidad, 172.
 Utilitarismo, 20.
 Vanidad, 98.
 Vejez, 14.
 Vencidos, 197.
 Vértigo, 26.
 Viajes, 188, 190, 216.
 Viajes regios, 13, 209.
 Vida, 73.
 Viejos, 123.
 Vulgaridad, 34, 189.

RE
E